

El Alimento de los Dioses

Libros 2 y 3

Por

H. G. Wells

***Free*editorial** 

LIBRO SEGUNDO

EL ALIMENTO LLEGA AL PUEBLO

CAPÍTULO UNO

EL ADVENIMIENTO DEL ALIMENTO

I

Los Niños del Alimento siguieron creciendo ininterrumpidamente durante todos aquellos años; fue el mayor acontecimiento de la época. Pero son las filtraciones lo que hace historia. Los niños que lo habían comido crecieron, pero pronto hubo otros niños creciendo asimismo; y las mejores intenciones del mundo no pudieron evitar más filtraciones en lo sucesivo. El Alimento insistía en escaparse con la pertinacia de un ser viviente. La harina tratada con aquel producto se deshacía, en tiempo seco y casi como si fuera intencionadamente, en un polvo impalpable que volaba ante la brisa más tenue. A veces un nuevo insecto se abría camino hacia un nuevo desarrollo, transitorio y fatal; otras veces era una nueva irrupción de grandes ratas desde las cloacas y de otras sabandijas del mismo estilo. Durante unos días el pueblo de Pangbourne, en Berkshire, luchó contra hormigas gigantes. Tres hombres fueron mordidos y fallecieron. Hubo pánico, hubo luchas y la calamidad resultante que ser combatida nuevamente, dejando siempre algo detrás, en las cosas más oscuras de la vida, completamente cambiado. Luego, otra vez, una nueva irrupción aguda y terrorífica, una rápida hipertrofia de monstruosos matorrales, una diseminación, a la deriva por todo el mundo, de unos cardos que crecían desorbitadamente, de cucarachas contra las que los hombres luchaban con escopetas o una plaga de enormes moscas.

Hubo luchas desesperadas en lugares oscuros. El Alimento engendró héroes en defensa de la causa de la pequeñez...

Y los hombres aceptaron aquellos acontecimientos como hechos normales en sus vidas y se enfrentaron con ellos como expedientes improvisados y se dijeron unos a otros que «no había ningún cambio en el orden esencial de las cosas». Después del primer gran pánico, Caterham, a pesar de su poder de elocuencia, pasó a ser una figura secundaria en el mundo político, permaneciendo en la opinión de la gente como el exponente de un punto de vista extremista.

Sólo lentamente pudo abrirse camino hacia una posición central en los negocios. «No hay ningún cambio en el orden esencial de las cosas...». Aquel líder eminente del pensamiento moderno, el doctor Winkles, era muy preciso

sobre esto... y los exponentes de lo que en aquellos días había tomado el nombre de Liberalismo Progresivo, se pusieron muy sentimentales sobre la insinceridad esencial de su progreso. Sus ensueños, según parece, estaban dedicados por entero a las pequeñas naciones, a los pequeños lenguajes, a aquellas pequeñas familias, cada una de las cuales podía mantenerse a sí misma con los productos de su granja. Era la moda de lo pequeño, de lo pulcramente dispuesto. Ser grande era ser «vulgar», y los términos de delicado, primoroso, diminuto, miniatura y minúsculamente perfecto llegaron a ser las palabras clave de la aprobación crítica...

Mientras tanto, quedamente, sin apresurarse, como es propio de la infancia, los Niños del Alimento seguían creciendo en un mundo que cambiaba para poder recibirlos, hacían acopio de fuerzas, de estatura y de conocimientos, se hacían individuales y decididos, adaptándose lentamente a las dimensiones de su destino. Al poco tiempo ya parecían formar parte natural del mundo. Toda aquella agitación de engrandecimiento también parecía formar parte integrante del mundo de un modo natural, y las personas difícilmente podían imaginarse cómo habían sido las cosas antes de aquello. Llegaron a oídos de los hombres relatos de lo que los niños gigantes eran capaces de hacer, y los hombres exclamaban: «¡Maravilloso!», sin maravillarse lo más mínimo. Los periódicos populares hablaban de los tres hijos de Cossar y de cómo estos asombrosos niños levantaban grandes cañones, lanzaban grandes bloques de hierro a cientos de metros de distancia y saltaban hasta los sesenta metros. Se decía que estaban cavando un pozo más profundo que cualquier pozo o mina que hombre alguno hubiese cavado, en busca de tesoros ocultos en la tierra desde que la tierra empezó a ser.

Estos Niños, según las revistas populares, habían de allanar montañas, construir puentes para pasar el mar y llenar la tierra de túneles.

—¡Maravilloso! —decía la gente, ¿no es verdad? ¡Cuántas comodidades tendremos!

Y seguían, cada cual dedicado a sus negocios, como si en la tierra no existiese una cosa llamada el Alimento de los Dioses. Y, ciertamente, todas estas cosas no eran más que las primeras indicaciones y promesas de la potencialidad de los Niños del Alimento. Para ellos todavía no se trataba más que de juegos, no era más que el primer uso de una fuerza carente aún de propósito. Ni ellos mismos sabían para qué servían. Eran niños, niños que crecían lentamente, de una raza nueva. La fuerza gigante aumentaba día por día... pero la voluntad gigante tenía todavía que crecer mucho antes de alcanzar un propósito y un designio. Contemplándolos desde la estrecha perspectiva del tiempo, aquellos años de transición poseen la calidad de un único acontecimiento consecutivo; pero, en realidad, nadie vio el advenimiento del engrandecimiento, del mismo modo que nadie en todo el

mundo vio, hasta que hubieron transcurrido varios siglos, la Decadencia y la Caída de Roma. Los que vivieron aquellos días estaban demasiado inmersos en los acontecimientos y su progresivo desarrollo para poder verlo como una unidad. Incluso a las personas más inteligentes les producía la impresión de que el Alimento no daría al mundo otra cosa que una cosecha de desatinos inconexos e ingobernables, que ciertamente podrían ser causa de agitaciones y disturbios, pero que no podían hacer gran cosa más contra el orden establecido y la estructura de la humanidad.

Para un observador, al menos, lo más maravilloso de todo aquel período de tensiones acumuladas es la inercia invencible de la gran masa de la población, su quieta persistencia en todo aquello que ignorase las enormes presencias, la promesa de cosas aún más enormes que estaban creciendo entre ellos mismos. Del mismo modo que muchos ríos aparecen con una superficie lisa y tranquila al borde de una catarata mientras su corriente es potente y profunda, así todo lo que el hombre tiene de más conservador parecía aquietarse en un sereno influjo durante aquellos últimos días. La reacción se hizo popular, se hablaba de la bancarrota de la ciencia, de la agonía del Progreso, del advenimiento de los Mandarines... y se hablaba de todas estas cosas entre los ecos de las pisadas de los Niños del Alimento. El tumulto de las absurdas Revoluciones de antaño, una multitud de necia gentuza persiguiendo a un reyezuelo o algo por el estilo eran cosas de otra época, y ni se hablaba ya de ello, pero lo que no había desaparecido era el Cambio. Era sólo el Cambio lo que había cambiado. El Nuevo Cambio llegaba con su talante y se hallaba más allá de la comprensión habitual del mundo.

Hablar con detalle de su advenimiento equivaldría a escribir una gran historia, pero por todas partes se sucedía una cadena semejante de acontecimientos. Explicar, por consiguiente, su aparición en un lugar determinado será como explicar algo del conjunto. Dio la casualidad de que una simiente extraviada de Inmensidad cayó en el hermoso pueblecito de Cheasing Eyebright, en Kent, y de la historia de su extraña germinación allí y de la trágica futilidad que fue su consecuencia, se puede intentar (siguiendo como si dijéramos, un solo hilo) demostrar la dirección en la que el gran telar hacía girar el huso del Tiempo.

II

Cheasing Eyebright tenía, como es natural, un vicario. Hay vicarios y vicarios, y de todos los tipos de vicario el que menos me gusta es el vicario innovador, de abigarradas ideas, reaccionario profesional y progresivo al mismo tiempo. Pero el vicario de Cheasing Eyebright era uno de los vicarios menos innovadores. Era un hombrecillo regordete, digno, maduro y de ideas conservadoras. Conviene que retrocedamos un poco en nuestro relato para hablar de él. El vicario se entendía muy bien con su pueblo y hay que

figurárselos juntos, vicario y pueblo, tal como se les veía en aquel atardecer, cuando la señora Skinner —¡ya recordaréis su huida!— llevó consigo el Alimento, de un modo insospechado por todos, a aquella rústica tranquilidad.

Precisamente entonces era cuando el pueblo presentaba su mejor aspecto a la luz poniente. Se extendía a lo largo de un valle bajo los bosques de hayas de Hanger, formando un rosario de cottages donde alternaban las rojas tejas con la paja, pórticos enrejados y fachadas enmarcadas a medida que la carretera iba descendiendo desde los tejos de la vicaría hacia el puente. La vicaria sobresalía de un modo no muy ostentoso por entre el arbolado de más allá de la fonda, fachada de la primera época georgiana, madurada por el tiempo, y la aguja de la iglesia se elevaba, feliz, en la depresión que hacía el valle siguiendo la silueta de las lomas. Un tortuoso arroyo, una delgada intermitencia de azul cielo y espuma, brillaba entre una espesa orilla de cañas, lisimaquias y sauces llorones, en el centro de las sinuosas flámulas de un prado. El panorama presentaba aquella cualidad inglesa de madurado cultivo, aquel aspecto de inmóvil acabado que imita la perfección, bajo la tibia atmósfera del ocaso.

Y el vicario también presentaba un aspecto rancio. Tenía un aspecto habitual y esencialmente rancio, como si hubiese sido un niño rancio nacido en una clase social añeja, un muchachito maduro y jugoso. Se podía ver, aun antes de que él lo mencionara en su chocheante locuacidad, que había asistido a una costosa escuela con edificios cubiertos de hiedra, con magníficas tradiciones, asociaciones aristocráticas y cuentes de laboratorios de química, y que de allí había pasado a un venerable college del más maduro gótico. Pocos libros tenía con menos de mil años, de los cuales Yarrow y Ellis y varios sermones premetodistas constituían la mayor parte. Era un hombre de talla mediana, un poco corto, en apariencia, debido a sus dimensiones ecuatoriales, y con un rostro que habiendo sido bien rancio ya desde el principio, era, en aquellos momentos, climatéricamente maduro. La barba de un David disimulaba la redundancia de su mentón; no llevaba cadena de reloj por exceso de refinamiento y sus modestos trajes clericales estaban confeccionados por un buen sastre del West End... En aquel instante se hallaba sentado con una mano en cada pierna, pestañeando a la vista de su pueblo, en una actitud de beatífica aprobación. Hizo un gesto con su regordeta mano hacia allí y sus preocupaciones se esfumaron. ¿Qué más podía desear?

—Estamos felizmente situados —dijo dando una expresión mansa y sumisa a sus ideas—. Estamos en una fortaleza en lo alto de una montaña.

Por fin, se explicó:

—Estamos fuera de todo.

Porque él y su amigo habían estado conversando de los Horrores de la

Época, de la Democracia, de la Educación Laica, de los Rascacielos, de los Automóviles, de la Invasión Americana, de las infectas Lecturas del Público y de la completa desaparición del Buen Gusto.

—Estamos fuera de todo eso —repitió. Y aún no había acabado de hablar, cuando las pisadas de alguien que se acercaba llegaron a su oído. Se volvió en redondo y la vio.

Ya podéis imaginaros el rápido y trémulo avance de la anciana, con el fardo cogido por la descarnada y rugosa mano y la nariz (que era su más firme apoyo) arrugada en desalentada resolución. Podéis ver las amapolas de un sombrerito balanceándose rítmica y fatalísticamente, y las botas de cierre elástico, blancas de polvo, bajo sus desaseadas faldas, señalando con una irrevocablemente lenta alternativa hacia el Este y hacia el Oeste. Debajo del brazo, como un cautivo inquieto, se movía y se escurría un paraguas barato. ¿Quién podía haber dicho al vicario que aquella grotesca figura de anciana era —al menos en lo que hacía referencia a su pueblo— nada menos que la Fructífera Ocasión y lo Imprevisto, la Bruja que los hombres débiles llaman Destino? Pero nosotros ya sabemos que no era ni más ni menos que la señora Skinner.

Como iba muy cargada para poder saludar con cortesía, prefirió hacer como que no veía ni al vicario ni a su amigo, y así pasó, flip-flop, a tres metros de ellos, siguiendo hacia el pueblo. El vicario contempló su lento tránsito en silencio y, mientras, maduró el planteamiento de una observación.

Un incidente le pareció desprovisto de toda importancia. La mitad femenina del género humano, aere perennius, ha estado llevando paquetes a cuestas desde el día de la Creación. ¿Qué tenía, pues, de particular aquella anciana?

—Estamos fuera de todo eso —volvió a decir el vicario—. Vivimos en una atmósfera de cosas simples y permanentes, Nacer y Trabajar, el simple tiempo de la siembra y el simple tiempo de la cosecha. El Tumulto pasa y nos deja completamente de lado. Se sentía siempre grandilocuente cuando hablaba de lo que él llamaba las cosas permanentes.

—Las cosas cambian —decía—, pero el género humano... aere perennius.

Así era el vicario. Le gustaban las citas clásicas sutilmente aplicadas, aunque no vinieran a cuento. Más abajo, la señora Skinner, nada elegante pero decidida, parecía curiosamente acoplada al portillo de Wilmerding.

III

Nadie sabe lo que hizo el vicario con los Bejines Gigantes.

Sin duda fue de los primeros en descubrirlos. Estaban esparcidos a

intervalos a lo largo del sendero que había entre la loma más próxima y el límite del pueblo, sendero que frecuentaba diariamente en su paseíto habitual, después de comer. En conjunto, de estos hongos anormales había una treintena. El vicario, según parece, se los quedó mirando severamente uno por uno y hasta golpeó la mayor parte de ellos una o dos veces con su bastón. Incluso intentó medir uno con los brazos, pero el hongo estalló ante su abrazo de Ixión.

Habló de ellos a diversas personas diciéndoles que eran «¡maravillosos!» y relató a no menos de siete amigos la conocida anécdota de la loza que fue levantada del suelo de la bodega por un cúmulo de hongos que crecían debajo de ella. Consultó su Sowerby para ver si se trataba del *Lycoperdon coetatum*, o *giganteum*, como todos los de su especie. Desde que Gilbert White se hizo famoso, el vicario «gilbertwhiteaba». Sostenía la teoría de que al *giganteum* se lo llama así injustamente.

No se sabe si pudo observar que aquellas esferas blancuzcas estaban esparcidas en el trayecto mismo que siguiera la anciana el día anterior, o si notó que el último ejemplar de la serie se distendía y abultaba a menos de veinte metros de la verja de entrada al cottage de Caddles. Si llegó a observar todas estas cosas, no hizo el menor intento de anotar sus observaciones. Sus observaciones en cuestiones de botánica eran lo que la clase inferior de científicos denomina «observación ejercitada», o sea, que se va en busca de determinadas cosas y se descuida de lo demás. Y tampoco hizo nada el vicario para relacionar este fenómeno con la notable expansión del niño de los Caddles, expansión que progresaba desde hacía varias semanas, exactamente desde un domingo por la tarde en que Caddles, de ello haría cosa de un mes o más, fue a visitar a su suegra y oyó cómo el señor Skinner (ahora difunto) se jactaba de su técnica para criar gallinas.

IV

En verdad, el crecimiento exorbitante de los bejines, consecutivo a la expansión del niño de los Caddles, debería haber hecho abrir los ojos al vicario. El último de estos hechos mencionados, cronológicamente el primero, se le había echado en brazos cuando el bautizo... casi abrumadoramente.

El niño berreó con ensordecedora violencia al caer sobre su frente el agua fría que sellaba su herencia divina y su derecho a llamarse «Albert Edward Caddles». Se hallaba entonces más allá de toda posibilidad de acarreo materno, y Caddles, aunque tambaleándose, pero sonriendo triunfalmente a los demás padres, cuantitativamente inferiores, lo llevó de nuevo al banco ocupado por su grupo.

—¡Jamás vi a niño parecido! —exclamó el vicario. Éste fue el primer indicio público de que el niño de los Caddles, que había comenzado su carrera

terrenal algo por debajo de los tres kilos y medio, intentaba, después de todo, hacer quedar bien a sus padres. Muy pronto se hizo evidente que no sólo aspiraba al crédito, sino a la gloria. Y al cabo de un mes, su gloria brillaba tan esplendente que hasta era, considerando la posición social en que se hallaban los Caddles, algo indecorosa.

El carnicero pesó al niño once veces. Hombre de pocas palabras, pronto expresó su modo de pensar. La primera vez dijo: —Éste es de los buenos. La segunda vez murmuró: —¡Demonios!

Y la tercera vez exclamó: —¡Buuuueno, señora!

Después de esto, cada vez que volvió a pesarlo se limitó a dar un tremendo resoplido, a rascarse la cabeza y mirar las escalas con una desconfianza sin precedentes. Todo el mundo fue a ver al Gran Bebé —como lo llamaron con general consentimiento— y la mayoría de ellos dijeron:

—¡Es un barbarote!

Y casi todos le hicieron esta pregunta: —¿Qué te han hecho tus padres?

La señorita Fletcher también fue a verlo, y dijo:

—¡Ay, yo nunca...!

Lo cual era perfectamente cierto.

Lady Wondershoot, la tirana del pueblo, llegó el día siguiente de la tercera pesada e inspeccionó muy de cerca el fenómeno a través de unos lentes que la llenaron de terror.

—Es un niño inusualmente Grande —dijo a su madre con voz potente e instructiva—. Tendrá usted que tener con él cuidados extraordinarios, Caddles. Naturalmente, no seguirá creciendo a este paso alimentado con biberón, pero debemos hacer todo lo que podamos por él. Le mandaré más franela.

Fue el médico y midió al niño con una cinta métrica y se anotó las cifras en un cuaderno, y el anciano Drifthassock, que cultivaba la tierra en Up Marden, hizo desviarse tres kilómetros de su trayecto a un corredor de abonos para que fuera a verlo. El corredor preguntó la edad del niño tres veces y finalmente dijo que lo ahorcasen si lo entendía. Dejó que cada cual dedujera cómo y por qué tenían que ahorcarlo, pero parece que era a causa del tamaño del niño. También dijo que tendrían que llevarlo a un concurso de bebés. Y durante todo el día, a la salida de la escuela, fueron presentándose niños y niñas que iban diciendo:

—Señora Caddles, ¿quiere dejarnos ver a su niño, por favor?

La buena mujer tuvo que cortar aquello por lo sano. Y en medio de aquellas escenas de asombro, compareció la señora Skinner y allí se quedó

sonriendo, en último término, aguantándose los puntiagudos codos con sus descarnadas y nudosas manos, y sonriendo, sonriendo por debajo de la nariz, con una sonrisa de infinita profundidad.

—Hasta hace que la vieja bruja de la abuela no se vea tan mal —dijo Lady Wondershoot—. Siento de veras que haya vuelto al pueblo.

Naturalmente, como casi todos los niños de los labriegos, el elemento caritativo había hecho su aparición, pero el niño pronto dejó establecido sin lugar a dudas por medio de un berreo colosal, su opinión sobre la capacidad del biberón, aquel elemento distaba todavía mucho de su objetivo.

El niño fue considerado la maravilla del siglo, y todo el mundo se hartó de maravillarse de su asombroso crecimiento. Y luego, ¡cosa rara!, en vez de pasar de moda para dar paso a otras maravillas, ¡siguió creciendo a ritmo más acelerado que nunca!

Lady Wondershoot oyó lo que le decía la señora Greenfield, su ama de llaves, con un asombro infinito.

—¿Que Caddles está otra vez abajo? ¿Que no tiene alimento para el niño? Pero señora Greenfield, ¡es imposible! ¡Esta criatura come como un hipopótamo! Estoy segura de que no es verdad.

—Estoy segura de que no la engañan, Milady —dijo la señora Greenfield.

—¡Es tan difícil estar segura con esas gentes! —dijo Lady Wondershoot—. Y ahora desearía, mi buena señora Greenfield, que usted fuera allí esta tarde para ver... para ver cómo le dan el biberón. Por muy grande que sea, no puedo imaginarme que necesite más de tres litros al día.

—Realmente no hay necesidad, Milady —dijo la señora Greenfield.

La mano de Lady Wondershoot tembló con una especie de caritativa emoción, con la rabia suspicaz que conmueve a todos los aristócratas ante la idea de que posiblemente las clases más humildes sean, después de todo, tan mezquinas como las clases superiores y —¡ahí es donde escuece!— marquen también sus tantos en el juego.

Pero la señora Greenfield no pudo observar prueba alguna de malversación, y ordenó se facilitara una provisión progresivamente creciente al niño de Caddles. Acababa de enviarse a su destino apenas el primer lote, cuando Caddles estaba ya de vuelta en la gran mansión en un estado abyectamente culposos.

—Hemos tenido el mayor cuidado con las ropas, señora Greenfield, se lo aseguro, señora, ¡pero han estallado y se han roto! Han salido volando con tal violencia, señora, que un botón ha roto el cristal de una ventana, señora, y otro me dio a mí aquí... Véalo usted misma, señora.

Cuando Lady Wondershoot se enteró de que aquel asombroso niño había hecho estallar sus hermosas ropas de caridad, decidió hablar con Caddles ella misma en persona. Caddles compareció con el pelo precipitadamente mojado y alisado con la mano, sin aliento y agarrado al ala de su sombrero como si fuese un salvavidas; el pobre hombre dio un traspiés con el borde de la alfombra debido a su confusión.

A Lady Wondershoot le gustaba ser impertinente con Caddles. Para ella Caddles era el ideal del individuo de la clase baja: deshonesto, fiel, abyecto, trabajador e inconcebiblemente incapaz de responsabilidad. Le hizo saber que aquello era una cosa muy seria, es decir, que el modo como iba creciendo el niño era un asunto muy serio.

—Es su apetito, Milaty —dijo Caddles levantando el tono de la voz—. Deténgale el crecimiento, Milady, verá cómo no puede... Está allí echado, Milady, ¡y pega cada patada! Y chilla de un modo que nos desespera. Nos parte el corazón, Milady. Y si aguantáramos sin hacer nada, los vecinos intervendrían y podría ocurrir lo peor...

Lady Wondershoot consultó al médico parroquial.

—Lo que yo quisiera saber —dijo Lady Wondershoot— es si está bien que este niño se trague esa gran cantidad de leche.

—La ración adecuada para un niño de esta edad —dijo el médico parroquial— es de tres cuartos de litro a un litro cada veinticuatro horas. No sé por qué razón tienen que recurrir a usted para que les dé más. Si usted lo hace, es debido a su generosidad. Claro que podríamos intentar darle la legítima cantidad que le corresponde durante unos días. Pero ese niño, hay que admitirlo, parece ser, por alguna razón ignorada, fisiológicamente diferente. Posiblemente será un Atleta. Es un caso de Hipertrofia Generalizada.

—Pero no está bien para los demás niños de la parroquia —dijo Lady Wondershoot—, y estoy segura de que vendrán a quejarse si esto sigue así.

—No veo que nadie pueda pretender que se le dé más de lo que está reconocido como dieta adecuada. Debemos insistir en que se arreglen con lo que se les da. Si no quieren, se podría enviar el niño al hospital como caso interesante.

—Supongo —repuso Lady Wondershoot después de reflexionar un momento— que, aparte del tamaño y del apetito, usted no encuentra en él nada anormal... nada monstruoso, ¿verdad?

—No... No encuentro nada anormal. Pero no hay duda de que si este crecimiento persiste, nos encontraremos con graves deficiencias intelectuales y morales. Casi se puede profetizar esto, según la ley de Max Nordau, uno de

los filósofos más célebres y dotados, Lady Wondershoot. Nordau descubrió que lo anormal es... anormal, lo cual constituye un valioso descubrimiento, y vale la pena de tenerlo presente. Yo lo encuentro de una gran ayuda en la práctica corriente. Cuando me encuentro con algo que es anormal, digo en seguida: esto es anormal. —La mirada del médico se hizo profunda, bajo el tono de su voz, y sus ademanes lindaron con lo íntimamente confidencial. Levantó una mano con rigidez.

—Y lo trató en el mismo plan de anormalidad —concluyó.

V

—¡Epa, epa! —dijo el vicario al comenzar el desayuno, el día siguiente de la llegada de la señora Skinner—. ¡Epa, epa! ¿Qué será esto? —Y golpeó el periódico con sus gafas, con aire de reprimenda—. ¡Avispas gigantes! ¿A dónde vamos a llegar...? ¡Serán periodistas norteamericanos, seguramente! ¡Al cuerno con estas Novedades! ¡A mí que me den grosellas gigantes...!

«¡Tonterías! —agregó y apuró el café de un trago, los ojos fijos en el periódico y haciendo un chasquido de incredulidad con los labios.

—¡Paparruchas! —continuó, rechazando la insinuación.

Pero al día siguiente había más, y se hizo la luz.

Pero no toda vino en seguida, sin embargo. Cuando el vicario salió a dar su paseo después de comer, estaba riéndose todavía de la absurda historia que el periódico pretendía hacer creer. ¡Avispas...! ¡Avispas que matan un perro...! Incidentalmente, al pasar por el lugar donde se había desarrollado aquella primera cosecha de bejines, observó que la hierba crecía muy alta, pero no relacionó en absoluto aquello con el motivo de su diversión.

—Habríamos oído algo con toda seguridad —se dijo—. Whitstable no está ni a veinte millas de aquí.

Más lejos descubrió otro bejín, de la segunda generación, irguiéndose como un huevo de ave Roe por entre un matorral anormalmente denso.

Entonces la idea le llegó como un relámpago.

No dio la vuelta habitual de la mañana. En vez de ello, retrocedió al llegar al segundo portillo, dirigiéndose hacia el cottage de los Caddles.

—¿Dónde está el niño? —ordenó, y al verlo, exclamó—: ¡Dios mío!

Volvió cuesta arriba hacia el pueblo, murmurando interjecciones y se encontró con el médico que bajaba la cuesta a toda velocidad. El vicario lo cogió del brazo.

—¿Qué significa eso? —preguntó—. ¿Ha leído usted el periódico estos

últimos días?

El médico contestó afirmativamente.

—Bueno, entonces, ¿qué le pasa al niño ése? ¿Qué pasa con todo lo demás...? ¡Avispas, bejines, niños! ¿Qué será lo que les hace crecer tanto? Es algo totalmente inesperado. ¡Y además en Kent! Si fuese en Norteamérica...

—Es un poco difícil decir precisamente de qué se trata. Por lo que yo puedo entender, los síntomas...

—¿Sí?

—Son de hipertrofia... de hipertrofia generalizada.

—¿Hipertrofia?

—Sí. Generalizada... que ataca todas las estructuras del organismo... todo el cuerpo. Puedo decir que, a mi juicio, y entre nosotros, estoy casi convencido de que se trata de eso... Pero hay que andar con cuidado.

—¡Ah! —exclamó el vicio, muy aliviado al encontrar que el médico estaba a la altura de la situación—. Pero ¿por qué será que está brotando de este modo por todas partes?

—Esto también es difícil de decir —repuso el médico.

—En Urshot. Y aquí. Es un caso clarísimo de diseminación.

—Sí —aprobó el médico—. Así lo creo. Se parece a una epidemia. Probablemente se trata de una hipertrofia epidémica.

—¡Epidémica! —dijo el vicario—. ¿No querrá usted decir que es contagiosa?

El médico sonrió amablemente frotándose las manos.

—Eso sí que no podría decirlo —dijo.

—¡Pero...! —exclamó el vicario, con los ojos como naranjas—. Si es contagiosa... pues... ¡puede afectarnos a nosotros!

Dio una gran zancada cuesta arriba y se volvió.

—¡He estado allí...! —exclamó—. ¿No será mejor que...? Voy a casa de inmediato y tomaré un baño y me fumigaré la ropa.

El médico se quedó contemplando durante un momento cómo el otro se alejaba, luego dio media vuelta y se dirigió también a su casa...

Pero mientras iba andando reflexionó que ya hacía un mes que había aparecido un caso en el pueblo sin que nadie más cogiera la enfermedad, y después de una pausa vacilante decidió mostrarse tan valiente como debe ser

un médico y arriesgarse a lo que fuere como un hombre.

Y fue bien aconsejado por sus últimos pensamientos. El crecimiento era lo que menos podía ocurrirle a él. Podía haber comido Heracleofobia —y el vicario también— sin que le sucediera nada. El crecimiento había terminado para ellos. El crecimiento había acabado con aquellos dos caballeros, para siempre.

VI

Un día o dos después de esta conversación, o sea, un día o dos después del incendio de la Granja Experimental, Winkles fue a visitar a Redwood y le enseñó una carta insultante. Era anónima y el autor debe respetar los secretos de sus personajes.

«Está usted ganándose una reputación a causa de un fenómeno natural —decía la carta—, intentando hacerse propaganda con la carta enviada a The Times. ¡Usted y su Alimento Estrella! Déjeme que le diga que ese alimento suyo, que lleva un nombre tan absurdo, además, tiene una relación meramente accidental con esas grandes ratas y avispas. La realidad está en que existe ahora una epidemia de hipertrofia, de hipertrofia contagiosa, que puede usted controlar del mismo modo que puede controlar el sistema solar. Es tan viejo como las colinas. Ya existía la hipertrofia en la familia de Anak. Fuera de su radio de acción, en Cheasing Eyebright actualmente hay un niño...».

—Escritura temblorosa y mal alineada. Será un viejo caballero, probablemente —dijo Redwood—. Es extraño que un niño...

Leyó unas líneas más y tuvo una inspiración.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¡Si es la perdida señora Skinner!

Y descendió sobre ella, de repente, el día siguiente por la tarde.

La señora Skinner estaba arrancando cebollas del huerto que había frente al cottage de su hija cuando vio a Redwood atravesar la verja del jardín. Se quedó un momento «consternada», como dicen los aldeanos, y luego, cruzándose de brazos y con el manojito de cebollas colocadas defensivamente bajo el codo izquierdo, esperó que se acercara. La boca de la mujer se abrió y cerró varias veces, farfulló algo con su diente único y con la rapidez del parpadeo de una luz de arco voltaico hizo una profunda reverencia.

—Pensé que la encontraría —dijo Redwood.

—Creyó usted bien, señor —dijo ella, sin ninguna alegría.

—¿Dónde está Skinner?

—No me ha escrito, señor, ni una sola vez, ni ha venido por aquí desde que yo vine, señor.

—¿No sabe usted lo que puede haberle sucedido?

—Como no ha escrito, no, señor.

Y dio un paso ladeado hacia la izquierda, con la imperfecta idea de cortar a Redwood el camino hacia la puerta del granero.

—Nadie sabe lo que ha sido de él —dijo Redwood.

—Yo diría que él si lo sabe —repuso la señora Skinner.

—Pues no lo dice.

—Siempre ha sabido salir de apuros dejando que los demás se arreglaría como pudieran. Así ha sido siempre Skinner... Aunque es muy inteligente.

—¿Dónde está el niño? —preguntó Redwood bruscamente.

Ella se hizo repetir la pregunta.

—Ese niño del que tanto se habla, el niño a quien ha estado usted dando nuestro producto... el niño que pesa catorce kilos.

La señora Skinner hizo unos gestos con las manos al tiempo que se le caían las cebollas.

—De veras señor —protestó—, que no sé lo que quiere decir, señor. Mi hija, la señora Caddles, tiene un hijo, es verdad, pero...

Hizo una acusada reverencia e intentó adoptar una actitud inocentemente inquisitiva inclinando la nariz a un lado.

—Es mejor que me deje ver ese niño, señora Skinner —dijo Redwood.

—Está claro, señor, que puede haber caído en un botecillo de Nicey que di a su padre cuando vino a la granja a verme, o un poquitín, tal vez, de lo que pude haber traído conmigo, digamos. ¡Como tuve que hacer los paquetes con tanta prisa...!

—¡Ah! —exclamó Redwood después de haber acariciado al niño unos momentos—. ¡Oh...!

Dijo a la señora Caddles que tenía un niño precioso y que se le parecía mucho, en inteligencia sobre todo... Después, la ignoró por completo. Al poco tiempo ella salió del granero... de puro insignificante que se encontró.

—Ahora que ha empezado usted a dárselo, tendrá que continuar, ¿sabe usted eso? —dijo Redwood a la señora Skinner.

Y volviéndose bruscamente hacia ella, añadió: No lo vierta por todas partes esta vez.

—¿Que no lo vierta, señor?

—¡Oh, ya sabe lo que quiero decir!

Ella indicó que lo sabía con gestos convulsivos.

—¿No ha dicho usted nada a la gente de aquí? ¿A los padres, al alcalde, a los de la casa grande, al médico, a nadie?

La señora Skinner sacudió la cabeza.

—Yo de usted no lo haría —dijo Redwood.

Se dirigió a la puerta del granero e inspeccionó lo que había a su alrededor. La puerta del granero daba a una verja de cinco barrotes que salía a la carretera, entre la esquina de la casa y unas pocilgas fuera de uso. Más allá había una alta tapia de ladrillos rojos cubierta de hiedra, alélies y otras plantas trepadoras y coronada por un alineamiento de vidrios rotos. Más allá de la esquina de la tapia, un gran anuncio, plenamente iluminado por el sol, se erguía entre las ramas verdes y amarillas y por encima de las suntuosas tonalidades de las primeras hojas caídas, anunciando que «Los que traspasen los límites de estos Bosques serán Procesados». La oscura mancha en una brecha del vallado ponía de relieve un trecho de alambrada.

—¡Bah! —exclamó Redwood, y luego, en un tono más profundo—: ¡Hum...!

Se oyó un ruido de ruedas y de cascos, y los caballos tordos de Lady Wondershoot se hicieron visibles. Redwood observó los semblantes del cochero y el lacayo mientras se iba acercando el carruaje. El cochero era un buen ejemplar, macizo y bonachón, y conducía con una especie de dignidad sacramental. Otros podían dudar de su vocación y posición en el mundo; él, desde luego, estaba completamente seguro: conducía a la señora. El lacayo estaba sentado a su lado, con los brazos cruzados y un rostro de certidumbres. Luego, la misma gran dama se hizo visible, con un sombrero y un manto inelegantes y escrutándolo todo a través de sus lentes. Dos señoritas, alargando los cuellos, escrutaban también.

El vicario, al pasar al otro lado, se quitó el sombrero de su frente davídica sin que le hicieran el menor caso...

Redwood permaneció de pie en el umbral de la puerta, mucho tiempo después de haber pasado las damas, con las manos juntas tras él. Su mirada fue desde los verdegrises altos y bajos de la loma al cielo aborregado y de allí a la tapia coronada de trozos de vidrio. Se volvió hacia la fría penumbra del interior, y entre manchas y trazas de color contempló a aquel niño gigante, en medio de tinieblas rembrandtescas, desnudo excepto unos pañales de franela, sentado sobre un enorme brazado de paja y jugando con los dedos de los pies.

—Ya empiezo a ver lo que hemos hecho —dijo.

Se puso a cavilar y el niño de los Caddles, su propio hijo y la progenie de Cossar se entremezclaron en sus cavilaciones.

Luego, bruscamente, se echó a reír.

—¡Buen Dios! —exclamó ante una idea que le cruzó la mente.

Se despabiló inmediatamente y, dirigiéndose a la señora Skinner dijo:

—Nadie debe torturarlo suprimiéndole el alimento. Esto, al menos, podemos evitarlo. Le mandaré a usted una lata cada seis meses. Esta cantidad debe ser suficiente para él.

La señora Skinner murmuró algo así como: «Si usted lo cree así» y: «Probablemente lo empaqueté por equivocación... Pensé que no había ningún daño en darle un poco», y con esto y con la ayuda de unos aspavientos indicó que comprendía.

Así, pues, el niño siguió creciendo.

Y creciendo.

—Prácticamente —dijo Lady Wondershoot—, se ha comido todas las terneras del lugar. Si tuviera sujetos como ese Caddles...

VII

Pero ni siquiera un lugar tan recluso como Cheasing Eyebright podía descansar mucho tiempo en la teoría de la hipertrofia, fuera contagiosa o no, en vista del griterío creciente motivado por el Alimento. Al poco tiempo hubo penosos pedidos de explicaciones para la señora Skinner... explicaciones que la redujeron a un inarticulado farfuleo de único diente... explicaciones que la sondearon y escudriñaron y la dejaron en evidencia, hasta que por fin se vio obligada a refugiarse de la universal convergencia vituperante en la dignidad de una inconsolable viudez. Volvió sus miradas —que procuró fuesen lacrimosas— hacia la encolerizada dama de la Mansión y, secándose las jabonaduras de las manos, dijo:

—Olvida usted, Milady, lo que yo estoy pasando.

Y prosiguió con tono de advertencia, con cierto aire de reto:

—Es en él en quien pienso noche y día, Milady. Frunció los labios y su voz se hizo más apagada y vacilante: —Era muy importante para mí, Milady.

Y habiendo dejado sentado su criterio en este terreno, la señora Skinner repitió la afirmación que la dama aquella había rechazado antes:

—Yo no tenía más idea de lo que le daba al niño, Milady, de la que podía haber tenido cualquier otra persona...

La dama en cuestión enfocó sus ideas en otra dirección más esperanzadora, censurando de paso tremendamente, como es natural, a Caddles. Unos emisarios, henchidos de diplomáticas amenazas, penetraron en las agitadas vidas de Bensington y de Redwood. Se presentaron como consejeros de la parroquia, estólidos, insistiendo fonográficamente en unas declaraciones preestablecidas.

—Le consideramos a usted responsable, señor Bensington, de los daños causados en nuestra parroquia. Le consideramos a usted responsable.

Una serie de procuradores, como lenguas de serpientes, que se llamaban Banghurst, Brown, Flapp, Codlin, Brown, Tedder y Snoxton y que aparecían invariablemente bajo la forma de unos caballeros pequeñitos, bermejos, de aspecto astuto y nariz puntiaguda, dijeron algunas vaguedades sobre daños y perjuicios, y también se presentó un buen día un personaje muy lustroso, el representante de la dama del solar que, dirigiéndose a Redwood, le preguntó:

—Bueno, señor, ¿qué se propone usted hacer?

A lo cual Redwood contestó que se proponía suprimir la provisión de alimento para el niño, si él o Bensington seguían siendo molestados por aquel concepto.

—Se lo doy por nada —y añadió—: El niño dejará el pueblo en ruinas con sus aullidos antes de morir, si no le dan el alimento que pide. El niño está en sus manos y a ustedes les corresponde cuidar de él. Lady Wondershoot no puede ser siempre la Lady Bountiful, la Providencia Terrenal, de su parroquia, sin hacerse cargo alguna vez de sus responsabilidades, ¿comprende usted?

—El mal ya está hecho —decidió Lady Wondershoot cuando le transmitieron con algunas expurgaciones lo que había dicho Redwood.

—El mal ya está hecho —repitió el vicario, como un eco.

Aunque, en realidad, el mal estaba sólo en sus comienzos.

CAPÍTULO DOS

EL CHIQUILLO GIGANTE

I

El vicario insistía en que el niño gigante era feo.

—Siempre ha sido feo... como todo lo que es excesivo.

Las opiniones del vicario lo habían desviado de un recto juicio en este

asunto. El niño era retratado con mucha frecuencia, a pesar de su rústico retiro, y el testimonio de las fotografías está en contra del vicario, atestiguando que el joven monstruo fue en un principio casi hermoso, con unos copiosos rizos que le llegaban hasta la frente y una gran facilidad para la sonrisa. Generalmente, Caddles, que era hombre de escasa estatura, aparece sonriendo detrás del niño y la perspectiva acentúa todavía más su pequeñez relativa.

Al cumplir el segundo año, el aspecto del niño se hizo más sutil y más discutible. Empezó a crecer, como su infortunado abuelo hubiera sin duda expresado, «lozano». Perdió algo de color y desarrolló un creciente efecto de ser, aunque colosal, algo delicado. Y, en realidad, así era. Los ojos y algo más que había en su rostro se afinaron, se hicieron, como dice la gente, «interesantes». El cabello, después de habérselo cortado una vez, empezó a crecer de forma enmarañada, de tal manera que se convirtió en una verdadera mata.

—Es la vena de degeneración que aparece en él —dijo el médico del pueblo, señalando estas características.

Sin embargo, si estaba o no en lo cierto y si el paso del chiquillo desde una salud ideal a aquel estado de cosas fue el resultado de vivir por entero dentro de un granero fregado y blanqueado y dependiendo del sentido de caridad, templado por el de justicia, de Lady Wondershoot, es un tema que se presta a discusión.

Las fotografías del niño desde los tres a los seis años nos lo muestran convirtiéndose en un chiquillo de ojos redondos, blondo cabello, nariz truncada y mirada amistosa. En sus labios acecha aquella insinuación de sonrisa, nunca muy remota, que exhiben todas las fotografías de los primeros niños gigantes. Durante el verano lleva unas ropas muy sueltas de terliz cosidas con bramante; se cubre generalmente la cabeza con uno de esos cestos de paja que los trabajadores usan para poner sus herramientas, y va descalzo. En uno de esos retratos muestra una amplia sonrisa y tiene en la mano un melón mordisqueado.

Los retratos hechos en invierno son menos numerosos y satisfactorios. En ellos lleva enormes zuecos, sin duda de madera de haya, y (tal como lo demuestran los fragmentos de la inscripción «John Stickells, Iping») sacos por calcetines, sus pantalones así como su chaqueta han sido inequívocamente cortados de los restos de una alfombra de alegre diseño. Debajo de aquello hay burdos pañales de franela; cinco o seis metros de franela están arrollados alrededor de la garganta, a guisa de bufanda. —Lo que lleva en la cabeza es, probablemente otro saco. Siempre mira la cámara fotográfica, a veces sonriente, a veces con mirada triste. Ya desde que tenía cinco años se puede ver aquel voluntarioso fruncimiento de la frente, sobre sus dulces ojos pardos,

que caracteriza su semblante.

Constituyó desde el principio, según declaró siempre el vicario, un terrible trastorno para el pueblo. Parece haber tenido un impulso proporcionado al juego, mucha curiosidad y sociabilidad y, además, había un cierto anhelo en su interior (y lamento tener que decirlo) para comer aún más. A pesar de lo que Greenfleld calificaba como un «excesivamente generoso» suministro de alimentos por parte de Lady Wondershoot, el niño exhibía lo que el médico percibió en seguida como un «Apetito Criminal». Confirma hasta de un modo demasiado completo el peor aspecto de la experiencia que de las clases humildes había adquirido Lady Wondershoot, el hecho de que, a pesar de un suministro nutritivo enormemente por encima de lo que se considera como la necesidad máxima, incluso de un adulto, se descubrió un día que el chico robaba. Y lo que robaba se lo comía con poco elegante voracidad. Su manaza pasaba por encima de las tapias de los jardines y se dedicaba a coger el pan del carro del panadero. Los quesos desaparecían del almacén de Marlow, ni la gamella de los cerdos estaba libre de sus asaltos. Algún que otro aldeano al pasar por su campo de nabos se encontraba con las grandes huellas de los pies del niño y las pruebas de su hambre roedora, una raíz sacada de aquí, otra de allá, y los hoyos, con astucia infantil, torpemente disimulados. Se comía un nabo como si devorase un rábano. Si no había nadie que lo viera, se comía las manzanas del árbol, igual que los niños normales comen moras del moral. De todos modos, en cierto aspecto, esta escasez de provisiones fue beneficiosa para la paz de Cheasing Eyebright, porque durante muchos años se tragó hasta el último grano que se le dio del Alimento de los Dioses...

Indiscutiblemente el chico era muy molesto y se hallaba fuera de lugar.

—Siempre está en todas partes —decía el vicario.

No podía asistir a la escuela; no podía ir a la iglesia en virtud de las obvias limitaciones de su volumen cúbico. Hubo un intento de dar satisfacción al espíritu de aquella «disparatada y destructiva ley» —cito las palabras del vicario—, o sea, la Ley de Instrucción Elemental de 1870, haciendo que se sentara en la parte de fuera de la ventana abierta mientras se dictaba la clase pertinente en la parte de dentro. Pero su presencia allí quebrantaba la disciplina de los demás niños, los cuales siempre estaban sacando la cabeza por la ventana y mirándolo embobados, y cada vez que hablaba estallaban en carcajadas. ¡Tenía una voz tan extraña! Por consiguiente, dejaron que no asistiera a la escuela. Tampoco insistieron en que fuera a la iglesia porque sus vastas proporciones no eran de ninguna ayuda a la devoción. Y, no obstante, en este aspecto su tarea habría podido ser más fácil; hay buenas razones para suponer que dentro de aquel inmenso corpachón se albergaban los gérmenes de un sentimiento religioso. La música lo atraía. Se le veía a menudo en el cementerio parroquial los domingos por la mañana buscando su camino entre

las tumbas, con mucho cuidado, después de haber entrado en la feligresía, y durante todo el servicio religioso permanecía sentado afuera, al lado del pórtico, escuchando como se escucha desde afuera una colmena de abejas. Al principio mostró cierta falta de tacto. Los fieles que se hallaban dentro de la iglesia oían los crujidos de los guijarros bajo sus pies inquietos alrededor del templo o perciban su borrosa cara mirando a través de los vitrales de los ventanales, mitad curiosa, mitad envidiosa, y, a veces, algún himno sencillo lo cogía por sorpresa y se le oía aullar lúgubrememente en un gigantesco intento de cantar al unísono con todos. Al oírse aquella voz, el pequeño Sloppet, que hacía las funciones de entonador, de perdiguero, de muñidor, de enterrador, de sacristán y de campanero los domingos, además de ser cartero y deshollinador los demás días de semana, salía rápidamente con gran valentía y lo echaba de allí con mucha pesadumbre. Sloppet (y me complazco en hacerlo constar así) se sentía apesadumbrado por ello, al cable iba de aquí para allá, con el cuello alargado, buscando, siempre buscando la manera de satisfacer las dos necesidades primordiales de la infancia: algo para comer y algo con que jugar.

Entonces aparecía una mirada de respeto furtivo en los ojos de la criatura y un intento de tocarse a modo de saludo la enmarañada greña que le caía sobre la frente.

Dentro de sus estrechos límites, el vicario poseía cierta imaginación —por lo menos los restos de una imaginación—, y respecto al joven Caddles dio en pensar en la enorme fuerza que semejante musculatura debía poseer. ¿Y si se volviera loco de repente...?

—¡Supongamos una mera falta de respeto...!

—Sin embargo, el verdadero valiente no es el hombre que no tiene miedo, sino el que teniéndolo sabe vencerlo. En todas y cada una de estas ocasiones, el vicario no dejó en libertad su imaginación. Y siempre que se dirigía al joven Caddles lo hacía rígidamente, con una clara voz de tenor litúrgico.

—¿Eres buen chico, Albert Edward?

Y el joven gigante, arrimándose a la pared y ruborizándose intensamente, respondía:

—Sí señor... Trato de serlo.

—Pues anda con cuidado —decía el vicario, pasando por su lado con una ligera aceleración de la respiración, todo lo más. Y por el respeto que tenía a su propia hombría, fuera lo que fuese lo que se imaginara, no volvía la cabeza hacia el peligro una vez había pasado por su lado.

El vicario daba clases particulares al joven Caddles de un modo caprichoso. Nunca le enseñó a leer —no lo necesitaba—, pero le enseñó los

puntos importantes del catecismo: sus deberes para con sus vecinos, ya que no semejantes, por ejemplo, y para con la Divinidad que castigaría a Caddles con extraordinaria ansia de venganza si por casualidad éste se aventuraba a desobedecer al vicario o a Lady Wondershoot. Las lecciones tenían lugar en el patio de la vicaría y los transeúntes podían oír muy bien como aquel inseguro vozarrón infantil canturreaba como un zángano las enseñanzas esenciales de la Iglesia Oficial.

—Honrar y obedecer al Rey y a todos aquellos que gozan de autoridad bajo su mando. Someterme a todos mis tutores, maestros, pastores y profesores. Considerarme inferior y reverenciar a mis superiores...

Al poco tiempo se vio que el efecto producido por el gigante sobre los caballos que no estaban acostumbrados a verlo era igual que el de un camello y, por lo tanto, se le conminó a mantenerse lejos de la carretera, ni siquiera acercarse al vivero de árboles (donde su sonrisa bobalicona por encima de la tapia había exasperado extraordinariamente a Lady Wondershoot), sino que se apartara de allí todo lo posible. Fue esta una ley que nunca llegó a cumplir del todo a causa del gran interés que para él tenía la carretera. Pero transformó lo que había sido su constante punto de referencia en un placer secreto. Por fin quedó limitado casi enteramente a la zona de pastoreo y los campos fuera del pueblo.

No sé lo que hubiese hecho a no ser por los campos. Allí había espacios por donde vagar millas y millas, y por estos espacios vagaba. Desgajaba ramas de los árboles y hacía con ellas grandes ramilletes insensatos, hasta que también esto le fue prohibido. Cogía las ovejas y las ponía en bien formadas hileras, de las que las ovejas se escapaban en seguida (cosa que le hacía invariablemente reír a carcajadas) hasta que también esto le fue prohibido. Cavaba en la turba grandes hoyos injustificables, hasta que también esto le fue prohibido...

Vagabundeaba por la meseta hasta la colina que se yergue por encima de Wreckstone, pero no iba más allá, porque allí ya empezaba la tierra de cultivo, y los campesinos, a causa de sus depredaciones sobre sus cosechas de raíces comestibles e inspirados por una especie de timidez hostil que su presencia frecuentemente provocaba, azuzaban contra él sus perros ladrones para ahuyentarlo. Hasta lo amenazaban y fustigaban con látigos. Incluso me han dicho que llegaron a disparar contra él con escopetas. Y en la otra dirección llegaba hasta otear Hicklebyrow. Desde lo alto de Thursley Hanger podía ver el ferrocarril de Londres a Chatham y Dover, pero una serie de campos arados y una aldea sospechosa impedían su aproximación.

Y después aparecieron unos grandes tableros con inscripciones en letras rojas que le impedían el paso en todas direcciones. No podía entender lo que

decían las letras: «Prohibido el paso», pero al cabo de poco tiempo lo comprendió. Se lo podía ver en aquellos días, por los pasajeros del tren, sentado, con el mentón apoyado en las rodillas, encumbrado en lo alto del altozano, muy cerca de las minas de yeso de Thursley, donde más tarde se le puso a trabajar. El tren parecía inspirarle una borrosa emoción amistosa y a veces lo saludaba con su enorme manaza, y otras veces saludaba con un rústico grito incoherente.

—¡Qué grande es! —exclamaban los pasajeros asomados a las ventanillas—. Es uno de estos niños del Alimento Estrella. Según dicen, es completamente incapaz de hacer nada por sí mismo... Es un poco idiota en realidad y una gran carga para la localidad.

—Los padres son muy pobres, según me han dicho.

—Viven de la caridad de los hacendados locales.

Todo el mundo se quedaba contemplando durante un buen rato aquella figura monstruosa sentada en la colina.

—Suerte que se ha puesto término a eso —indicaba alguien con amplias ideas—, porque bueno sería que tuviéramos unos cuantos millares de esos con vistas a la contribución, ¿no?

Y generalmente siempre había algún dechado de sensatez que le dijera al filósofo de marras, en tono de cálida aprobación:

—Tiene usted toda la razón, señor.

II

El niño tuvo sus malos días.

Hubo, por ejemplo, aquel disgusto del río.

Hizo barquichuelos de papel con periódicos enteros, arte que aprendió observando al chico de los Spender, y echó río abajo grandes tricornios de papel. Cuando desaparecieron bajo el puente que marca los límites de los terrenos estrictamente privados de Eyebright House, dio un grito y echó a correr, dando un rodeo, a través del campo nuevo de Tormat —¡Dios mío! ¡Cómo se dispersarían, con toda seguridad, los cerdos de Tormat, transformando así su grasa en músculo magro!—, a fin de encontrarse con los barcos de papel en el vado. ¡A lo largo de los prados que orillaban el río solían ir estos barcos de papel, pasando frente a Eyebright House, bajo los ojos de Lady Wondershoot! ¡Desorganizadores periódicos doblados! ¡Vaya lindeza!

Haciendo acopio de espíritu emprendedor, gracias a la impunidad de que gozaba, empezó a construir pueriles obras hidráulicas. Cavó hasta construir un enorme puerto para su flota de papel con la puerta de un cobertizo que le

sirvió de pala, y como que daba la casualidad que entonces nadie observaba sus operaciones, trazó un ingenioso canal que, incidentalmente, inundó la nevería de Lady Wondershoot, y finalmente estancó el río. Lo embalsó atravesándolo con unas cuantas vigorosas puertadas de tierra —tuvo que haber trabajado como una avalancha— y una de las más asombrosas inundaciones penetró en el sembradío y arrastró a la señorita Spinks con su caballete y el esbozo de la acuarela más prometedor que nunca hubiese empezado. En realidad lo que se llevó fue el caballete, dejándola a ella empapada hasta las rodillas y con las faldas lamentablemente recogidas en su huida hacia la casa. De allí las aguas invadieron el huerto, del huerto pasaron por la puerta del prado al camino y del camino otra vez al cauce del río por la zanja de Short.

Mientras tanto, el vicario, interrumpiendo su conversación con el herrero, se quedó estupefacto al ver cómo unos desgraciados peces saltaban de unas charcas residuales donde habían quedado encallados, y al ver asimismo grandes montones de algas verdes en el cauce del río donde diez minutos antes había habido más de dos metros y medio de agua clara y transparente.

Después de todo esto, horrorizado de sus propias consecuencias, el joven Caddles huyó de su casa y estuvo escondido dos días con sus noches. Regresó únicamente ante el insistente reclamo del hambre para aguantar con una calma estoica una violentísima reprimenda que estaba más en proporción con su tamaño que ninguna otra cosa de las que le habían caído en suerte desde su nacimiento en aquel pueblo feliz.

III

Inmediatamente después de aquel incidente, Lady Wondershoot meditó sobre las adiciones ejemplares a las afrentas y ayunos que había infligido y publicó un decreto. Lo hizo en primer lugar para que se enterara su mayordomo, y de un modo tan repentino que éste dio un respingo. El mayordomo estaba quitando de la mesa los utensilios del desayuno y Lady Wondershoot estaba contemplando por el alto ventanal que daba a la terraza el sitio donde aparecerían los cervatillos para que les dieran la comida.

—Jobbet —dijo con el tono más imperial de su voz—. Jobbet, ese rústico debe trabajar para ganarse la vida.

Y dejó bien sentado no sólo para Jobbet, lo cual era fácil, sino para todos los demás habitantes del lugar, incluyendo al joven Caddles, que en esta cuestión, como en todas las demás, haría lo que decía.

—Que trabaje —dijo Lady Wondershoot—. Ésa es la consigna para el señorito Caddles.

—Me parece que es la consigna para toda la humanidad —dijo el vicario—. Los simples deberes, el modesto ciclo, el tiempo de la siembra y de la

cosecha...

—Exacto —dijo Lady Wondershoot—. Es lo que yo digo.

Satanás siempre encuentra algún disparate a punto para las manos ociosas. Al menos, entre las clases trabajadoras. Nosotros siempre educamos a nuestras camareras en estos principios. ¿En qué lo pondremos a trabajar?

Aquello resultó un poco difícil. Pensaron varias cosas, y mientras tanto lo ejercitaron un poco en el trabajo utilizándolo en vez de un mensajero a caballo para llevar telegramas y notas cuando se requería una gran velocidad y también le hicieron acarrear equipajes y cajas de embalaje y otras cosas similares dispuestas en una gran red que al efecto encontraron. Parecía que a él le gustaba hacer algo, considerándolo como una especie de juego, y Kinkle, el agente de Lady Wondershoot, al ver un día cómo transportaba un gran montón de piedras, tuvo la brillante idea de ponerlo a trabajar en la cantera de pizarra de Thursley Hanger, cerca de Hickleybrow. Esta idea fue puesta en práctica, y pareció dejar resuelto el problema.

El niño trabajó en la cantera de pizarra, al principio con el gusto propio del niño jugueteo y después por efecto del hábito: cavando, cargando, haciendo por sí mismo el arrastre de las vagonetas, haciendo correr las que estaban llenas por las vías hasta el desviadero y transportando las vacías por el cable de un gran malacate... trabajando, en fin, él solo en toda la cantera.

Me han dicho que Kinkle hizo de él algo de mucha utilidad para Lady Wondershoot teniendo en cuenta que no consumía prácticamente nada más que su comida, aunque esto no fue óbice para que ella denunciara a «aquel ser» como un gigantesco parásito que absorbía toda su caridad...

En esta época el niño llevaba una especie de delantal de arpillera, pantalones de cuero remendado y zuecos con suela de hierro. En la cabeza usaba a veces una cosa rara: un sillón de paja para campo y playa, en forma de colmena, muy gastado, pero generalmente iba con la cabeza descubierta. Andaba de un lado para otro de la cantera con poderosa deliberación, y el vicario, al dar su paseo habitual después de comer, se llegaba hasta allí al mediodía, para encontrárselo satisfaciendo vergonzosamente sus necesidades alimenticias de espaldas al mundo.

Cada día le llevaban la comida: una ración de grano sin descascarillar en un vagón, un vagón de tren de trocha angosta, igual que uno de aquellos vagones que él llenaba constantemente de pizarra, y toda aquella carga de grano la solía quemar en un viejo horno de cal para devorarla después. A veces la mezclaba con un saco de azúcar, y a veces se sentaba para lamer un pilón de sal del que se da a las vacas o para comerse un enorme racimo de dátiles con hueso y todo, como los que se ven en Londres llevados en angarillas. Para

beber iba al riachuelo que corría más allá del lugar arrasado donde había estado la Granja Experimental de Hickleybrow y acercaba el rostro a la superficie de la corriente. Fue a causa de este modo de beber después de haber comido, por lo que el Alimento de los Dioses se desmandó, evidenciándose en primer lugar en la aparición de unas algas enormes que surgían por las orillas, luego en unas grandes ranas, unas truchas todavía más grandes y unas carpas enormes, y por último, en una fantástica exuberancia de vegetación por todo aquel pequeño valle.

Y al cabo de un año poco más o menos, las extrañas y monstruosas sabandijas que vivían en el campo frente a la herrería se hicieron tan enormes y se desarrollaron en cucarachas y escarabajos tan terroríficos —escarabajos a motor, los llamaban los muchachos—, que obligaron a Lady Wondershoot a marcharse al extranjero.

IV

Muy pronto el Alimento entró en una nueva fase de acción sobre el niño. A pesar de las sencillas instrucciones dadas por el vicario, cuyo propósito era redondear la modesta vida natural que se consideraba la más conveniente para un aldeano gigante, del modo más completo y decisivo, el niño empezó a hacer preguntas, a investigar las cosas, a pensar. A medida que fue dejando la infancia para entrar en la adolescencia se hizo cada vez más evidente que su mente elaboraba procesos que le eran propios... fuera del control del vicario. Éste hizo cuanto pudo por ignorar este desconsolador fenómeno, pero, así y todo, no podía evitar la sensación de su presencia.

El material para alimentar las ideas del joven gigante yacía todo a su alrededor. De un modo completamente involuntario, con sus espaciosos puntos de vista, su constante visión de las cosas desde arriba, debió haber visto mucho de lo que encerraba la vida humana, y a medida que se le hizo más claro el hecho de que él también, si se exceptuaba su torpe magnitud, pertenecía al género humano, debió haberse dado cuenta cada vez más de lo mucho que le estaba vedado, debido a esta melancólica distinción. El sociable zumbido de la escuela; el misterio de la religión, que era compartido en medio de tantos primores y elegancias y del que se exhalaba un tan dulce raudal de melodía; los joviales coros que se oían en la taberna; las habitaciones cálidamente brillantes, iluminadas con velas y con la lumbre del hogar, que él se complacía en mirar desde la oscuridad exterior, o también la excitada gritería y el vigor de las gesticulaciones al discutir algún asunto imperfectamente comprendido que se centraba en el campo de cricket, todas estas cosas debieron de clamar a su corazón en busca de compañía. Parece ser que, a medida que fue avanzando en la adolescencia, empezó a tomar un interés considerable en el proceder de los enamorados, en sus preferencias y parejas, en aquellas estrictas intimidades que son tan primordiales en la vida.

Un domingo, a la hora en que salen las estrellas, los murciélagos y las pasiones de la vida rural, había una joven pareja «besándose un poquito» en Love Lane, el camino bordeado de altos setos que va hacia Upper Lodge. Estaban dando rienda suelta a sus pequeñas emociones, tan seguros en aquel cálido y quieto crepúsculo como pueden desear estarlo unos enamorados. La única interrupción concebible que ellos creían posible venir era por la parte de arriba del sendero, pues el seto de tres metros y medio de altura que se dirigía hacia el silencioso altozano les parecía constituir una garantía absoluta.

Entonces, de pronto —de una manera increíble—, se sintieron levantados y separados.

Se vieron suspendidos, cada uno de ellos con un pulgar y un índice bajo los sobacos, mientras los perplejos ojos pardos del joven Caddles escrutaban sus acalorados y enrojecidos rostros. Se encontraron mudos con las emociones de su situación.

—¿Por qué os gusta hacer eso? —preguntó el joven Caddles.

Me figuro que aquella situación embarazosa continuó hasta que el chaval, recordando su hombría, conminó vehementemente al joven Caddles, con grandes gritos, amenazas y viriles blasfemias, como podían considerarse apropiadas a la ocasión, a que los dejara en el suelo, bajo pena de tremendos castigos. Con esto, el joven Caddles, acordándose de sus buenos modales, los bajó con gran cuidado y cortesía, adecuadamente cercanos, para que pudieran reanudar su sesión de besos y abrazos. Después de contemplarlos con cierta vacilación, desde arriba, optó por desaparecer en el crepúsculo...

—Me sentí hecho un tonto —me confesó después el chaval—. Casi no nos atrevíamos a mirarnos... habiendo sido sorprendidos de aquel modo...

«Besándonos, ¿sabe usted...?»

«Y lo más curioso es que ella me echó toda la culpa a mí, me llenó de insultos y casi no me dirigió la palabra, de vuelta a casa...

El gigante se estaba aventurando en investigaciones por su cuenta, no cabía la menor duda. Estaba claro que su mente lo atormentaba a fuerza de preguntas. Estas preguntas las había formulado a muy pocas personas todavía, pero las respuestas lo dejaron muy confuso. Su madre, según creo, tuvo que verse sometida a esta especie de interrogatorio varias veces.

Solía entrar en el patio que había detrás de la casa de su madre, y después de una cuidadosa inspección del terreno, con el fin de no aplastar ninguna gallina o polluelo, se sentaba lentamente con la espalda apoyada contra el granero. Al cabo de un minuto, los polluelos a quienes les era muy simpático, iban a picotearle el musgoso barro gredoso de las costuras de la ropa, y si el

viento anunciaba lluvia, el gatito de la señora Caddles, que nunca perdió su confianza en él, adoptaba una forma sinuosa, echaba a brincar hacia la casa, entraba en ella, saltaba al guardafuegos de la cocina, daba la vuelta, salía, se le encaramaba por la pierna, por el cuerpo, hasta pararse en el hombro, donde permanecía en actitud meditativa un momento, y luego ¡zap!, otra vez abajo, y así sucesivamente. A veces le clavaba las garras en la cara de pura alegría, pero él nunca se atrevió a tocar al gatito a causa del peso incierto que tendría su mano sobre una criatura tan frágil. Además, hasta le gustaba que le hiciera cosquillas. Y al cabo de un cierto tiempo ya hacía preguntas comprometedoras a su madre.

—Madre —le decía—, si es tan bueno eso de trabajar, ¿por qué no trabaja todo el mundo?

Su madre alzaba la cabeza para mirarlo y respondía:

—Es bueno para los que son como nosotros.

—¿Por qué? —meditaba él.

Y como que no obtenía respuesta, insistía:

—¿Para qué sirve el trabajo, madre? ¿Por qué tengo que cortar pizarra y tú tienes que lavar ropa, día tras día, mientras Lady Wondershoot se pasea en coche, madre, y viaja por todos esos países extranjeros que ni tú ni yo veremos nunca, madre?

—Es que ella es una dama... —repuso la señora Caddles.

—¡Ah! —exclamó el joven Caddles. Y meditó profundamente.

—Si no existieran los señores que nos hacen trabajar —explicó la señora Caddles—, ¿cómo podríamos ganarnos la vida nosotros, los pobres?

Esto tenía que digerirlo.

—Madre —probó de nuevo—, si no hubiera señores, ¿las cosas no pertenecerían a las gentes como tú y yo? Y si así...

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué niño! —exclamó la señora Caddles la cual, con la ayuda de una buena memoria, se había transformado en una vigorosa y floreciente personalidad desde la muerte de la señora Skinner—. ¡Desde que se llevaron a tu pobre abuelita, no hay modo de tratarte! No hagas preguntas y no te dirán mentiras. Si me pusiera a contestar todas tus preguntas en serio, tu padre tendría que buscarse a otra persona para que le preparase la cena... ¡Y no hablemos de la ropa que quedaría por lavar...!

—Bueno, madre —decía él, después de mirarla, algo perplejo—. No he querido molestarte.

Y continuó reflexionando.

V

Y así continuaba reflexionando, cuatro años más tarde, cuando el vicario, ya no maduro, sino ya pasado, lo vio por última vez. Podéis imaginaros al viejo caballero, visiblemente envejecido, más ancho de cintura, más tosco y más débil, tanto en ideas como en palabras, con una trémula agitación en la mano y otra trémula agitación en sus convicciones, pero con la mirada aún vivaz y alegre a pesar de todos los disgustos que el Alimento había acarreado a su parroquia y a él mismo. En algunas ocasiones se había sentido atemorizado y molesto pero ¿no estaba aún vivo y no seguía siendo él mismo?... quince largos años, una muestra apreciable de la eternidad, habían transformado las perturbaciones y molestias en usos y costumbres.

—Fue un gran trastorno, hay que admitirlo —decía el vicario—, y las cosas son diferentes ahora, diferentes en muchos aspectos. Antes podía salir un chico a escardar con toda tranquilidad, pero ahora tiene que salir un hombre y aún provisto de hacha y palanca de hierro, en algunos sitios, a causa de las malezas, al menos. Y resulta algo extraño para nosotros, los viejos del lugar, que hasta lo que antes era el cauce del río, antes de la irrigación, esté cubierto de trigo... como lo está este año... con unas espigas de siete metros y medio. Empleaban la antigua hoz, hoy ya pasada de moda, hace veinte años, y se llevaban la cosecha en un carromato, divirtiéndose de un modo sencillo y honesto. Un poquito de borrachera, otro poquito de hacerse el amor para terminar... ¡Pobre Lady Wondershoot...! ¡A ella que no le gustaban estas innovaciones! ¡Muy conservadora y tradicional, pobre señora! Siempre dije que había en ella algo del siglo XVIII. Su modo de hablar, por ejemplo... Falto de vigor... «Murió relativamente pobre. Esos grandes hierbajos se metieron en su jardín. No es que fuese muy aficionada a la jardinería, pero le gustaba tener el jardín en orden... Le gustaba que las cosas crecieran allí donde se habían plantado y del mismo modo como se habían plantado... bajo su control... El modo como se pusieron a crecer las cosas fue del todo inesperado... y le produjo una gran confusión de ideas... Tampoco le gustaba la perpetua invasión del joven monstruo ése, y por fin empezó a imaginarse que la estaba mirando siempre por encima de la tapia... Ni le gustaba tampoco que el chiquillo fuese casi tan alto como una pared... Aquello chocaba con su sentido de la proporción. ¡Pobre señora! Creí que viviría lo que yo. Fueron los grandes escarabajos que aparecieron por aquí durante un año o así, lo que la decidió. Procedían de larvas gigantes, asquerosas, grandes como ratas... por toda la hierba del valle...

»Y las hormigas, sin duda alguna, también influyeron en ello... «Como todo estaba trastornado y no había paz ni quietud en ninguna parte, dijo que creía que en Montecarlo se encontraría tan bien como en cualquier otra parte.

Y allí se fue...

«Jugó con mucha audacia, según me dijeron. Y murió en un hotel allí. Es un final muy triste... Exilio... No, no es lo que puede considerarse más conveniente, ni más a propósito... Era una de las cabezas más señeras de nuestra Inglaterra... Desarraigada. ¡Vaya...!

»¡Y después de todo —repitió el vicario—, ha resultado tan poco! ¡Una verdadera lata, y nada más! ¡Los niños no pueden correr por ahí con la libertad con que solían hacerlo en otro tiempo, con el peligro que hay en mordeduras y qué sé yo! Quizá sea mejor así... Se habló mucho de que este producto lo revolucionaría todo... Pero hay algo que desafía todas estas fuerzas de lo Nuevo... Yo no lo sé, por supuesto. No soy ninguno de estos filósofos modernos... que lo explican todo a base de éter y átomos. Evolución. Porquerías así. Lo que yo quiero decir es algo que no se halla incluido en las... “ologías”. Es cuestión de razón, no de comprensión. Madura sensatez. Naturaleza humana. Aereperennius... Llámese como se quiera». Y así llegó al final de su vida.

El vicario no tuvo la menor intuición de lo que le estaba acechando tan cerca. Dio su acostumbrado paseo por Farthing Down, tal como lo había estado haciendo durante más de veinte años, y de allí se dirigió al sitio desde donde podría observar al joven Caddles. Subió la cuesta de la cantera resollando un poco... Hacía tiempo que había perdido su vigorosa zancada cristiana de otro tiempo, pero se encontró con que Caddles no estaba en su trabajo y luego, al dar un rodeo para no pasar por el matorral de helechos gigantes que empezaban a oscurecer y proyectar sus sombras sobre el Hanger, ahí vio a la enorme silueta del monstruo, sentado en la loma, como si estuviese meditando sobre la suerte del mundo. Caddles tenía las piernas encogidas y las rodillas levantadas, apoyaba la mejilla en la mano y tenía la cabeza algo ladeada. Estaba medio vuelto de espaldas, de modo que el vicario no pudo ver su mirada perpleja. Debió de haber pensado muy atentamente... Al menos, estaba sentado muy quieto...

Caddles no volvió la cabeza. Nunca supo que el vicario, aquel vicario que había jugado un papel tan importante en su vida, lo estaba mirando por última vez, después de haberlo mirado innumerables veces... y ni siquiera supo que se encontraba allí. (¡Así ocurren tantas despedidas!). El vicario quedó impresionado por el hecho de que, después de todo, nadie en el mundo podía tener la menor idea de lo que pensaba aquel gran monstruo cuando consideraba conveniente descansar de sus labores. Pero el vicario era demasiado indolente para seguir el hilo de aquel tema novísimo aquel día, y de esta nueva idea retrocedió a sus antiguas ideas rutinarias.

—Aere perenniuf —susurró, caminando de vuelta a su casa, por un

sendero que ya no atravesaba en línea recta el prado como antes, sino que se torcía en varios circuitos para evitar los recién brotados matojos de hierba gigante—. ¡No! Nada ha cambiado. Las dimensiones no son nada. El simple ciclo, la senda común...

Y aquella noche, sin el menor dolor, sin tener conocimiento de ello, se fue por la senda común, dejando el Misterio del Cambio que se había empeñado en negar durante toda su vida.

Lo enterraron en el cementerio parroquial de Cheasing Eyebright, cerca del más alto de los tejos, y la modesta losa funeraria que tenía inscrito su epitafio terminaba diciendo: *Ut in Principio, nunc est et semper...* Y quedó casi inmediatamente oculta al ojo del hombre por una vegetación gigantesca de hierba y de campánulas, demasiado recias a la hoz o a las ovejas, que invadió el pueblo como una capa de niebla, saliendo de la germinativa humedad de los prados del valle en los que el Alimento había estado haciendo de las suyas.

LIBRO TERCERO

LOS FRUTOS DEL ALIMENTO

CAPÍTULO I

EL MUNDO DISTORSIONADO

I

Una transformación de nuevo cuño se produjo en el mundo durante veinte años. Para la mayoría de las personas las novedades se produjeron poco a poco y día a día, de un modo ciertamente apreciable, pero no tan bruscamente como para abrumar a nadie. Sin embargo, a un hombre, al menos, la total acumulación de esas dos décadas de intenso trabajo por parte del Alimento tuvo que revelársele de un modo repentino y asombroso en un solo día. Para nuestros propósitos será más conveniente que lo tomemos a partir de aquel día para relatar algo de las cosas que vio.

Este hombre era un convicto condenado a cadena perpetua —su crimen no nos importa—, a quien la ley creyó oportuno perdonar al cabo de veinte años. Una mañana de verano, este desgraciado, que había dejado el mundo cuando era un joven de veintitrés años, se encontró lanzado de la gris simplicidad de un trabajo penoso y una disciplina que habían constituido el núcleo de su propia vida a un mundo de deslumbrante libertad. Le habían echado encima

unas ropas para él desacostumbradas, hacía unas semanas que su pelo había vuelto a crecer, y desde unos días atrás se había podido volver a hacer la raya, y allí estaba, en una especie de desaliñada y torpe novedad de cuerpo y de mente, parpadeando de cuerpo y alma, otra vez fuera, intentando darse cuenta de una cosa increíble: que, después de todo, volvía a estar en el mundo, y que para todas las demás cosas estaba totalmente falto de preparación. Tenía la suerte de tener un hermano que conservaba lo suficiente sus distantes recuerdos comunes como para haber acudido a estrecharle la mano, un hermano que cuando él lo había dejado era un muchachito y que ahora era un hombre próspero con toda la barba... un hombre cuyos ojos inclusive le eran extraños. Y los dos juntos, él y aquel extraño de su familia, bajaron a la ciudad de Dover diciéndose pocas palabras y sintiendo muchísimas cosas.

Se sentaron un rato en una taberna, contestando el uno a las preguntas del otro, trayendo a la memoria anticuados y raros puntos de vista, echando a un lado un sinfín de nuevos aspectos y nuevas perspectivas, hasta que fue hora de irse a la estación para tomar el tren de Londres. Los nombres y los asuntos personales de que tuvieron que hablar los hermanos no interesan a nuestra historia; sólo interesan las alteraciones y la extrañeza ambiente que esta pobre alma de vuelta encontró en un mundo que en otro tiempo fue tan familiar.

En Dover pudo observar muy poco, excepto la excelencia de la cerveza de barril. Nunca había bebido un trago de cerveza tan bueno, y lágrimas de gratitud brotaron de sus ojos.

—La cerveza es tan buena como siempre —dijo, creyendo, sin embargo, que era infinitamente mejor.

Fue sólo cuando el tren los llevaba traqueteando por Folkestone que pudo mirar aquel hombre más allá de sus emociones más inmediatas y ver lo que le había ocurrido al mundo. Se asomó a la ventana.

—Hace sol —dijo por duodécima vez—. No podía hacer mejor tiempo.— Y entonces, por vez primera, su mente se iluminó con la percepción de que había nuevas desproporciones en el mundo.— ¡Por el amor de Dios! —exclamó incorporándose y mostrando animación por primera vez en su semblante—. ¿Qué son aquellos enormes cardos que crecen en la orilla al lado de la retama? Si es que realmente son cardos... ¿O ya me he olvidado de todo lo que sabía?

Sí, eran cardos, y lo que tomó por altos matorrales de retama no era sino hierba, y en medio de todas estas cosas una compañía de soldados británicos —de rojo, como siempre—, estaba haciendo ejercicios militares de acuerdo con el libro de prácticas que había sido parcialmente revisado después de la guerra de los bóers. Luego, ¡zas!, dentro de un túnel y después en Sandling Junction, que se hallaba oscurecida —tenía todas las lámparas encendidas— y

empotrada en una gran espesura de rododendros que se habían esparcido por allí procedentes de algún jardín contiguo y habían crecido y se habían desarrollado enormemente valle arriba. En una vía muerta de la estación de Sandgate había un tren de carga lleno hasta los topes de leños de rododendro, y allí fue donde el ciudadano de vuelta oyó, por primera vez, hablar del Alimento Estrella.

Al pasar velozmente por un paisaje que parecía absolutamente inalterado, los dos hermanos tuvieron una serie de explicaciones difíciles. El uno ansiaba hacer preguntas insustanciales, y el otro nunca había pensado, nunca se había ocupado en considerar aquello como un hecho aislado, y contestaba con alusiones. Cada vez era más difícil seguir la conversación.

—Es eso del Alimento Estrella —dijo el hermano, buceando en los bajos fondos de sus conocimientos—. ¿No lo conoces? ¿No te han dicho nada...? ¿Nadie te lo ha explicado? ¡El Alimento Estrella! Pues ya lo sabes: el Alimento Estrella. De eso es de lo que se trata en las elecciones. Es una especie de producto científico. ¿Nadie te ha dicho nunca nada?

Y pensó que el presidio había transformado a su hermano en un tonto de capirote. ¿Cómo era posible que no se hubiera enterado de nada?

Se fueron disparando preguntas y respuestas, sin dar casi nunca en el blanco. Entre fragmentos de conversación había intervalos que pasaban sin decir nada, asomados a la ventanilla. Al principio, el interés que mostraba aquel hombre por las cosas era vago y general. Su imaginación había estado atareada pensando en lo que diría fulano, en qué aspecto tendría mengano, cómo les explicaría a todos y a cada uno de ellos ciertas cosas que presentarían su «alejamiento» bajo una luz más suave. El Alimento Estrella se le apareció al principio como si fuese una gacetilla extraña en un periódico, y luego como el origen de ciertas dificultades intelectuales con su hermano. Pero se dio cuenta inmediatamente de que el tema surgía con insistencia a cada nuevo tópico.

En aquellos días el mundo era un mosaico de transición de modo que esta gran novedad se le hizo patente como una serie de shocks contrastados. El proceso de transformación no había sido uniforme. Se había diseminado desde un centro de distribución aquí y otro allí. El país era como un mosaico: grandes zonas donde el Alimento tenía que hacer su aparición todavía y otras zonas donde estaba ya presente en la tierra y en el aire, esporádico y contagioso. Era como un tema musical muy audaz, insinuándose entre antiguas y venerables tonadas.

El contraste era, desde luego, muy vivido a lo largo de la vía férrea de Dover a Londres en aquella época. Durante un buen rato atravesaron un paisaje como el que el hombre aquel había conocido en su infancia: pequeños

rectángulos de terreno, limitados por setos, de un tamaño a propósito para ser arados por caballitos pigmeos; pequeñas y angostas carreteras, de una anchura máxima de tres carros; olmos y robles y álamos, punteando aquellos campos; pequeños grupos de sauces en las orillas de los arroyos; parvas de heno que no llegarían a la rodilla de un gigante; casitas de campo para muñecas con ventanas de paneles romboides; ladrillerías; dispersas calles de pueblo; grandes casas de ricos mezquinos; taludes a los lados de la vía, llenos de flores; estaciones con jardín y todas las cosas del desvanecido siglo XIX defendiéndose aún contra la Inmensidad. Aquí y allá se veía algún parche de cardos gigantes, sembrados por el viento y rasgados también por el viento, desafiando el hacha, más allá un bejín de tres metros de altura o los calcinados tallos de hierba monstruosa en una pequeña zona de terreno, pero aquello era todo lo que podía dar una indicación del uso del Alimento.

Durante un trayecto de muchas millas nada apareció que presagiara en absoluto la extraña grandeza del trigo y de los hierbajos que se ocultaban a menos de veinte kilómetros de distancia de la ruta seguida, al otro lado de las colinas, en el valle de Cheasing Eyebright. Y en seguida empezaron a aparecer trazas del Alimento. La primera cosa sorprendente con que se encontraron fue el gran viaducto nuevo en Tonbridge, donde se había iniciado, precisamente aquellos días, el pantano causado por la obstrucción del río Medway (por una variedad gigante de chara). Luego reapareció de nuevo el paisaje pequeño, y después, al divisarse la diminuta inmensidad de Londres tendida bajo la neblina, los indicios de la lucha del hombre para impedir el acercamiento de aquel engrandecimiento biológico se hicieron visibles y numerosos.

En aquella parte del sudeste de Londres, en la época a que nos referimos, y por todos los alrededores de allí donde vivían Cossar y sus hijos, el Alimento se había vuelto misteriosamente insurgente en un centenar de puntos, la vida en pequeño seguía en medio de portentos cotidianos, a los cuales únicamente la deliberación de su aumento y el lento crecimiento paralelo de la costumbre a su presencia habían privado de sus características alarmantes. Pero aquel ciudadano que volvía a sus lares se asomó para ver por vez primera los resultados del Alimento, extraños y predominantes, en forma de zonas ennegrecidas, grandes defensas y preparaciones feísimas, cuarteles y arsenales que esta influencia sutil y persistente había introducido a la fuerza en las vidas de los hombres.

Allí, y en menor escala, la experiencia de la Granja Experimental se había repetido una y otra vez. Había sido en las cosas de la vida más inferiores y accidentales, debajo de los pies y en los solares y sitios deshabitados, de un modo irregular, donde se había declarado la invasión de las nuevas fuerzas y los resultados a ellas debidos. Había grandes patios malolientes y recintos hediondos donde alguna invencible manigua de hierbajos procuraba el

combustible para una maquinaria gigante (los pequeños cockneys iban a contemplar su oleaginosidad mediante una propina de seis peniques a los hombres encargados de su manejo). Había carreteras y pistas para camiones y otros vehículos, carreteras construidas con las fibras entretejidas del esparto hipertrofiado; había torres con sirenas de vapor a punto de empezar a aullar a la menor alarma, para advertir al mundo contra cualquier nueva insurgencia de los insectos, o, lo que todavía era más raro, venerables campanarios de iglesias conspicuamente adaptados a una máquina de proferir chillidos. Había pequeños refugios pintados de rojo y guarnecidas plazas de armas, cada una de ellas provista de su rifle de un alcance de trescientos metros, donde los tiradores se ejercitaban diariamente con munición de salva contra unos blancos que tenían la forma de ratas monstruosas.

Seis veces, desde el día de los Skinner, había habido irrupciones de ratas gigantes, siempre procedentes de las cloacas del sudoeste de Londres, y aquello ya se aceptaba como un hecho consumado, del mismo modo que en el delta del Ganges, al lado mismo de Calcuta, se acepta que haya tigres...

El hermano había comprado un periódico, con cierta precipitación, en Sandling, y aquel periódico al fin logró llamar la atención del libertado. Desdobló las hojas de aquel periódico que le era tan extraño —parecía más pequeño de tamaño, pero con más hojas y unos tipos de imprenta diferentes de los que se usaban antes— y vio innumerables grabados representando cosas extrañas sin el menor interés, y con largas columnas de letra impresa cuyos titulares tenían para él tan poco significado como si hubiesen sido escritos en lengua extranjera: «Gran discurso del señor Caterham», «Las leyes del Alimento Estrella...».

—¿Quién es este Caterham? —preguntó en un intento de volver a entablar conversación.

—Un tío que está muy bien —contestó el hermano.

—¡Ah...! Será un político, ¿eh?

—Va a derribar al Gobierno. ¡Ya era hora!

—¡Oh! —reflexionó—. Supongo que todos los que yo conocía... Chamberlain, Rosebery, todos... ¿Qué?

Su hermano le había cogido de la muñeca y señalaba fuera de la ventanilla.

—¡Son los Cossar...!

Los ojos del ex presidiario siguieron la dirección que señalaba el dedo de su hermano y vieron...

—¡Dios mío! —exclamó, sobrecogido de pasmo por primera vez.

El periódico cayó en un olvido definitivo a sus pies. A través de los árboles podía ver muy distintamente, de pie y en una actitud cómoda, con las piernas muy separadas y sosteniendo una pelota en la mano como si estuviera a punto de arrojarla, una figura humana gigantesca, que bien tendría doce metros de estatura. Aquella figura brillaba bajo la luz del sol, vestida con un traje de placas de metal blanco y llevando un ancho cinto de acero. Durante un momento atrajo toda su atención, pero después la mirada se desvió para enfocar a otro gigante más lejano, que se preparaba para tomar la pelota, y entonces se le hizo patente que toda aquella zona de las colinas del norte de Sevenoaks había sido arrasada con finalidades gigantescas.

Un enorme parapeto dominaba la cantera de pizarra, y en aquel parapeto se había edificado la casa, una monstruosa mole egipcia, achaparrada, que Cossar había construido para sus hijos cuando el enorme cuarto de los niños hubo sido considerado insuficiente, y detrás se levantaba un gran cobertizo que podía haber albergado una catedral, de cuya oscuridad salía de vez en cuando una intermitente incandescencia y un titánico martilleo ensordecedor. Luego volvió a fijarse en el gigante al ver que la gran pelota de madera forrada en hierro se desprendía de su mano para elevarse en el aire.

Los dos hombres se pusieron de pie, los ojos muy abiertos. La pelota parecía grande como un tonel.

—¡Cogida! —exclamó el recién salido de la cárcel, mientras un árbol le impedía ver al que había lanzado la bola.

Desde el tren se pudieron ver todas estas cosas sólo durante una fracción de minuto. Luego se interpusieron árboles el tren penetró en el túnel de Chislehurst.

—¡Dios mío! —volvió a exclamar el ex presidiario al hacerse la oscuridad—. ¿Cómo es posible? ¿Estaré soñando? ¡Si el tío ese es tan alto como una casa!

—Son los jóvenes Cossar —explicó el hermano moviendo la cabeza alusivamente—. De ahí es de donde viene todo el jaleo...

Salieron del túnel para descubrir más torres coronadas de sirenas, refugios rojos, y por último las apiñadas casitas de los suburbios más periféricos. El arte de fijar carteles no había perdido nada durante aquel intervalo, y de grandes tablones, de los topes de las casas, de las cercas y de centenares de puntos de vista similares surgían las policromas llamadas para la gran elección del Alimento Estrella. «Caterham», «Alimento Estrella» y «Pulgarcito, el matador de gigantes», una y otra, y otra vez, y monstruosas caricaturas y distorsiones... cientos de variedades de representaciones de aquellas grandiosas figuras brillantes de las que tan cerca habían pasado hacía sólo

unos minutos...

II

El hermano menor había abrigado el propósito de hacer algo magnífico, de celebrar este retorno a la vida con una cena en algún restaurante de categoría, una comida a la que siguiera toda aquella relumbrante sucesión de impresiones que los Music Halls de aquellos días eran capaces de dar. Era un plan benemérito que tenía como finalidad borrar los más superficiales estigmas del encarcelamiento con una exhibición de libertad, pero el segundo punto del plan tuvo que modificarse. La comida se celebró, pero había ya un deseo más poderoso que el ansia de ver shows, más eficaz en apartar de la mente del hombre la siniestra preocupación con su pasado que cualquier teatro, y este deseo era, en realidad, una enorme curiosidad y perplejidad sobre el Alimento Estrella y los niños del Estrella, esa nueva portentosa raza de gigantes que parecía dominar el mundo.

—No conozco el intríngulis del asunto —dijo—. Estos niños me obsesionan.

Su hermano tuvo la suficiente delicadeza para dejar de lado la proyectada hospitalidad.

—La fiesta se hace en tu honor, muchacho —dijo—. Intentaremos entrar en el mitin monstruo que se celebra en el Palacio del Pueblo.

Por fin, el hombre recién salido de presidio tuvo la suerte de encontrarse metido como una cuña en medio de una muchedumbre apretujada y mirando desde lejos un pequeño estrado brillantemente iluminado, debajo de un órgano y una galería. El organista había estado tocando algo que hizo resonar rítmicamente las botas de los que iban entrando en la sala a raudales, pero eso ya había terminado.

Apenas el hombre recién salido del presidio había podido sentarse y empezar a discutir con un impertinente caballero extranjero que daba codazos a diestro y a siniestro, entró Caterham. Salió de la penumbra hacia el centro del estrado, apareciendo como un insignificante pigmeo, una figurilla negra con una pincelada de color de rosa por cara —de perfil podía verse su característica nariz aquilina—, una pequeña figura que iba levantando inexplicablemente una salva de aplausos. Una salva de aplausos que se inició a lo lejos, que aumentó en seguida de volumen y que se extendió por toda la sala. Al principio, se produjo en el estrado un minúsculo barboteo de voces, que pronto cobraron ímpetu como una llamarada de sonido, atravesando la masa humana entera que había dentro y fuera del edificio. ¡Cómo aplaudieron...! ¡Hurra...! ¡Hurra!

Nadie entre aquella mirada aplaudía como el hombre salido de presidio.

Las lágrimas le resbalaban por la cara, y sólo dejó de aplaudir porque se atragantaba. Tenéis que haber estado en la cárcel tanto tiempo como él estuvo para que podáis comprender, incluso empezar a comprender, lo que significa para un hombre dar rienda suelta a sus pulmones en medio de una multitud. (Sin embargo, a pesar de todo, ni siquiera pretendió hacerse creer a sí mismo que sabía el motivo de toda aquella emoción). ¡Hurra...! ¡Oh, Dios mío...! ¡Hurra!

Después se hizo un breve silencio. Caterham había adoptado un aire de paciencia, y unos individuos estaban diciendo y haciendo un sinfín de cosas serias e insignificantes. Era como si se oyeran voces en medio del ruido de las hojas en la primavera.

—Wawawawa...

¿Qué importancia tenía? Los del público se hablaban unos a otros.

—Wawawawa wa...

¿No acabaría nunca de gesticular aquel tonto del pelo entrecano? ¿Interrumpiendo? ¡Claro que estaban interrumpiendo!

—Wa, wa, wa, wa...

¿Pero es que vamos a oír a Caterham mejor?

Mientras tanto, al menos los presentes podían contemplar a Caterham y podían estudiar las facciones del gran hombre, vistas a una perspectiva bastante lejana. Era muy fácil caricaturizar a aquel individuo, y el mundo entero podía estudiarlo con toda facilidad en los tubos de lámpara, en los cromos infantiles, en las medallas y las banderas Antialimento Estrella, en el orillo de las sedas y algodones marca Caterham, y en los forros de los acreditados sombreros marca Caterham. Caterham aparece en todas las caricaturas de la época. Se le ve vestido de marino al lado de un cañón anticuado y con un botafuego en la mano, con el epígrafe «Nuevas leyes contra el Alimento Estrella», mientras en el mar chapotea aquel monstruo enorme, feísimo y amenazador, llamado Alimento Estrella. También se le representa cap-a-pie, armado con la cruz de San Jorge en el escudo y el yelmo, mientras un cobarde y titánico Caliban, sentado en medio de inmundicias en la entrada de una horrenda cueva, rehúsa recoger su guantelete de los «Nuevos Decretos sobre el Alimento Estrella». A veces se lo ve descender, como Perseo, para rescatar una encadenada y hermosa Andrómeda (que lleva inscrita claramente en su cinturón la palabra «Civilización») de los despojos chapoteantes de un monstruo marino que lleva en sus varios cuellos y garras las inscripciones «Antirreligión», «Egoísmo desenfrenado», «Mecanicismo», «Monstruosidad» y cosas parecidas. Pero era como «Pulgarcito, el matador de gigantes», que la imaginación popular consideraba a Caterham más

correctamente representado, y era en la vena de un «Pulgarcito, el matador de gigantes», que el hombre salido de presidio amplificaba aquella miniatura distante.

El «wawawawa» se interrumpió bruscamente.

Ya está. Ya se sienta. ¡Sí! ¡No! ¡Sí! ¡Es Caterham!

—¡Caterham! ¡Caterham! —Y volvieron a resonar los aplausos.

Tiene que haber una gran multitud para que pueda hacerse un silencio como el que siguió a aquel desorden de aplauso. Un hombre solo en el desierto... Es una quietud muy especial, sin duda, pero él se siente respirar, se siente mover, siente toda clase de cosas. Aquí, lo único que se oía era la voz de Caterham, una voz brillante y clara, como una lucecita ardiendo en un nicho de terciopelo negro. ¡Escuchad escuchad! Se lo oía como si estuviera hablando junto a uno.

Aquello resultó estupendamente efectivo para el hombre recién salido de la cárcel, dentro de un halo de exquisitos y temblorosos sonidos. Detrás del halo, eclipsados en parte, estaban sentados en el estrado los partidarios, y en primer término se extendía una vastísima perspectiva de innumerables espaldas y perfiles, una grandiosa multitud atenta. Aquella figurilla parecía haber absorbido la sustancia de todos los asistentes al acto.

Caterham habló de nuestras antiguas instituciones.

—¡Oídoídoí! —bramaba la muchedumbre.

—¡Oíd! ¡Oíd! —exclamaba el hombre recién salido de presidio.

El orador hablaba de nuestro antiguo espíritu de orden y justicia.

—¡Oídoídoí! —bramaba la muchedumbre.

—¡Oíd! ¡Oíd! —gritaba el hombre recién salido de la cárcel, hondamente conmovido.

Caterham habló luego de la sabiduría de nuestros antepasados, del lento desarrollo de venerables instituciones de tradiciones morales y sociales que se adaptaban como un guante a las características nacionales inglesas.

—¡Oíd! ¡Oíd! —gemía el hombre recién salido de presidio, con lágrimas de excitación en las mejillas.

Y el orador seguía diciendo que todas estas cosas se nos iban de las manos. ¡Sí, se nos iban de las manos! Porque tres hombres de Londres habían tenido la idea, veinte años atrás, de hacer una mixtura indescriptible y ponerla dentro de una botella, todo el orden y la santidad de las cosas...

Se oyeron gritos:

—¡No! ¡No!

—Bueno, pues —siguió diciendo el orador—, las cosas no pueden continuar así, y es necesario despedirse de toda vacilación, es necesario hacer acopio de fuerzas...

Aquí se dejó sentir una ráfaga de aplausos. Debían despedirse de toda vacilación, debían prescindir de las medias tintas.

—Hemos oído decir, caballeros —grito Caterham—, de ortigas que se transforman en ortigas gigantes. Al principio no son nada diferentes de las otras ortigas... Pequeñas plantas que con una mano firme se pueden coger y arrancar, pero si se las deja crecer... si se las deja crecer, se desarrollan con un poder tan venenoso, que al final se necesita el hacha y la soga, se necesitan esfuerzos, trabajos y disgustos... Han perecido muchos hombres en la tala de las ortigas, otros hombres pueden perecer por el mismo concepto...

Hubo un revuelo y una interrupción y después el hombre recién salido de presidio oyó de nuevo la voz de Caterham resonando clara y recia:

—¡Aprended lo del Alimento Estrella del mismo Alimento Estrella, y coged la ortiga antes de que sea demasiado tarde! —Calló y se secó los labios.

—¡Claro como el cristal! —gritó alguien—. ¡Claro como el cristal!

Y entonces volvió a oírse aquel extraño rumor creciendo rápidamente hasta llegar a ser un tonante tumulto, tanto, que parecía que el mundo entero estuviese aplaudiendo...

El hombre recién liberado salió por último de la sala, maravillosamente agitado y con aquellas señales inconfundibles en el rostro propias del que ha tenido una visión. Él ya sabía y todo el mundo sabía. Sus ideas ya no eran vagas. Había vuelto a un mundo en crisis, a la inmediata decisión de una solución estupenda. Debía jugar su parte en el gran conflicto como un hombre... un hombre libre y responsable. El antagonismo se le representó como una imagen. Por un lado aquellas figuras gigantescas, contentas de sí mismas, cubiertas de cota de malla, que había visto por la mañana —que ahora podía contemplar bajo una luz diferente—, y por otro lado, aquella figurilla vestida de negro gesticulando bajo la luz de las candilejas, aquel pigmeo con su ordenado raudal de melodiosa persuasión, con su vocecilla penetrante, John Caterham... «Pulgarcito, el matador de gigantes». Todos debían unirse para «coger la ortiga» antes de que fuera «demasiado tarde».

III

De todos los niños que habían tomado el Alimento de los Dioses, los más altos, más fuertes y más observados eran los tres hijos de Cossar. La milla aproximada de terreno, cerca de Sevenoaks, donde transcurrieran sus infancias

y adolescencias, quedó tan surcada de trincheras, tan excavada y tan retorcida, tan sembrada de cobertizos y enormes modelos mecánicos y de los juegos de sus potencialidades en vías de desarrollo, que no se parecía a ningún otro sitio de la tierra. Y ya hacía mucho tiempo que había empezado a ser pequeño para todo lo que ellos intentaban hacer. El mayor de los hijos era un gran proyectista de máquinas con ruedas. Se había construido una especie de bicicleta gigante que no cabía en ninguna carretera del mundo ni había puente que la pudiera aguantar. Y allí se había quedado aquella gran máquina de ruedas y mecanismos, capaz de hacer doscientas cincuenta millas por hora, excepto en los momentos en que su inventor se decidía a montar en ella para ir adelante y atrás, en medio de aquel patio de trabajo, lleno de estorbos por todas partes. Tenía la intención de dar una vueltecita por el pequeño mundo con aquel trasto y lo había construido con esta intención, mientras no era más que un muchacho lleno de ensueños. Ahora los radios de las ruedas corroídos por la herrumbre y las manchas parecían heridas en todos los sitios donde el esmalte había saltado.

—Tendrás que hacer primero una carretera para la bicicleta, hijo —le había dicho Cossar—. De lo contrario, dudo que puedas irte por ahí.

Así, pues, un buen día, el joven gigante y sus hermanos se pusieron a trabajar para hacer una carretera que diera la vuelta al mundo. Parece que era inminente un conato de oposición, y ellos se habían puesto a trabajar con notable vigor. La gente los descubrió muy pronto construyendo aquella carretera: varias millas ya niveladas, comprimidas y terminadas. Una ingente muchedumbre de excitados individuos, terratenientes, corredores de tierras, autoridades locales, abogados, policías y hasta soldados, se opuso a que continuaran su labor.

—Estamos haciendo una carretera —explicó el mayor de los chicos.

—Hagan las carreteras que quieran —dijo el principal letrado de los que allí había—, pero hagan el favor de respetar los derechos ajenos. Hasta ahora ya han infringido los derechos privados de veintisiete diferentes propietarios, eso sin contar la propiedad y los privilegios especiales de la Junta del Distrito Urbano, nueve Concejos parroquiales, una Diputación provincial, dos Compañías del gas y una Compañía ferroviaria...

—¡Demonios! —dijo el mayor de los chicos Cossar.

—Tendrán ustedes que desistir...

—Pero ¿no quieren ustedes tener una buena carretera recta en lugar de esos asquerosos senderos llenos de surcos y de hoyos?

—No diré que no sea muy ventajosa, pero...

—No hay que hacerlo —dijo el mayor de los Cossar recogiendo sus herramientas.

—De este modo, no —dijo el letrado—. En absoluto.

—¿Pues cómo hay que hacerlo?

La respuesta del abogado principal fue complicada y vaga.

Cossar había ido a ver la travesura que sus hijos habían hecho y los recriminó severamente, pero se echó a reír a carcajadas y pareció sentirse muy dichoso con el incidente.

—Muchachos, debéis esperar aún algún tiempo antes de poder hacer cosas como ésta —gritó mirando hacia arriba.

—El abogado nos ha dicho que debemos empezar por preparar un plan y obtener autorización especial y toda una serie de monsergas... Dice que tardaremos años...

—Tendremos un plan antes de poco, hijito —gritó Cossar haciendo bocina con las manos—, no tengas miedo. Por ahora vale más que juguéis y hagáis modelos de las cosas que pensáis hacer. Más adelante todo se arreglará.

Ellos hicieron lo que Cossar decía, como hijos obedientes.

Pero, a pesar de todo, refunfuñaron un poco.

—Está muy bien —dijo el mediano al mayor—, pero no quiero estar siempre jugando y haciendo planes. Quiero hacer algo real, ¿sabes? No hemos venido a este mundo fuertes como somos sólo para jugar en esta porquería de terreno tan pequeño, y pasear, y no acercarnos a los pueblos... No hacer nada está mal. ¿No podríamos encontrar algo que la gente pequeña deseara que se realizase para hacérselo nosotros, para divertirnos...?

«Muchos viven en casas inhabitables. Construyámosles una casa cerca de Londres, una casa que pueda contener montones y más montones de esa gente, y sea cómoda y bonita, y hagámosles una hermosa carretera que los conduzca hacia donde tienen que ir a hacer sus negocios... un bonito y recto camino, y procurar que sea lo más bonito posible. Se lo dejaremos todo tan limpio y precioso, que ninguno de ellos podrá ya vivir de este modo asqueroso como viven ahora. Que haya agua suficiente para que todos puedan lavarse, eso es lo que haremos, porque, ¿sabes?, son tan sucios ahora que de cada diez casas, nueve no tienen baño. ¡Pequeños zorrinos hediondos! Y sabes que los que tienen baño escupen insultos a los que no lo tienen, en lugar de ayudarles a tenerlo..., y los llaman el Gran Populacho... Ya lo sabes. Nosotros modificaremos todo eso. Y haremos que la electricidad alumbre, cocine y limpie para ellos, para todos. ¡Qué raro! ¡Hacen que sus mujeres, mujeres que van a ser madres, se arrastren por los suelos para fregarlos...!

«Podríamos hermosearlo todo. Podríamos construir un gran edificio para generar la electricidad y todo quedaría sencillamente precioso. ¿No es cierto...? Y entonces, tal vez nos dejarían hacer otras cosas.

—Sí —dijo el hermano mayor—, podríamos hacerlo todo y muy bonito, además.

—Entonces, hagámoslo —repuso el mediano.

—¡Pues adelante! —gritó el hermano mayor buscando una herramienta a propósito.

Y aquello produjo otra espantosa trifulca.

Al momento acudieron agitadas multitudes diciéndoles que parasen por un sinfín de razones, diciéndoles también que parasen sin motivo ni razón alguna, multitudes balbucientes, confusas y variadas. Aquel edificio que construían era demasiado alto: no tenía garantía alguna de estabilidad. Era feo; impediría que se pudieran alquilar las casas vecinas de tamaño normal; echaba a perder la línea del barrio; no era de buen vecino; era contrario al Reglamento de Edificación Local; infringía el derecho de las autoridades locales de imponer la distribución de una energía eléctrica propia, insuficiente y cara; y, por último, perjudicaba los intereses de la Compañía local del agua.

Los funcionarios del Municipio se despabilaron ante la posibilidad de ejercer una obstrucción judicial. El abogado reapareció representando una docena de intereses amenazados; terratenientes locales aparecieron en oposición; personas con derechos misteriosos reclamaron indemnizaciones exorbitantes; sindicatos del ramo de la construcción alzaron sus voces colectivas; un grupo de tratantes de toda clase de material para la construcción se transformó en una barrera infranqueable. Asociaciones extraordinarias de personas con visiones proféticas de los horrores estéticos se agruparon para proteger el paisaje del lugar donde había la intención de embalsar el río.

Estos últimos individuos eran absolutamente los más burros, según los chicos Cossar. Aquella hermosa vivienda proyectada por ellos fue algo así como un bastón en medio de un avispero.

—¡Nunca lo hubiese creído! —exclamó el mayor de los Cossar.

—¡No podemos continuar! —lamentó el segundo.

—¡Son unos animales indecentes! —protestó el menor de los hermanos—. ¿Es que no van a dejarnos hacer nada?

—Aunque sea por su propia comodidad... ¡Y una casa tan bonita como les habríamos hecho!

—Parece que se pasan la vida, sus necias vidas insignificantes, en molestar

al prójimo —dijo el chico mayor—. Derechos y leyes y reglamentos y granjerías, igual que un juego chino... Bueno, sea como sea, tendrán que vivir en sus casuchas repugnantes, sucias y disparatadas durante algún tiempo todavía. Es evidente que no podemos continuar nuestra obra.

Y los chicos Cossar dejaron aquella gran casa sin terminar, mero hoyo de cimientos y el comienzo de una pared, y se volvieron, malhumorados, a su gran recinto. Al cabo de un cierto tiempo el hoyo se llenó de agua y con elementos estancados, hierbas y sabandijas, y el Alimento, ya fuese echado allí por los hijos de Cossar, ya viniera a parar allí como polvo impelido por el viento, empezó a desarrollar toda la materia viviente a su modo habitual. Ratas de agua invadieron el país causando muchos daños, y un día un campesino encontró a sus cerdos bebiendo de aquella agua e instantáneamente y con gran presencia de ánimo —porque sabía lo del gran puerco de Oakham— los sacrificó a todos. Y de aquel profundo estanque fue de donde salieron los mosquitos, unos mosquitos terribles, cuya única virtud consistió en que los hijos de Cossar, después de haber sido picados por ellos, no pudieron sufrirlo más, y aprovechando una noche de luna, cuando la ley y el orden dormían, abrieron un canal y dirigieron el agua hacia el río, por Brook.

Pero dejaron los grandes hierbajos y las grandes ratas de agua y toda suerte de cosas enormes e indeseables que vivían y se criaban en el sitio que habían escogido, el mismo sitio donde el hermoso edificio para la gente pequeña podía haberse elevado hasta el cielo...

IV

Esto había ocurrido en la niñez de los Hijos, pero ahora eran ya casi hombres. Y las cadenas habían estado oprimiéndoles más y más, a medida que transcurrían los años de crecimiento. Año tras año, a medida que iban creciendo y el Alimento se diseminaba, y las cosas grandes iban multiplicándose, la violencia y la tensión aumentaban. El Alimento había sido en el principio, para la masa del pueblo, una maravilla distante, y ahora ya penetraba por el umbral de cualquier casa, amenazador, presionando y deformando el orden vital. Obstruía esto, trastornaba aquello, cambiaba los productos naturales y al cambiarlos hacía inútiles los empleos y dejaba a centenares de miles de personas sin trabajo. Además, traspasaba límites y fronteras y transformaba el mundo del comercio en un mundo de cataclismos, nada tiene, pues de extraño que la humanidad lo aborreciera.

Y como es más fácil aborrecer las cosas animadas que las inanimadas, a los animales más que a las plantas y a los seres humanos más que a los animales, el miedo y las molestias engendrados por las ortigas gigantes y por las hojas de hierba de dos metros, por los espantosos insectos y por las sabandijas que parecían tigres, fue acumulándose en un gran rencor que apuntaba

directamente a aquella banda dispersa de enormes seres humanos, los Niños del Alimento. Aquel odio había llegado a ser la fuerza central en cuestiones políticas. Las antiguas directrices de los partidos habían sido negadas y borradas del todo ante la insistencia de aquellos nuevos problemas y el conflicto estaba ahora entre el partido de los contemporizadores, que sostenían la opinión de que se tenía que confiar a muy pocos políticos el control y la regulación del Alimento, y el partido de la reacción por el que hablaba Caterham, siempre con la más siniestra ambigüedad, cristalizando sus intenciones primero en una frase amenazadora y después en otra, como, por ejemplo, que se debía «evitar el crecimiento desmedido de la zarza», o descubrir «la curación de la elefantiasis», y por fin, en vísperas de la elección, «arrancar las ortigas».

Un buen día, los tres hijos de Cossar, que ya no eran niños sino hombres, se hallaban sentados en medio de sus fútiles trabajos, conversando a su manera de todas estas cosas. Habían estado trabajando todo el día en una serie de grandes y complicadas trincheras que su padre les había pedido que hicieran, y estando el sol ya en el ocaso se habían sentado en el reducido espacio destinado a jardín que había ante la gran casa y miraban al mundo mientras descansaban esperando que los diminutos servidores de la casa les dijeran que su comida estaba a punto. Debéis imaginaros estas enormes figuras, la menor de ellas de doce metros de estatura, reclinándose sobre un pedazo de césped que a un hombre corriente le habría parecido un rastrojo de cañas. Uno de ellos se había incorporado y se quitaba la tierra de las enormes botas con una viga de hierro que tenía agarrada con una mano, el segundo se apoyaba en el codo y el tercero desbastaba un pino, lo cual impregnaba el aire con olor a resina. Iban vestidos, no de tela, pues los trajes interiores eran de sogas entretejida y los vestidos exteriores de alambre de aluminio afelpado. Iban calzados de madera y hierro, y los gemelos, botones y cinturones de sus trajes eran de acero plateado. La gran casa de una sola planta en que vivían, egipcia por su solidez, era mitad de monstruosos bloques de greda y la otra mitad excavada en la roca viva de la colina. Tenía sus buenos treinta metros de altura vista desde su fachada, y vista por su parte trasera, las chimeneas, las ruedas, las grúas y las techumbres de sus cobertizos de trabajo se destacaban maravillosamente contra el cielo. A través de una ventana circular de la casa se hacía visible un caño por donde se vertía cierto metal fundido al rojo blanco, goteando continuamente en gotas regulares para caer en un receptáculo fuera del alcance de la vista. Aquel sitio estaba cercado y someramente fortificado con monstruosos taludes de tierra reforzados con acero tanto por encima de la cumbre de la colina, como abajo, en la depresión del valle. Se necesitaba algo de tamaño corriente para poder comparar la escala. El tren que venía resollando de Sevenoaks, atravesando su campo visual y hundiéndose de inmediato en el túnel, parecía, en comparación con todas aquellas obras, un

pequeño juguete automático.

—Nos han prohibido el paso por todos estos bosques de la parte de acá de Ightham —dijo uno de los chicos—. Y el letrero que estaba en Knockholt lo han trasladado de dos millas hacia acá.

—Es lo menos que podían hacer —dijo el más joven, después de una pausa—. Intentan quitarle argumentos a los pretextos de Caterham.

—Lo cual no es suficiente y es demasiado para nosotros.

—Quieren aislarnos del Hermano Redwood. La última vez que fui a verlo, los letreros rojos se habían adelantado alrededor de una milla por ambos lados. El camino que nos conduce a él por la colina ya no es nada más que un angosto vericuetto.

El que hablaba se calló reflexionando y añadió:

—¿Qué le ha pasado a nuestro Hermano Redwood?

—¿Por qué? —preguntó el hermano mayor.

El otro cortó una rama de su pino.

—Estaba como si no estuviese del todo despierto. No pareció escuchar lo que yo tenía que decirle. Y dijo algo de... amor.

El más joven golpeó con su viga el borde de la suela de hierro y se echó a reír.

—El Hermano Redwood sueña —dijo. Nadie habló durante un rato. Luego el hermano mayor repuso:

—Este modo de encerrarnos cada vez más no se puede soportar. Al final, estoy seguro de que van a trazar un círculo alrededor de nuestras botas y nos dirán que vivamos allí dentro. El hermano mediano barrió con la mano un montón de ramas de pino y cambió de actitud.

—Lo que hacen ahora no es nada comparado con lo que harán cuando Caterham esté en el poder.

—Si es que llega al poder —dijo el hermano menor aporreando el suelo con la viga.

—¡Llegará! —murmuró el mayor mirándose los pies. El hermano mediano cesó de desmochar la rama de pino y sus miradas se dirigieron a los grandes taludes que les protegían a todo su alrededor.

—Entonces, hermanos —dijo—, nuestra juventud ha terminado, y tal como nos dijo hace tiempo el Padre Redwood debemos portarnos como hombres.

—Sí —convino el hermano mayor—. Pero ¿qué significa eso? ¿Qué quiere decir... cuando llegue el día de la aflicción?

Miró a su vez, aquellas rudas y extensas indicaciones de atrincheramientos a su alrededor, mirando más que a ellas, a través de ellas, por encima de los montes, las multitudes del otro lado. Una idea del mismo género pasó por las mentes de los tres: una visión de gente pequeña lanzándose a la guerra, una inundación de gente pequeña inagotable, incesante, maligna...

—Son muy pequeños —dijo el hermano menor—, pero son tan incontables como las arenas del mar.

—Tienen armas... Tienen el armamento que han fabricado nuestros Hermanos de Sunderland.

—Además, hermanos, si exceptuamos los bichos y los pequeños accidentes con alguna mala bestia, ¿qué sabemos nosotros lo que es matar?

—Lo sé —aprobó el hermano mayor—. Y por todo esto... somos lo que somos. Cuando llegue el día de la aflicción tendremos que hacer lo que debamos.

Cerró de golpe su cortaplumas —la hoja era larga como un hombre— y utilizó su nuevo báculo de pino para levantarse. Se volvió hacia la inmensidad gris y achaparrada de la casa. Al levantarse, un rayo carmíneo del sol poniente se reflejó en la malla y los cierres del cuello y en el metal tejido de los brazos, y a los ojos de su hermano pareció como si de repente se hubiese cubierto de sangre...

Al levantarse, el joven gigante vio una figurilla negra destacándose en la incandescencia del ocaso, encima del talud que se erguía en lo alto de la colina. Las negras extremidades hacían torpes aspavientos. Algo indescriptible que había en el modo de gesticular indicaba prisa en la mente del joven gigante, que hizo voltear su tranca de pino y llenó el valle con un potente:

—¡Atención...! Pasa algo.

Y echó a andar para recibir y ayudar a su padre.

V

Dio la casualidad de que otro joven que no era ningún gigante iba descargando sus ideas sobre los hijos de Cossar, precisamente al mismo tiempo. Procedía del otro lado de las colinas, de más allá de Sevenoaks, y venía con un amigo suyo. Era éste a quien hablaba. Y a lo largo del seto habían oído un lastimero piar y habían intervenido para salvar a tres pavos del ataque de un par de hormigas gigantes. Fue aquella aventura lo que inició la conversación.

—¡Reaccionario! —dijo el joven al llegar al campamento de los Cossar—. ¿Quién no sería reaccionario ante esto? ¡Mira aquel cuadro de terreno, aquel espacio de la tierra de Dios, que en otro tiempo fue agradable y hermoso, y ahora desgarrado, mancillado, destripado! ¡Esos cobertizos! ¡Aquel gran molino de viento! ¡Aquella monstruosa máquina con ruedas! ¡Aquellos diques! ¡Mira esos tres monstruos aquí sentados conspirando para llevar a cabo alguna treta infernal! ¡Mira... mira toda esta tierra!

Su amigo lo escrutó fijamente.

—Has estado escuchando a Caterham —dijo.

—¡Usando los ojos! Mirando un poco hacia la paz y el orden del pasado que estamos dejando atrás. Este repugnante Alimento es la última forma que ha adoptado el diablo, empeñado como siempre en la ruina de nuestro mundo. ¡Piensa en lo que debió de ser el mundo antes de nuestra época, lo que era todavía cuando nuestras madres nos echaron al mundo, y míralo ahora! ¡Piensa cómo sonreían antes estas laderas bajo la dorada cosecha, cómo los setos, llenos de florecillas olorosas, dividían la modesta proporción de este hombre de la de aquel otro, cómo las rojizas granjas y cortijos punteaban el paisaje y cómo la voz de las campanas de la iglesia, desde aquel lejano campanario que se ve desde aquí, inundaba el valle entero todos los domingos en la plegaria dominical! Y ahora, cada año aún más que el anterior, más y más hierbajos monstruosos, sabandijas monstruosas y esos gigantes que crecen y crecen por encima de nosotros, extendiéndose por encima de nosotros, chocando contra todo lo sutil y sagrado de nuestro mundo...

¡Mira!

Señaló hacia un punto determinado, y los ojos de su amigo siguieron la línea indicada por su dedo.

—¡Una de sus huellas! ¿Ves? Ha profundizado casi un metro. Es un peligro latente para caballos y jinetes, una trampa para incautos. Hay un rosal silvestre tronchado, la hierba arrancada, una cardencha pisoteada, una acequia de granjero rota y el borde del camino hundido y estropeado. ¡Destrucción! Esto es lo que están haciendo por todo el mundo, destrozar el orden y la decencia que el mundo de los hombres ha hecho. Pisotearlo todo. ¡Reacción! ¿Qué otra cosa?

—Pero... reacción al fin. ¿Qué piensas hacer?

—¡Acabarlo! —exclamó el joven procedente de Oxford—. Antes de que sea demasiado tarde.

—Pero...

—No es imposible —exclamó el joven elevando el tono de la voz—.

Queremos mano firme, queremos el plan sutil y la mente resolutiva. Hemos sido tímidos y débiles, hemos jugueteado y contemporizado y el Alimento ha ido creciendo más y más. Y, no obstante, todavía...

Se calló un momento.

—Eso es un eco de Caterham —dijo su amigo.

—Aún ahora hay esperanzas..., esperanzas abundantes, con tal que estemos seguros de lo que queremos y de lo que nos proponemos destruir. La masa del pueblo está con nosotros, muchísimo más de lo que lo estaba hace unos años. La ley está con nosotros, la constitución y el orden de la sociedad, el espíritu de las religiones oficiales, las costumbres y los hábitos del género humano están con nosotros y en contra del Alimento. ¿Por qué razón deberíamos contemporizar? ¿Por qué razón tenemos que mentir? Aborrecemos todo eso, no lo queremos. ¿Por qué, pues, tenemos que soportarlo? ¿Intentas quedarte ahí gimiendo, en obstrucción pasiva, y nada más hasta que no quede un grano de arena en el reloj de nuestra vida?

Se calló de nuevo y, dando media vuelta, prosiguió:

—¡Mira aquel soto de ortigas allí! ¡En medio de ellas hay hogares... abandonados... donde en otro tiempo las familias de hombres sencillos dejaron que transcurrieran sus vidas honradas...!

Y después de una breve pausa, añadió dando media vuelta y señalando el sitio donde los Cossar estaban murmurando otro de sus agravios:

—¡Míralos! Y yo conozco a su padre, un bruto, una especie de bestia con un vozarrón intolerable, una especie de salvaje caminando por nuestro mundo, demasiado magnánimo, durante más de treinta años. ¡Un ingeniero! Para él todo lo que para nosotros es querido y sagrado, nada representa. ¡Nada! Las espléndidas tradiciones de nuestra raza y de nuestro terruño, sus nobles instituciones, el orden, la amplia y lenta marcha de precedente en precedente que ha hecho la grandeza de nuestro pueblo inglés y la libertad de esta soleada isla..., todo eso para él son cuentos ociosos, dichos y olvidados. Cualquier paparrucha sobre el futuro vale más para él que todas estas cosas sagradas... Es ese tipo de hombre que no vacilaría en hacer pasar los ramales del tranvía sobre la tumba de su madre si creyera que el trayecto salía más barato... ¡Y aún piensas en contemporizar, en buscar alguna fórmula de compromiso que te permita vivir a tu modo mientras esa —esa maquinaria— vive en el suyo! Te digo que no hay remedio..., no hay remedio. ¡Sería lo mismo que hacer un tratado con un tigre! Ellos quieren que las cosas sean grandes y monstruosas... y nosotros queremos que sean normales y agradables. O lo uno o lo otro.

—Pero ¿qué puedes hacer tú?

—¡Mucho! ¡Todo! ¡Suprimir el Alimento! Estos gigantes están todavía dispersos, todavía son inmaduros y se hallan desunidos. Encadenarlos, amordazarlos, silenciarlos. Detenerlos a cualquier precio. ¡Es su mundo o el nuestro! ¡Acaba con el Alimento! ¡Encarcelar a los que lo fabrican! ¡Hacer algo para parar a Cossar! No parece que recuerdes que basta una generación, una sola generación que aguante y luego... Luego podríamos nivelar esos terraplenes, rellenar sus huellas, quitar esas feísimas sirenas de los campanarios, destruir todos nuestros cañones elefantiásicos y volver nuestras miradas otra vez hacia el antiguo orden de cosas, hacia nuestra jugosa civilización antigua para la que está adaptada el alma del hombre. —Eso sería un tremendo esfuerzo.

—Para un fin tremendo. ¿Y si no lo hacemos así? ¿No ves el panorama que nos espera tan claro como la luz del día? Los gigantes irán creciendo y multiplicándose por todas partes. En todas partes fabricarán y esparcirán el Alimento. La hierba se agigantará en nuestros campos, los hierbajos en nuestros actos y vallados, los bichos en los matorrales y los ratones en los albañales. Más, y más y más... Esto es sólo el comienzo. El mundo de los insectos se levantará contra nosotros, lo mismo que el mundo de las plantas, y hasta los mismos peces del mar harán embarrancar y zozobrar nuestros barcos. Una tremenda vegetación oscurecerá y ocultará nuestras casas, sofocará nuestras iglesias, arruinará y destruirá todo el orden de nuestras ciudades, y nosotros no seremos ya más que unos débiles bicharracos bajo los talones de la nueva raza. ¡El género humano se hundirá y se ahogará en sus propios engendros! ¡Y todo por nada! ¡Tamaño! ¡Simple tamaño! Engrandecimiento y da capo. Estamos buscando nuestro propio camino entre los comienzos de la nueva era. Y todo lo que hacemos es exclamar: «¡Qué inconveniente...!». Refunfuñamos y no hacemos nada. ¡No! Levantó la mano y prosiguió:

—¡Dejémosles que hagan lo que tiene que hacer! De acuerdo. Yo soy partidario de la reacción, de una reacción liberal e intrépida. A menos que tú también intentes tomar este Alimento. ¿Qué otra cosa se puede hacer en el mundo entero? Hemos estado entreteniéndonos con medias tintas durante demasiado tiempo. Entretenerte con medias tintas es tu costumbre, tu círculo de existencia, tu espacio y tiempo. ¡Pero yo no! ¡Yo estoy contra el Alimento, con todas mis fuerzas y mi voluntad estoy contra el Alimento!

Se volvió a su compañero al oír el gruñido de discrepancia con que acogió su perorata.

—Y tú, ¿dónde estás?

—Es un asunto muy complicado...

—¡Oh...! ¡Vas a la deriva! —gritó el joven procedente de Oxford, muy acerbadamente, haciendo grandes aspavientos—. Las medias tintas son la

nada. Tiene que ser una cosa u otra Comer o destruir. ¡Comer o destruir! ¿Qué otra cosa se puede hacer?

CAPÍTULO II

LOS AMANTES GIGANTES

I

Pero dio la casualidad de que, en aquellos días en que Caterham estaba haciendo campaña continua los niños del Alimento Estrella, antes de las elecciones generales que, en medio de las circunstancias más trágicas y terribles, debían llevarse al poder, aquella princesa gigante, aquella Serenísima Alteza, cuya nutrición en su más tierna infancia había jugado un papel tan importante en la brillante carrera del doctor Winkles, había llegado a Inglaterra desde el reino de su padre para algo muy importante. Estaba prometida, por razones de Estado, con cierto príncipe... y la boda tenía que manifestarse como un acontecimiento de gran significación internacional. Pero habían surgido misteriosos aplazamientos. El Rumor y la Imaginación colaboraron en la historia y se dijeron muchas cosas. Hubo rumores de que el príncipe había declarado que no quería que le tomasen el pelo, por lo menos hasta aquel extremo. El pueblo simpatizaba con él. Éste es el aspecto más importante del asunto.

Ahora bien, por extraño que parezca, es un hecho que la princesa gigante ignoraba en absoluto la existencia de otros gigantes, hasta que llegó a Inglaterra. Había vivido en un mundo donde el tacto constituye casi una pasión, y la reserva, la atmósfera en que se vive. Le habían ocultado este hecho, la habían aislado de la vista e incluso de la sospecha de toda forma gigantesca hasta que se cumpliera la fecha señalada para su viaje a Inglaterra. Hasta que vio al hijo de Redwood no tuvo la menor idea de que hubiera en el mundo otro gigante.

En el reino del padre de la princesa había grandes altiplanicies yermas y montañas baldías donde ella se había acostumbrado a vagar libremente. Le gustaba la salida y la puesta del sol y todo el gran espectáculo del firmamento, pero al hallarse entre un pueblo antaño tan democrático y tan vehementemente leal como el inglés, su libertad quedó muy restringida. La gente acudía a verla en carricoches, en trenes de excursión, en multitudes organizadas. Millares de personas recorrieron largas distancias en bicicleta para poder contemplarla, y la princesa tenía que levantarse muy temprano si quería poder pasear en paz. Era aún muy cerca del alba aquel día en que el joven Redwood se encontró

con ella.

El Gran Parque contiguo al palacio donde ella vivía se extendía en una longitud de más de veinte millas hacia el oeste y el sur. Los castaños de sus avenidas se alzaban por encima de la cabeza de la princesa. Cada uno de los castaños al pasar ella por delante parecía ofrecerle una riqueza más abundante de flores que el árbol anterior. Durante un buen rato se conformó con la vista y el olor de los capullos, pero al final quedó vencida por tantos ofrecimientos y se puso a coger tantas flores que no se dio cuenta de la presencia del joven Redwood hasta que éste estuvo muy cerca.

Ella seguía andando por entre los castaños, con el amante que le deparaba el destino acercándose cada vez más, imprevisto, insospechado. Metió las manos por entre las ramas, quebrándolas y reuniéndolas en un ramo. Estaba sola en el mundo. Entonces...

Levantó la vista y en el acto se encontró con su pareja.

Necesitamos ahora poner nuestra imaginación en la estatura de él para ver la belleza que él vio. Aquella inaccesible grandiosidad que impide nuestra inmediata simpatía hacia ella, no existía para él. Allí había una graciosa muchacha, la primera persona que podía parecerle una pareja adecuada.

Ágil y esbelta, ligeramente vestida, con la fresca brisa matutina moldeándole los sutiles pliegues de la ropa sobre las líneas suaves y firmes de sus formas, y con una gran masa de floridos ramos de castaño en sus manos. El escote de su traje dejaba ver la blancura de su garganta y una suave redondez sombreada que se perdía de vista hacia los hombros. La brisa le había descompuesto unas hebras de sus cabellos castaños con ribetes rojizos, que le rozaban la mejilla. Tenía los ojos azules y grandes, y sus labios descansaban en la promesa de una sonrisa... mientras estiraba el cuerpo entre las ramas.

La joven se volvió hacia el recién llegado con sobresalto, lo vio y durante unos momentos permanecieron los dos mirándose. Para ella, la presencia de aquel joven fue tan asombrosa, tan increíble, que durante unos instantes al menos llegó a ser terrible. Él se acercó con la profunda sorpresa causada por una aparición sobrenatural; rompía todas las leyes establecidas en el mundo de ella. Era el joven entonces un muchacho de veintiún años, esbelto, con la misma tez morena y la misma gravedad de su padre. Iba vestido con ropas de sobrio y blando cuero, muy bien cortadas, que le daban un aspecto muy gallardo. Llevaba la cabeza descubierta en toda ocasión. Quedaron contemplándose; ella incrédulamente asombrada y él con su corazón latiendo desacompañadamente. Fue un momento sin prelude, el encuentro cardinal de sus vidas.

Para él la sorpresa fue menor. La había estado buscando y, no obstante, su corazón latía con gran rapidez. Se acercó a ella, despacio, con los ojos fijos en su semblante.

—Tú eres la princesa —dijo—. Mi padre me lo ha dicho. Eres la princesa a que le dieron el Alimento de los Dioses.

—Soy la princesa, sí —dijo ella, con los ojos abiertos de asombro—. Pero ¿tú quién eres?

—Soy el hijo del descubridor del Alimento de los Dioses.

—¿El Alimento de los Dioses?

—Sí, el Alimento de los Dioses.

—Pero...

Su semblante expresaba una perplejidad infinita.

—¿Qué es eso...? No comprendo. ¿El Alimento de los Dioses?

—¿No has oído hablar de él?

—¿Del Alimento de los Dioses? ¡No! —La princesa se puso a temblar violentamente. El color huyó de su rostro—. No sé nada —dijo—. ¿Quieres decir...?

—¿No lo sabías? —repitió él.

Y ella contestó con asombro por el descubrimiento:

—¡No!

El mundo entero y todo el significado del mundo estaba sufriendo un cambio para ella. Una rama de castaño se deslizó de su mano.

—¿Quieres decir que hay otros gigantes en el mundo? —repitió estúpidamente—. ¿Qué alguna clase de alimento...?

Él se convenció de la sinceridad del asombro de la joven.

—Pero ¿no sabes nada? —exclamó—. ¿Nunca has oído hablar de nosotros? ¿Tú, precisamente, a quien el Alimento ha hecho semejante a nosotros?

Todavía asomaba el terror en los ojos que lo miraban.

—No —susurró.

Le pareció que iba a echarse a llorar o a desmayarse. Luego, en un momento volvió a cobrar el dominio de sí misma y se encontró hablando y pensando con toda claridad.

—Todo esto me lo han ocultado —dijo—. Es como un sueño... He soñado... He soñado cosas así. Pero al despertar... ¡No! ¡Dime! ¡Dime! ¿Quién eres? ¿Qué es ese Alimento de los Dioses? Explícamelo despacio y con claridad. ¿Por qué me han ocultado que no estaba sola?

II

—Explícamelo —repitió.

Y el joven Redwood, trémulo y excitado, empezó a explicarle, de una manera muy pobre y con voz entrecortada al principio, lo del Alimento de los Dioses y de los gigantes dispersos por el mundo.

Os podéis figurar a los dos, ruborizados, sobresaltados, dándose cuenta recíprocamente del significado de lo que decía el interlocutor a través de frases entrecortadas, entendidas a medias y pronunciadas, también a medias, de repeticiones, de perplejidades, de interrupciones, de nuevos puntos de partida en la conversación... charla en la que ella despertó de la ignorancia de su vida. Y muy lentamente se aclaró en su mente la idea de que no era ninguna excepción dentro del orden de la humanidad, sino un ejemplar de una dispersa hermandad cuyos componentes habían comido el Alimento y se habían desarrollado hasta rebasar los límites reducidos de la gente que vivía bajo sus plantas. El joven Redwood habló de su padre, de Cossar, de los Hermanos esparcidos por el país, de la gran aurora de amplísimo significado aparecida por fin en la historia del mundo.

—Estamos en el principio del principio —afirmó Redwood—. Este mundo de ellos es sólo el prelude del mundo que producirá el Alimento...

«Mi padre cree, y yo también, que vendrá el día en que la pequeñez habrá desaparecido por completo entre los hombres, en que los gigantes podrán ir libremente por esta tierra —su tierra— haciendo cosas cada vez más grandiosas y más espléndidas. Pero esto... eso está aún por venir. No somos ni siquiera la primera generación de este nuevo mundo... somos sólo los primeros experimentos.

—¡Yo no sabía nada de todo eso! —afirmó ella—. A veces me parece como si hubiéramos llegado demasiado pronto. Pero alguien tenía que ser el primero, supongo.

Sin embargo, el mundo no estaba preparado para nuestra llegada y la de todas estas grandes pequeñeces que toman su grandeza del Alimento. Ha habido equivocaciones, ha habido conflictos. Los hombres pequeños aborrecen nuestra raza...

«Son crueles con nosotros precisamente porque son tan pequeños... Y también porque nuestros pies pesan mucho sobre todo aquello que constituye

sus vidas. Pero, sea como sea, actualmente nos odian, no nos quieren ni quieren saber nada de nosotros... sólo si pudiéramos encogernos y volver al tamaño corriente empezarían a perdonarnos...

«Se sienten felices en casas que no son más que celdas, sus ciudades son demasiado pequeñas para nosotros; andamos con grandes dificultades y padecimiento por sus estrechos caminos; no podemos asistir a sus iglesias...

«Podemos ver por encima de sus tapias y de sus muros; miramos inadvertidamente por sus ventanas más altas; atisbamos sus costumbres; y sus leyes no son otra cosa sino una red alrededor de nuestros pies...

«Cada vez que tropezamos se arma una gritería de espanto, cada vez que por error salimos de los límites que nos han asignado, o que estiramos brazos o piernas o que efectuamos alguna acción espaciosa...

«Nuestros pasos normales son para ellos carreras espeluznantes, y todo lo que ellos consideran grandioso o maravilloso, para nosotros no es más que juego de muñecas. Su mezquindad en el método, unida a sus aparatos y su imaginación, obstaculiza y destruye nuestra potencia. No hay máquinas que puedan aplicarse a la potencia de nuestras manos, ni nada que nos ayude a ajustar nuestras necesidades. Mantienen nuestra grandeza en servidumbre por medio de millares de lazos invisibles. Hombre por hombre, somos nosotros los más fuertes, cien veces más, pero estamos desarmados; nuestra misma grandeza nos hace sus deudores; reclaman como suya la misma tierra sobre la que estamos; nos tasan nuestros requerimientos en alimento y vivienda y por todas estas cosas debemos trabajar con las herramientas que esos enanos puedan fabricarnos...

«Y para satisfacer sus caprichos de enano... «Nos acorralan de todas las maneras imaginables. Hasta para vivir hay que cruzar sus límites. Hasta para venir a encontrarte hoy aquí he necesitado rebasarlos. Todo lo que es razonable y deseable en la vida lo ponen fuera de nuestro alcance. No podemos ir a las ciudades, no podemos cruzar los puentes, no podemos pisar sus campos arados ni los cotos de caza en que ellos matan. Estoy separado y aislado de todos nuestros Hermanos, excepto los tres hijos de Cossar, y aun por este lado el pasaje se estrecha día a día. Hasta se podría pensar que están buscando la ocasión de poder hacer cualquier maldad contra nosotros.

—Pero somos fuertes —dijo ella.

—Tendríamos que ser fuertes, sí. Tenemos la sensación, todos nosotros... y pienso que tú también debes sentirla... de que tenemos un gran poder, un gran poder para hacer grandes cosas, un poder insurgente en nosotros. Pero antes de que podamos hacer nada...

Hizo con la mano un ademán como de barrer algo.

—Aunque creí que yo estaba sola en el mundo —dijo ella después de una pausa—, he pensado en estas cosas. Siempre me han enseñado que la fuerza era casi un pecado, que era mejor ser pequeño que grande, que toda religión verdadera se proponía cobijar al débil y pequeño, alentar al débil y al pequeño, ayudarlo a multiplicarse cada vez más hasta que finalmente se vean obligados a subirse los unos encima de los otros, y a sacrificar toda nuestra fuerza en su causa. Pero... siempre he dudado de la verdad de lo que me enseñaban.

—Esta vida —dijo él—, nuestros cuerpos, no han de perecer.

—No.

—Ni vivir en la futilidad. Pero si no queremos hacerlo, todos nuestros Hermanos encuentran claro que debe producirse un conflicto. Yo no sé qué conflicto está a punto de suscitarse antes de que la gente pequeña tolere que vivamos tal como necesitamos vivir. Todos nuestros Hermanos han pensado en ello. Cossar, de quien te he hablado, también ha pensado en ello.

—Ellos son muy pequeños y muy débiles.

—En cierto modo. Pero ya sabes que todos los medios de muerte están en sus manos, fabricados por sus manos. Durante centenares de millares de años esos enanos cuyo mundo hemos invadido han estado aprendiendo el modo de matarse unos a otros. Son muy hábiles en eso. Y en otras muchas cosas. Y, además, saben engañar y cambiar súbitamente... No sé... Que venga el conflicto y verás. Tú quizá seas diferente de nosotros. Para nosotros es seguro que el conflicto tiene que estallar... eso que ellos llaman Guerra. Ya lo sabemos. Y hasta cierto punto nos preparamos para cuando llegue. Pero ¿sabes...? ¡Esa gente pequeña...! Nosotros no sabemos matar, ni ganas...

—¡Mira! —interrumpió ella.

El joven Redwood oyó un bocinazo. Volvió la cabeza en la dirección indicada por los ojos de ella y se encontró con un automóvil amarillo, con un conductor que llevaba anteojos ahumados de motorista y unos pasajeros abrigados con pieles, agraviados y resentidos a sus plantas. Retiró de pie y el artilugio, con tres airados bufidos, reanudó su carrera hacia la ciudad.

—¡Obstruyendo la carretera! —gritó uno de los ocupantes.

Luego alguien dijo:

—¡Mira! ¿Has visto? ¡Allí está la monstruosa princesa, más allá de la arboleda! —Y todos los rostros con gafas se fijaron en ella.

—¡Ya te lo dije! —exclamó otro—. Eso no va...

—Todo esto —dijo la princesa— es más asombroso de lo que pudiera expresar con palabras.

—Pero eso de que no te lo hayan dicho... —empezó a decir él, y dejó la frase incompleta...

—Hasta que te he encontrado vivía en un mundo donde yo era la única grande. Me había hecho una vida... para esto. Yo creía ser la víctima de alguna extraña aberración de la naturaleza. Y ahora mí mundo se ha derrumbado en media hora y percibo otro mundo, otras condiciones de existencia, posibilidades, mucho más amplias... camaradería...

—¡Camaradería! —repitió él.

—Quiero que me expliques más cosas aún, muchísimas más cosas. Porque esto pasa por mi mente como si fuera un cuento. Hasta tú... Tal vez dentro de un día o de varios días, creeré en ti. Ahora... Ahora estoy soñando... ¿Oyes?

La primera campanada del reloj de las salas del palacio, allá a lo lejos, había llegado hasta ellos. Contaron maquinalmente: «siete».

—Ésta debiera ser la hora de mi regreso —dijo ella—. Me traerán el café a la sala donde duermo. Los pequeños servidores —no puedes imaginarte con qué gravedad se comportan— estarán andando de un lado para otro cumpliendo con sus deberes. «Se quedarán perplejos... Pero quiero hablar contigo. Reflexionó.

—Pero también quiero pensar un poco. Ahora quiero pensar a solas en este cambio en las cosas, olvidar mi antigua soledad y pensar en ti y en esos otros que forman parte de mi mundo... Tengo que irme. He de volver ahora mismo al castillo. Mañana, apenas apunte la aurora, volveré... aquí. —Estaré esperándote.

—Todo el día estaré soñando con este nuevo mundo que tú me has dicho. Incluso ahora mismo, apenas puedo creer...

Dio un paso atrás y lo miró de arriba a abajo. Sus ojos se encontraron y se quedaron mirándose durante un momento.

—Sí —dijo ella, con una risita que era mitad sollozo—. Eres verdadero... ¡Pero es muy maravilloso! ¿Crees que de veras...? ¿Y si mañana, al volver, me encontrara que eres un pigmeo como los demás...? Tengo que pensarlo. Así, pues, por hoy...

Le tendió la mano, y por primera vez se tocaron. Sus manos se estrecharon fuertemente y sus miradas se encontraron.

—¡Adiós! —dijo ella—. ¡Adiós! ¡Adiós, hermano gigante!

Él vaciló, presa de una emoción indecible, y por fin contestó sencillamente:

—¡Adiós!

Durante un rato permanecieron con las manos cogidas, examinándose mutuamente. Después de separarse, ella se volvió para mirarlo varias veces, dubitativamente, mientras él permanecía inmóvil en el mismo sitio donde se habían encontrado...

La joven entró en el gran patio del Palacio como una sonámbula, con una gran rama de castaño en la mano.

III

Los dos volvieron a encontrarse catorce veces antes del principio del fin. Se encontraron en el Gran Parque, o en los altozanos, o entre las cañadas de los eriales cubiertos de brezos, surcados por polvorientos vericuetos y encuadrados por oscuros pinares que se extendían hacia el sudoeste. Dos veces se encontraron en la gran avenida de castaños y cinco veces cerca del gran lago que el rey, el abuelo de ella, había hecho construir allí. Había cierto sitio donde un gran prado muy bien cuidado, plantado de altas coníferas, se inclinaba graciosamente hasta el borde del agua, y allí se sentaba ella y él se echaba a su lado mirándole el rostro y hablando, contándole todas las cosas que habían ocurrido y explicándole la clase de trabajo que su padre le había asignado, y el grande y espacioso ensueño de lo que los gigantes serían algún día. Generalmente se encontraban al despuntar el alba, pero en una ocasión se encontraron por la tarde, viéndose cercados por una verdadera multitud de impertinentes que estaban más o menos ocultos a la escucha: ciclistas y peatones atisbando por entre las matas y los arbustos, haciendo crujir las hojas secas de los bosques (con el mismo rumor que hacen los gorriones en los parques de Londres), deslizándose en lanchas por el lago para conseguir un mejor punto de vista e intentando llegar más cerca de ellos para oír lo que se decían.

Fue la primera indicación del enorme interés que el pueblo tomaba en sus encuentros. Y en una ocasión —era la séptima vez y aquello precipitó el escándalo— se encontraron en el rumoroso erial, bajo la clara luz de la luna y se pusieron a hablar en voz baja, porque la noche era quieta y tibia.

Muy pronto dejaron de preocuparse de que en ellos y por ellos estaba tomando cuerpo un nuevo mundo de gigantismo sobre la tierra o de la perspectiva de una gran lucha entre grandes y pequeños en la que estaban destinados a participar, y pasaron a intereses a la vez más personales y amplios. Cada vez que se encontraban y se hablaban y se miraban, brotaba un poco más fuera del subconsciente el hecho de que había algo que corría en medio de ellos y les hacía cogerse de las manos. Y al poco tiempo dieron con las palabras apropiadas y se encontraron siendo novios, el Adán y la Eva de una nueva raza en el mundo. Juntos penetraron en el maravilloso valle del amor, en sus profundos y apacibles rincones. El mundo cambió a su alrededor

a medida que cambiaba su modo de ser, hasta que pronto se hubo transformado, como si dijéramos, en un tabernáculo que se hacía más bello en cada uno de sus encuentros, y las estrellas ya no fueron más que flores de luz bajo los pies de su amor, y la aurora y el ocaso, cortinajes de colores. Cesaron de ser personas de carne y hueso el uno para el otro, y hasta para sí mismos; pasaron a ser una estructura corpórea de ternura y deseo. Primero se expresaron en susurros y luego en silencio, y se atrajeron más estrechamente y se contemplaron los rostros bañados por el juego de sombras y luces formado por la luna bajo el arco infinito del firmamento. Y los inmóviles y negruzcos pinos permanecieron junto a ellos como centinelas.

Los rítmicos pasos del tiempo se acallaron en el silencio y les pareció que el Universo quedaba inmóvil en suspenso. Sólo oían los latidos de sus corazones. Les pareció estar viviendo juntos en un mundo en el que no existía la muerte, y así era en realidad para ellos entonces. Les pareció que resonaba tal cúmulo de ocultos esplendores en el mismo corazón de las cosas como nadie había podido percibir hasta entonces. Hasta para las almas pequeñas y mezquinas, el amor es la revelación de todos los esplendores. Y ellos eran unos enamorados gigantes que se habían nutrido con el Alimento de los Dioses...

Podéis imaginaros la general consternación cuando llegó a saberse que la princesa que estaba prometida al príncipe, ¡Su Alteza Serenísima, con sangre real en sus venas!, se encontraba —con frecuencia— con el vástago hipertrofiado de un ordinario profesor de química, sin rango, posición ni fortuna, y que conversaba con él como si no existieran los reyes ni los príncipes, ni orden, ni sentido común... como si no hubiese nada más, en fin, —que Gigantes y Pigmeos poblando el mundo; hablaba con él, y, lo que era bien cierto, lo consideraba su novio.

—¡Si los chicos de los periódicos se enteran! —exclamaba, boquiabierto, Sir Arthur Poodle Bootlick.

—Yo he dicho —susurró el anciano obispo de Frumps.

—Hay una nueva historia —decía el primer lacayo, mordisqueando el sobrante de los postres—. Por lo que he podido saber, la princesa gigante...

Y la señora encargada de la papelería que hay al lado de la entrada principal del Palacio, donde los norteamericanos de poca categoría obtienen sus billetes para una visita oficial, repetía:

—Me han dicho que...

Y entonces: «Picaroon» dijo en la revista Gossip: —Estamos plenamente autorizados para negar...

Y así toda la historia se hizo pública.

IV

—Dicen que tenemos que separarnos —explicó la princesa a su amante.

—Pero ¿por qué? —exclamó él—. ¿Qué nueva sandez se le ha metido a esa gente en la cabeza?

—¿Sabes que amarme... es un delito de alta traición? —preguntó ella.

—Querida mía —exclamó él—, ¿y eso qué importa? ¿Qué derecho ni sombra de razón tienen sobre nosotros...? Y sus traiciones y sus lealtades, ¿qué son para nosotros?

—Ya lo sabrás... Figúrate que se me presentó el hombrecillo más raro que imaginarte puedas, con una voz suave y hermosamente modulada, un pequeño caballero de movimientos exquisitos, que entró en mi habitación un poco de lado, como un gato, y que cada vez que tenía algo interesante que decir levantaba la mano poniéndola así. Es calvo, pero no del todo, su nariz y su rostro son unas cositas rechonchas y rosaditas, y lleva la barba muy cuidada y en punta, de un modo precioso. A veces pretendió demostrarme que la emoción le embargaba e hizo que sus ojos se pusieran brillantes. Tienes que saber que se trata de un amigo incondicional de la familia reinante y que me llamó su querida damita, y estuvo simpatiquísimo desde el principio.

«—Mi querida damita —dijo—, ya sabe usted que no debe...

—Esto varias veces, y luego—: Usted tiene el deber...

—¿Dónde fabrican a esos hombres?

—Parecía que le gustaba ser como es.

—No veo porqué.

—Es muy cierto que hay algo...

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que, sin saberlo, hemos estado pisoteando los sagrados conceptos de la gente pequeña. Nosotros, los que somos de sangre real, formamos una clase aparte. Somos prisioneros dorados, juguetes profesionales. Por ello pagamos el precio de perder... nuestra más elemental libertad. Y yo tenía que haberme casado con aquel príncipe... No sabes nada de él, claro. Es un príncipe pigmeo. Poco importa él... Parece que esto habría estrechado los lazos entre su país y el mío. Y aquel país también sacaría provecho. ¡Imagínate...! ¡Estrechar los lazos!

—¿Y ahora?

—Quieren que continúe como si tal cosa... Como si no hubiera nada entre nosotros...

—¡Nada!

—Sí. Pero esto no es todo. Dijo...

—¿Quién? ¿Tu especialista en Tacto?

—Sí. Dijo que sería mejor para ti, que sería mejor para todos los gigantes, si nosotros dos... nos abstuviéramos de conversar. Así fue como lo dijo.

—Pero ¿qué pueden ofrecer a cambio?

—Dijo que te podría conceder la libertad.

—¿A mí?

—Dijo, acentuándolo mucho:

«—Mi querida damita, sería mejor, sería mucho más digno, que ustedes se separasen voluntariamente.

«Esto fue lo que dijo acentuando lo de “voluntariamente”.

—¡Pero...! ¿Qué les importa a esos desgraciados enanos si nos amamos o no nos amamos? ¿Qué tienen que ver ellos y su mundo con nosotros?

—Ellos no lo creen así.

—Por supuesto que tú no le habrás hecho el menor caso.

—Me parece una solemne tontería.

—¡Que sus leyes tengan que aherrojarnos! ¡Que en la primavera de la vida tengamos que someternos a sus antiguos compromisos, a sus insulsas instituciones! ¡Oh, no les hagamos caso!

—Yo soy tuya. Hasta aquí... estoy contigo.

—¿Hasta aquí? ¿No es esto todo?

—Pero es que ellos... si quieren separarnos...

—¿Y qué pueden hacer?

—No lo sé. ¿Qué podrán hacer?

—¿Y a quién puede importar lo que ellos puedan o quieran hacer? Yo soy tuyo y tú eres mía. ¿Qué hay más allá de esto? Yo soy tuyo y tú eres mía... para siempre. ¿Crees que voy a detenerme ante sus minúsculos reglamentos, sus prohibiciones, sus canelones encarnados? ¿Crees que voy a apartarme de ti?

—Sí; pero ¿qué pueden hacer ellos?

—Quieres decir ¿qué vamos a hacer nosotros?

—Sí.

—¿Nosotros? Pues continuar así.

—Pero ¿y si buscan la manera de impedirlo?

Él cerró los puños y miró a su alrededor como si la gente pequeña estuviese ya llegando para ponerles trabas. Luego se apartó un poco y se quedó contemplando el mundo que le rodeaba.

—Sí —dijo—. Tu pregunta ha sido acertada. ¿Qué pueden hacer ellos?

—Aquí en este pequeño país —dijo ella.

Él parecía inspeccionarlo todo.

—Están por todas partes.

—Pero podríamos...

—¿Qué?

—Podríamos irnos. Podríamos cruzar a nado los mares. Más allá de los mares...

—No he estado nunca más allá de los mares.

—Allí hay unas grandes y desoladas montañas entre las cuales nosotros no pareceríamos sino seres pequeños, valles desiertos y remotos, lagos ocultos y altiplanicies ceñidas de nieve nunca holladas por pies humanos. Allí...

—Pero para llegar allí deberíamos abrirnos paso luchando contra millones de seres humanos.

—Es nuestra única esperanza. En esta tierra tan poblada no hay ninguna fortaleza, ningún refugio. ¿Qué sitio puede haber para nosotros en medio de estas multitudes? Los que son pequeños se pueden esconder, pero ¿dónde vamos a escondernos nosotros? No habría sitio donde pudiéramos comer, ni sitio donde pudiéramos dormir. Si huyéramos... nos seguirían los pasos noche y día.

Al joven Redwood se le ocurrió una idea.

—Todavía hay un sitio en esta isla.

—¿Dónde?

—El lugar que han construido nuestros Hermanos, más allá de esto que se ve. Han construido grandes taludes alrededor de su casa, al norte, al sur, al este y al oeste; han cavado profundos pozos y refugios secretos, e incluso ahora... Uno de ellos vino a visitarme recientemente y me habló... Yo no le presté

mucha atención a lo que me dijo entonces. Pero me habló de armas. Pudiera ser que allí... encontráramos refugio...

«Hace muchos días que no he visto a nuestros Hermanos... —prosiguió, luego de una pausa—. ¡Caramba! ¡Estuve soñando y los he tenido olvidados! Han pasado los días y no he hecho otra cosa sino pensar en ti... Debo hablarles y explicarles todo lo que se cierne sobre nosotros. Si quieren ayudarnos, pueden hacerlo. ¡Entonces sí que podremos abrigar esperanzas! Ignoro si su vivienda es muy fuerte, pero indudablemente Cossar la habrá construido sólida... Antes de todo esto, antes de que te encontrara, ahora me acuerdo, había un lío en perspectiva. Había una elección, que es como la gente pequeña soluciona las cosas contando personas... Ya debe de haber terminado... Se profirieron amenazas contra nuestra raza, es decir, contra toda nuestra raza, excepto tú. Tengo que ir a ver a nuestros Hermanos. Tengo que explicarles todo lo que ha ocurrido entre nosotros, y todo lo que ahora nos amenaza.

V

El joven no acudió a la siguiente cita sino después que ella hubo aguardado un buen rato. Tenían que encontrarse a mediodía en un gran espacio del parque situado en la curva del río, y mientras ella lo estaba esperando, mirando siempre hacia el sur, resguardándose de la luz con la mano como pantalla, se dio cuenta de que todo estaba muy quieto, de que en realidad estaba sospechosamente quieto. Y luego percibió que, a pesar de lo avanzado de la hora, su habitual cortejo de espías voluntarios no había comparecido. Ni a derecha ni a izquierda, a despecho de escrutarlo bien, aparecía nadie a la vista, y ni un solo bote se divisaba sobre la plateada curva del Támesis. Intentó encontrar un motivo que explicase aquella extraña quietud...

Luego, y aquello fue para ella un grátísimo descubrimiento, divisó al joven Redwood en la lejanía, en un claro que dejaba la arboleda que ponía un límite a su perspectiva.

Inmediatamente los árboles lo ocultaron, pero en seguida apareció por entre ellos a plena vista. La princesa pudo darse cuenta de que había algo raro, y vio que él se apresuraba de un modo nada habitual en él y que cojeaba. Hizo un gesto y ella se le acercó. El semblante de él se le hizo más preciso, y entonces vio con infinita zozobra que hacía una mueca a cada paso.

Echó a correr hacia él, la mente llena de preguntas y sintiendo un vago temor. Redwood se le acercó y habló sin saludarla previamente:

—¡Tenemos que separarnos! —dijo jadeando.

—¡No! —gritó ella—. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—¡Si no nos separamos, será ahora!

—¿Qué sucede?

—Yo no quiero separarme de ti... Sólo que... —Se interrumpió bruscamente para preguntar a la joven—: ¿No te separarás de mí?

Ante lo brusco de aquella pregunta, la joven lo miró con fijeza y contestó con angustia:

—¿Qué ha sucedido? —lo interrogó.

—¿Ni por un tiempo?

—¿Cuánto?

—Años quizá.

—¡Separarnos! ¡No!

—¿Has pensado en ello? —insistió él.

—No quiero que nos separemos. —Le cogió la mano y añadió—: Aunque significara la muerte ahora, no te dejaría ir.

—¡Aunque significara la muerte! —repitió él, y ella sintió una fuerte presión en los dedos.

Redwood miró a su alrededor, como si temiera ver llegar la gente pequeña mientras hablaba. Y luego dijo:

—Puede significar la muerte.

—Explícamelo —dijo ella.

—Intentaron impedir mi venida.

—¿Cómo?

—Al salir de mi taller, donde fabrico el Alimento de los Dioses para los Cossar, que lo almacenan en su campamento, me encontré con un pequeño oficial de policía —un hombrecillo vestido de azul, con guantes blancos muy limpios— que me hizo ademán de que me detuviera.

»—No se puede pasar por aquí —me dijo.

»Yo no pensé que aquello significara nada en particular; di la vuelta hacia poniente, por donde pasa otra carretera, y allí había otro oficial.

»—No se puede pasar por esta carretera —dijo. Y añadió—: ¡Todas las carreteras están cerradas!

—¿Y después?

—Discutí un poco con él.

»—Son vías públicas —repliqué.

»—Así es —contestó él—, y usted las hace intransitables para el público.

»—Muy bien —repuse yo—, iré a campo traviesa.

»Y entonces salieron otros policías de detrás de los setos, diciendo:

»—Estos campos son de propiedad privada.

»—¡Al cuerno con vuestras propiedades públicas y privadas! —le dije—. Voy a ver a mi princesa.

»Lo cogí con mucho cuidado —él gritaba y pataleaba— y lo aparté de mi camino. Al cabo de un minuto todos los campos a mi alrededor parecían haber cobrado vida con la multitud de hombres que corrían. Vi a uno montado a caballo, galopando a mi lado, que me leía algo a los gritos mientras galopaba... Cuando hubo terminado, dio media vuelta y se alejó de mí a galope y con la cabeza baja. No pude entenderlo. Y entonces a mi espalda oí el chasquido de fusiles.

—¡De fusiles!

—De fusiles... Igual que cuando disparan contra los ratones. Esas balas volaron por el aire con un ruido como si rasgaran algo, y una me dio en la pierna.

—¿Y tú...?

—Vine aquí a buscarte, y los dejé corriendo, gritando y disparando detrás de mí. Y ahora...

—Ahora, ¿qué?

—Es sólo el comienzo. Quieren que nos separemos. Ahora mismo están todavía persiguiéndome.

—Pero no nos separaremos.

—No. Pero si no nos separamos... tendrás que venir conmigo a casa de nuestros Hermanos.

—¿Por dónde se va? —preguntó ella.

—Hacia el este. Por allí es donde aparecerán mis perseguidores. Por consiguiente, debemos ir por esta otra parte, por esta avenida de árboles. Déjame que pase delante, por si nos están esperando...

Dio un paso adelante, pero ella le había cogido del brazo.

—¡No! —exclamó—. Yo iré a tu lado, sosteniéndote. Soy de sangre real y, por lo tanto, sagrada. Si te tengo cogido en mis brazos, ¡y ojalá Dios

permitiera que pudiese volar con mis brazos alrededor de tu cuello!, puede ser que no disparen contra ti...

Lo aferró del hombro, apretándose contra él mientras hablaba.

—Puede ser que no disparen contra ti —repitió ella y, con súbita pasión, el joven la cogió en sus brazos y la besó en la mejilla. La tuvo así cogida durante un rato.

—Aunque signifique la muerte —susurró ella.

Después le pasó las manos por el cuello y acercó su cara a la de él.

—Amado mío, bésame una vez más.

Él la atrajo hacia sí. Silenciosamente se besaron en los labios, y durante un momento permanecieron abrazados. Luego, cogidos de la mano, y procurando mantenerse muy juntos, echaron a andar para ver si por casualidad podían llegar al campamento de refugio que los hijos de Cossar habían construido, antes de que les alcanzaran sus perseguidores.

Y al cruzar los grandes claros del parque detrás del castillo, salieron unos cuantos jinetes galopando de entre los árboles, intentando vanamente correr a la par con las zancadas gigantescas que daban ellos dos. Inmediatamente, frente a ellos, surgieron unos hombres armados con fusiles. En vista de ello, aunque él intentó seguir adelante, dispuesto a luchar y a abrirse paso a la fuerza, ella le hizo torcer hacia el sur.

Al huir en esta nueva dirección, un proyectil pasó silbando por encima de sus cabezas.

CAPÍTULO III

EL JOVEN CADDLES EN LONDRES

I

Por entero ignorante del curso de los acontecimientos, ignorante de las leyes que estaban acorralando a sus Hermanos y a él mismo, ignorante incluso de la existencia de otro semejante sobre la faz de la tierra, el joven Caddles eligió aquellos momentos para salir de su cantera de pizarra y ver el mundo. Sus meditaciones lo condujeron finalmente a esta determinación. No obtenía respuesta a ninguna de sus preguntas en Cheasing Eyebright; el nuevo vicario era aún menos lúcido que el anterior, y el enigma de su trabajo insustancial llegó a alcanzar dimensiones de verdadera exasperación.

«¿Por qué razón tengo que trabajar en esta cantera día tras día? —se preguntaba—. ¿Por qué razón puedo andar sólo dentro de ciertos límites y me son negadas todas las maravillas del mundo de más allá? ¿Qué he hecho yo para merecer esta condena?». Y un día se levantó, irguió la espalda y dijo, dando una voz: —¡No...!

»No quiero —agregó. Luego, indignado, maldijo a la cantera. Disponiendo de pocas palabras, buscó el modo de expresar sus ideas en acciones. Cogió una vagoneta a medio llenar, y levantándola, la arrojó con fuerza contra otra. Luego cogió una hilera entera de vagonetas y las envió rodando cuesta abajo. Lanzó en medio de ellas un gran peñasco de pizarra que las hizo polvo y a continuación arrancó una docena de metros de vía de un soberbio puntapié. Así comenzó su concienzudo destrozo de la cantera.

—¡Trabajando toda mi vida en esto! —rugió.

Fueron cinco minutos pasmosos para el pequeño geólogo que Caddles, enfrascado en sus preocupaciones, había olvidado. Aquel pobre hombre, habiéndose escapado por un pelo de que le dieran dos pedruscos, salió disparado y echó a correr a campo traviesa, con la mochila batiéndole la espalda y las piernas enfundadas en unos pantalones bombachos que temblaban horrorosamente, dejando un rastro de equinodermos cretáceos tras él, mientras el joven Caddles, satisfecho con la destrucción que había conseguido, salía, dando grandes zancadas, para cumplir sus propósitos con respecto al mundo.

—¡Trabajar en esta vieja cantera hasta que me muera y me pudra y hieda...! ¿Qué clase de gusano creyeron que vivía en mi cuerpo de gigante? ¡Cavando pizarra para Dios sabe qué tonterías! ¡No seré yo!

Sería por la dirección de la carretera y de la vía férrea o sería por pura casualidad, lo cierto es que se puso a caminar hacia Londres y se dirigió a grandes zancadas, por encima de las colinas, a través de los prados, bajo el tórrido sol de la tarde, ante la infinita sorpresa de todo el mundo. Nada significaban para él aquellos cartelones rojiblancos arrancados y destrozados, con diversas indicaciones, que pendían de graneros y paredes; no sabía nada de la revolución electoral que había elevado al poder a Caterham, el «matador de gigantes». Nada significaba para él el hecho de que cada puesto de policía a lo largo de su ruta hubiese fijado sobre su tablero de edictos lo que se llamaba «el decreto de Caterham», proclamando que a ningún gigante, a ninguna persona que sobrepasara los dos metros y medio de estatura le sería permitido alejarse más de ocho kilómetros de su «sitio de residencia» sin una autorización especial. Nada significaba para él que en la estela que dejaba su paso unos oficiales de policía, no poco satisfechos de haber llegado tarde, agitasen amenazadores prospectos a sus espaldas mientras se alejaba. Quería

ver lo que el mundo tenía que enseñarle, pobre incrédulo. Y no toleraba que nadie se interpusiera en su camino, aunque fuera una persona que le gritase briosamente: «¡Eh...!». Fue andando cuesta abajo por Rochester y Greenwich hacia aquel gran conglomerado de casas, cada vez más denso, ahora despacio, mirando a su alrededor y balanceando su enorme cuchilla.

Los habitantes de Londres ya habían oído hablar de él y creían que era idiota, pero amable y admirablemente educado por el agente de Lady Wondershoot y el vicario, y que, a su obtusa manera, reverenciaba a las autoridades y les estaba muy agradecido por el trabajo que se habían tomado por él, y así sucesivamente. Cuando se enteraron aquella tarde, por los anuncios de los periódicos, que el joven Caddles «se había declarado en huelga», a muchos de los habitantes de Londres les pareció un acto deliberadamente concertado.

—Quieren sondear nuestras fuerzas —decían los hombres al regresar a sus casas después de terminar el trabajo de la oficina.

—¡Suerte que tenemos a Caterham!

—Esto es una respuesta a su proclama.

Los socios de los clubs estaban mejor informados. Se apiñaban alrededor de la cinta del teletipo o hablaban en grupos en los salones de fumar.

—No tiene armas. Se habría dirigido a Sevenoaks si se hubiera propuesto hacer algo...

—Caterham se encargará de mantenerlo a raya. Los tenderos hablaban de ello con sus clientes. Los camareros de los restaurantes se distraían un momento de su trabajo entre plato y plato para echar una ojeada a los periódicos de la tarde. Los cocheros leían la noticia inmediatamente después de la información sobre las apuestas en las carreras de caballos de la tarde decían con grandes titulares «Fugado de su residencia». Otros confiaban en un mayor efecto: «El gigante Redwood sigue viéndose con la princesa». El Echo imprimió unos titulares sensacionales: «Rumores de rebelión de los gigantes en el norte de Inglaterra» y «Los gigantes de Sunderland se dirigen a Escocia». La Westminster Gazette hizo sonar su habitual nota de advertencia: «Cuidado, gigantes», decía con el propósito de apuntarse un tanto que sirviera para unir el partido Liberal, en aquella época desgarrado por las luchas intestinas entre siete jefes intensamente egoístas. Los periódicos de última hora coincidían con gran uniformidad. «El gigante en la carretera de New Kent», proclamaban.

—Lo que yo quisiera saber —dijo el joven pálido en el salón de té— es por qué razón no tenemos noticias de los hermanos Cossar. Hay que suponer que se hallan metidos en el ajo como el que más.

—Me han dicho que otro de los gigantes anda suelto —dijo la muchacha del bar enjugando un vaso—. Siempre dije que era peligroso tenerlos tan cerca. Yo les hubiera mandado lejos desde el primer momento... Habría que terminar de una vez con todo eso. Por supuesto que espero que no lleguen hasta aquí.

—Me gustaría echarle un vistazo —dijo el joven del bar atrevidamente. Y añadió—: Yo he visto a la princesa.

—¿Cree usted que les harán algún daño? —preguntó la muchacha del bar.

—Tal vez se vean obligados a hacérselo —repuso el joven, terminando su vaso.

Entre el rumor de diez millones de frases parecidas a éstas, el joven Caddles hizo su entrada en Londres bar atrevidamente. Y añadió—: Yo he visto a la princesa.

—¿Cree usted que les harán algún daño? —preguntó la muchacha del bar.

—Tal vez se vean obligados a hacérselo —repuso el joven, terminando su vaso.

Entre el rumor de diez millones de frases parecidas a éstas, el joven Caddles hizo su entrada en Londres...

II

Siempre que pienso en el joven Caddles me lo imagino tal como se lo vio en la New Kent Road, con el cálido sol de pleno en su rostro, atento y perplejo. La New Kent Road estaba invadida por un verdadero aluvión de autobuses, tranvías, camiones, carros, carretones, bicicletas y automóviles, y por una muchedumbre maravillada —vagos, mujeres, niñeras, amas de casa, niños y osados adolescentes— que seguían sus cautelosos pasos. Los tableros de anuncios estaban sucios con los rasgados restos de los carteles electorales. Un gran balbuceo de voces surgía alrededor del joven Caddles. Uno puede volver a imaginarse clientes y tenderos asomados a las puertas de las tiendas, rostros que aparecían y desaparecían en las ventanas, rapazuelos callejeros corriendo y gritando, policías muy tiesos y calmos, albañiles saltando sobre los andamios, la hirviente miscelánea de las pequeñas gentes. Todos le dirigían palabras vagas infundiéndole ánimos, insultándolo o dándole las consignas del día, y él los miraba asombrado, contemplando aquella multitud de seres vivientes que nunca pudo imaginar que existieran en el mundo. Cuando ya había entrado plenamente en Londres, tuvo que ir acortando el paso cada vez más, a medida que la gente se iba agrupando en mayor número alrededor de él. La muchedumbre se hacía más densa a cada paso que daba, y finalmente, en un cruce donde convergían dos grandes avenidas, tuvo que detenerse y la

muchedumbre se esparció a su alrededor y lo inmovilizó. Allí se quedó, con las piernas separadas, apoyando la espalda en la esquina de una gran taberna lujosa que se alzaba a una altura que doblaba la suya y terminaba en un gran rótulo que se destacaba contra el fondo del cielo. Caddles miraba hacia abajo, hacia los pigmeos, y se preguntaba, intentando, sin duda, comparar todo aquello con las otras cosas de su vida: con el valle entre colinas, los amantes nocturnos, los cánticos en la iglesia, la pizarra que machacaba a diario y el instinto, la muerte y el firmamento, intentando verlo todo como un conjunto coherente y significativo. Tenía las cejas fruncidas. Se rascó la cabeza con una de sus enormes zarpas y profirió un fuerte gruñido.

—¡No lo veo! —dijo.

Su acento era desconocido. Un gran murmullo se extendió a través de aquel espacio abierto, un murmullo entre el que el campanileo de los tranvías, abriendo obstinados surcos por entre la gran masa de gente, se elevaba como amapolas en un campo de trigo.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que no ve...

—Dice que no ve el mar...

—Dice que no hay un asiento...

—Quiere un asiento...

—¿No puede el muy tonto sentarse encima de una casa o algo por el estilo?

—¿Para qué estáis aquí, gente pequeña? ¿Qué estáis haciendo? ¿Para qué servís? ¿Qué estáis haciendo aquí mientras machaco pizarra para vosotros, allá abajo, en la cantera?

Su extraña voz, aquella voz que tanto había contribuido a quebrantar la disciplina escolar en Cheasing Eyebright, hizo callar a la muchedumbre mientras resonó, y al callarse produjo un verdadero tumulto. Algún gracioso gritó:

—¡Que hable! ¡Que hable!

—¿Qué está diciendo?

Esto es lo que se preguntaba todo el mundo y se extendió el rumor de que el gigante estaba borracho.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —voceaban los conductores de ómnibus, abriéndose paso entre la muchedumbre.

Un marino americano borracho iba inquiriendo lacrimosamente por todas

partes:

—Pero ¿qué quiere?

Un trapero con la cara sucia, de pie en un carro tirado por un pony, destacaba de la multitud por la potencia de su voz.

—¡Vuélvete a casa, maldito gigante! —vociferaba—. ¡Vuélvete a casa! ¡Gigante maldito! ¡Animal peligroso! ¿No ves que asustas al caballo? ¡Vete a casa y no vuelvas! ¿No ha habido nadie que haya tenido el sentido común de explicarte la ley?

Y, por encima de estos bramidos, el joven Caddles seguía mirando, a todos, los ojos muy abiertos, sin decir palabra.

Por una calle lateral apareció una pequeña fila de solemnes policías, que se infiltraron hábilmente por entre el tránsito.

—Apártense —decían las vocecillas—. Circulen, hagan el favor.

El joven Caddles se dio cuenta de que una figurilla vestida de azul oscuro le estaba golpeando la espinilla. Miró hacia abajo y percibió dos manos gesticulando.

—¿Qué? —inquirió inclinándose.

—No puede estar parado aquí —gritó el policía.

—¿Que no puedo estar aquí?

—¡No! No puede estar parado aquí... —repitió.

—¿Pues adónde voy?

—De regreso al pueblo, al lugar de residencia... Sea como sea, ahora... tiene usted que circular. Está obstruyendo el tránsito.

—¿Qué tránsito?

—El de la calle.

—Pero ¿adónde va toda esa gente? ¿De dónde viene? ¿Qué significa? Todos están a mi alrededor. ¿Qué quieren? ¿Qué están haciendo? Quisiera comprenderlo. Estoy cansado de partir pizarra y de estar solo. ¿Qué hacen éstos mientras yo parto pizarra? Tanto da que lo sepa aquí como en otra parte.

—Lo siento. Pero no estamos aquí para explicar cosas de esta índole. Tengo que repetirle que haga el favor de circular.

—¿Usted no lo sabe?

—Tengo que pedirle que haga el favor de circular... Haga el favor. Le aconsejo encarecidamente que vuelva a su casa. No tenemos todavía

instrucciones especiales..., pero esto no está de acuerdo con la ley... ¡Márchese de aquí! ¡Márchese!

El pavimento a su izquierda se volvió invitadoramente vacío y Caddles siguió lentamente el camino indicado. Pero ahora tenía la lengua suelta.

—No lo entiendo —murmuraba—. No lo entiendo.

Y tomaba por testigo, con palabra entrecortada, la cambiante muchedumbre que lo acompañaba y seguía.

—Ignoraba que existieran sitios como éste. ¿Qué hacéis todos vosotros? ¿Para qué sirve todo esto? ¿Para qué sirve y qué relación tengo yo con todo esto?

Sin embargo, había inventado un nuevo dicho. Los jóvenes graciosos e ingeniosos comenzaron a saludarse de este modo:

—¡Hola, Harry O’Cock! ¿Para qué sirve todo esto? ¿Eh? ¿Para qué demonios sirve todo esto?

De esto surgió una gran variedad competitiva de réplicas y agudezas, en su mayor parte groseras. La más popular y mejor adaptada al uso general parece haber sido: «¡Cierra el pico!», o, en un tono de desdeñosa indiferencia: «¡Narices!».

III

¿Qué buscaba? Quería algo que el mundo de los pigmeos no le daba, alguna finalidad que el mundo de los pigmeos le impedía alcanzar, deseaba ver algo, y ciertamente nunca pudo acabar de verlo claramente. Era el gigantesco lado social de aquel solitario bruto monstruoso clamando por su raza, por aquello que era semejante a él, por algo que pudiese amar y servir, por un propósito que pudiese comprender y un mando que pudiese obedecer. Y todo esto, como sabéis, estaba embotado, se enfurecía obtusamente en su interior, y aunque se hubiese encontrado con otro gigante no podría haber hallado siquiera una salida ni una expresión en la palabra. Toda cuanta vida conocía era la insulsa vida de los alrededores de su pueblo, toda la conversación la de su casa, cosas que fallaban ante la mera insinuación de sus menores necesidades de gigante. Nada sabía de dinero aquel monstruoso simplón, nada sabía de comercio, ni de las complejas convenciones sobre las que la estructura social de las gentes pequeñas se halla edificada. Necesitaba muchas cosas. Pero, fuera lo que fuera lo que necesitase, nunca pudo satisfacer su necesidad.

Durante todo el día y toda aquella noche de verano marchó errabundo, sintiéndose cada vez más hambriento, pero todavía incansable, admirando el intenso tránsito de las calles, así como los inexplicables negocios de todos

aquellos seres infinitesimales. Todo se hallaba sumido en una tremenda confusión...

Se dice que cogió a una dama, sacándola por las buenas de un carruaje, en Kensington, una dama en traje de noche elegantísimo, y después de haberle mirado detenidamente el atavío y los omoplatos, volvió a dejarla —con algún descuido— en su sitio exhalando un profundísimo suspiro. Sin embargo, eso yo no podría asegurarlo. Cerca de una hora permaneció observando cómo la gente luchaba para coger sitio en los autobuses al final de Piccadilly. Aquella tarde se lo vio mirando por encima del recinto de Kensington Oval durante unos momentos, pero cuando vio aquellos millares de personas embelesadas con los misterios del cricket y sin hacerle el menor caso, prosiguió su camino profiriendo un gruñido.

Volvió otra vez a Piccadilly Circus, entre once y doce de la noche, encontrándose con un nuevo tipo de multitud, formada por personas muy decididas, llenas de propósitos que, por motivos inconcebibles, estaban dispuestas a realizar, y de otras que no los realizarían a ningún precio. Estas personas lo miraron fijamente, se burlaron de él y siguieron su camino. Los cocheros, con ojos de buitre, iban siguiéndose unos a otros continuamente a lo largo del borde de la poblada acera. La gente salía de los restaurantes o entraba en ellos, personas graves, resueltas, dignas, o amable y agradablemente excitadas, o atentas y vigilantes, prevenidas contra los fraudes de los camareros.

El gigante, parado en una esquina, los contemplaba cada vez más sorprendido.

«¿Para qué servirá todo esto? —murmuraba para sus adentros—. ¿Para qué servirá todo esto? ¡Todos tan activos! ¡Para qué será todo esto que yo no entiendo?».

Y ninguno de ellos parecía ver, como veía él, la desdicha impregnada de bebida de las mujeres pintadas que aguardaban en la esquina, ni la andrajosa miseria que se escurría por el arroyo, ni la infinita futilidad de todos estos quehaceres. ¡La infinita futilidad! Ninguna de aquellas personas parecía sentir ni sombra de las necesidades del gigante, ni sombra del futuro que se había atravesado en sus respectivos caminos...

A un lado y a otro de la calle, unas letras misteriosas se encendían y apagaban, letras que si él hubiese sabido leer le habrían dado la medida de las dimensiones de los intereses humanos, le habrían explicado los fundamentales requerimientos y aspectos de la vida tal como la gente pequeña la concebía. En primer lugar aparecía una flamígera

luego seguía una U.

TU;

luego una P,

TUP.

Hasta que, por fin, aparecía el anuncio completo cruzando el cielo, enviando este alegre mensaje a todos aquellos que acusaban seriamente el peso de la vida:

TUPPER

EL VINO TÓNICO QUE REVIGORIZA

Y ¡snap! se desvanecía en la oscuridad de la noche para ser seguido con el mismo lento desarrollo por una segunda solicitud universal:

JABÓN DE BELLEZA

Fijaos bien que no se trataba de simples productos químicos de limpieza, sino de algo, como ahora dicen, «ideal»: y luego, completando el trípode de la vida minúscula:

PÍLDORAS AMARILLAS DE YANKER

Después siguió otra vez Tupper, con unas flamígeras letras carmíneas, a través del vacío:

T U P P : : : :

A primera hora de la madrugada, según parece, el joven Caddles llegó a la umbrosa quietud de Regent's Park, pasó por encima de la verja y se echó en el césped de un talud, cerca del lugar adonde va la gente a patinar en invierno, y allí durmió una o dos horas. Y a las seis de la mañana ya estaba hablando con una pringosa mujer que había encontrado durmiendo en una zanja, cerca de Hampstead Heath, preguntándole con mucho interés lo que pensaba de ella misma y para qué creía que podía servir en este mundo...

IV

El vagabundeo de Caddles por Londres culminó la mañana del segundo día. Porque entonces se vio dominado por el hambre. Vaciló un poco ante el aroma de un carro que estaba siendo cargado de hogazas de pan recién horneadas, pero luego, muy quedamente, se arrodilló y empezó a coger hogazas y a comérselas. Vació el carro mientras el panadero echaba a correr en busca de la policía, y después metió la mano en el negocio y limpió el mostrador y los cajones. Luego, con un verdadero haz de panes debajo del brazo, siguió su camino mirando a todas partes en busca de otra tienda donde completar su comida. Sucedió esto en una de aquellas épocas en que el trabajo

era escaso y los alimentos caros, y la gente de aquel barrio simpatizó con el gigante, puesto que cogió tranquilamente los víveres que todos deseaban. Aplaudieron la segunda fase de su comida y se rieron de la estúpida mueca con que obsequió al policía.

—Tenía mucha hambre —explicó, con la boca llena.

—¡Bravo! —gritó el gentío—. ¡Bravo! Luego, cuando comenzaba a actuar en la tercera panadería, se vio atacado por media docena de policías que le golpearon las espinillas con sus porras.

—¡Oiga, amigo gigante, véngase usted conmigo! —dijo el oficial al mando—. No le está permitido escaparse de su casa de este modo... Venga que lo llevaré a su casa.

Hicieron todo lo que pudieron para detenerle. Había un carro, según me han dicho, que iba por todas las calles, de un lado para otro, cargado de rollos de cadenas y de cables de navío destinados a servir de ataduras en aquella gran captura. No había intención de matarlo entonces.

—No forma parte de la conspiración —había dicho Caterham—, y no quiero que mis manos se manchen de sangre inocente. —Y había añadido—: ...hasta que se hayan agotado todos los medios.

Al principio Caddles no comprendió la importancia de todas estas cosas. Cuando, por fin, lo comprendió, aconsejó a los policías que no hicieran tonterías y echó a andar a grandes zancadas, que dejó a todos los demás muy rezagados. Las panaderías eran las de Harrow Road, y de allí se fue, a través del canal de Londres, a St. John's Wood. Se sentó en un jardín particular para descansar un poco y se vio inmediatamente atacado por otro grupo de policías.

—Dejadme tranquilo —rezongó.

Y con la cabeza baja y la mirada torva, se puso a atravesar jardines destrozando el césped y derribando dos o tres vallas, mientras los policías minúsculos lo iban persiguiendo, unos por los jardines y otros por la calle siguiendo las fachadas de las casas. Entre estos últimos había uno o dos con pistolas, pero no hicieron uso de ellas. Al desembocar el gigante en Edgware Road, se produjo un nuevo movimiento entre el gentío. Un policía a caballo le pisó un pie y se vio desmontado en pago del dolor.

—Dejadme en paz —repitió Caddles enfrentándose con la embobada multitud—. No os he hecho nada...

En aquel momento iba desarmado, porque había dejado la cuchilla de la cantera en el Regent's Park. Pero entonces el infeliz pareció haber sentido la necesidad de tener un arma. Volvió a la estación de la Great Western Railway y arrancó el poste de una alta lámpara de arco voltaico: era una formidable

maza, y se la echó al hombro. Y viendo que la policía aún se empeñaba en importunarlo, volvió a Edgware Road, dirigiéndose a Cricklewood, hacia el norte.

Anduvo errabundo hasta Waltham, luego retrocedió dirigiéndose al oeste, y después, otra vez hacia Londres, llegando, por los cementerios, a eso del mediodía, a lo alto de Highgate, desde donde volvió a contemplar la grandiosidad de la capital. Se echó a un lado, sentándose en un jardín, de espaldas a una casa que dominaba Londres en toda su extensión. Estaba sin aliento, la cabeza baja. Los curiosos ya no se apiñaban a su alrededor como antes, cuando llegó a Londres, sino que lo acechaban desde el jardín contiguo y le atisbaban desde cautelosos lugares, a salvo. Ahora ya sabían que la cosa se presentaba más peligrosa de lo que habían creído al principio.

—¿Por qué no pueden dejarme tranquilo? —gruñía el joven Caddles—. Tengo que comer. ¿Por qué no me dejan en paz?

Se sentó, con el semblante hosco, mordisqueándose los nudillos y mirando el panorama de Londres extendido a sus pies. Toda la fatiga, la preocupación, la perplejidad y la rabia impotente acumuladas durante sus andanzas llegaban a su culminación.

No significan nada —murmuraba—. No son nada. Y no me quieren dejar en paz, y tienen que estorbarme en mi camino.

Y una y otra vez, hablando siempre consigo, repetía que no «significaban nada».

—¡Ajj! ¡Qué gentecilla!

Se mordió con más fuerza los nudillos y su ceño se frunció aún más.

—¡Y yo partiendo pizarra para ellos! —murmuró—. ¡Y todo el mundo es suyo! ¡Yo no puedo entrar en ningún sitio...!

Entonces, con un acceso de rabia, vio la forma ya familiar de un policía a horcajadas en la valla del jardín.

—¡Déjeme en paz! —gruñó el gigante—. Déjeme en paz.

—Tengo que cumplir con mi deber —repuso el pequeño policía, pálido, pero lleno de resolución.

—Usted me deja en paz, ¿estamos? Yo tengo que vivir, lo mismo que usted. Tengo que vivir... Tengo que comer. ¡Déjeme en paz!

—Es la Ley —dijo el pequeño policía sin acercarse—. La ley no la hemos hecho nosotros.

—Ni yo tampoco —replicó el joven Caddles—. Vosotros, los pequeños, la

hicisteis antes de que yo naciera. ¡Vosotros y vuestras leyes podéis iros a paseo...! ¡Lo que debo hacer y lo que no debo hacer! No hay comida para mí, a menos que trabaje como un esclavo. No tengo reposo, ni abrigo, ni nada, y ahora viene usted y me dice que hay una ley...

—Esto no es cosa mía —dijo el policía—. Y no voy a discutir con usted. Sólo vengo a que se cumpla la ley.

Y pasando la otra pierna por encima de la valla, pareció dispuesto a saltar al suelo. Otros policías aparecieron detrás de él.

—Yo no tengo nada contra usted... fíjese bien —dijo el joven Caddles, agarrando fuertemente su enorme maza de hierro y señalando al policía con un gran dedo flaco y expresivo—. No tengo nada contra usted, pero... ¡déjeme en paz!

El policía intentó mostrarse tranquilo y trivial, pero una intensa tragedia se alzaba claramente ante sus ojos.

—Deme la proclama —dijo a un acompañante invisible. Le entregaron un pequeño papel blanco.

—¡Déjeme en paz! —volvió a repetir Caddles, cada vez más indignado.

—Esto significa —dijo el policía antes de leer la proclama— que tiene usted que irse a casa. Váyase a su cantera. Si no obedece, le va a pesar.

Caddles profirió un gruñido inarticulado. Cuando hubo leído la proclama, el policía hizo una seña. Cuatro hombres armados con fusiles tomaron posiciones, con afectada indiferencia, a lo largo de la pared. Llevaban el uniforme de la policía de asalto. A la vista de los fusiles, el joven Caddles montó en cólera. Se acordó de las picaduras producidas por las escopetas de los labriegos de Wreckstone.

—¿Vais a disparar eso contra mí? —preguntó señalando las armas.

Al oficial le pareció que Caddles tenía miedo.

—Si no vuelve en seguida a su cantera...

Entonces, en un instante, el oficial saltó al otro lado de la tapia, mientras a dieciocho metros por encima de su cabeza, el poste de hierro de la lámpara eléctrica volteaba para llevarlo a la muerte. Bang, bang, bang, respondieron los fusiles, y saltaron por el aire fragmentos de la tapia, del suelo y del subsuelo del jardín. Algo más salió volando por el aire, algo que dejó unas gotas rojas en las manos de uno de los tiradores. Los policías se alejaron un poco para revolverse y volver a disparar valientemente. Pero el joven Caddles, con dos balas en el cuerpo, había girado sobre sus talones para descubrir quién lo había herido atacándolo por la espalda. ¡Bang! ¡Bang! Tuvo una visión de

casas y jardines y de gente que agachaba la cabeza en las ventanas, todo balanceándose de un modo espantoso y misterioso. Parece que dio tres grandes pasos y unos traspiés, que levantó y dejó caer su maza y que se apretó el pecho. Estaba herido. ¿Qué era aquello, cálido y húmedo, que se le escurría por la mano? Un hombre, asomándose por la ventana de su dormitorio le vio la cara, lo vio mirándose fijamente con una mueca de sollozante congoja la sangre que le teñía la mano. Luego se le doblaron las rodillas y se derrumbó aparatosamente. Era la primera de las ortigas gigantes que caía ante el resuelto tirón de Caterham, y precisamente la que menos contaba éste con que le viniera a las manos.

CAPÍTULO IV

LOS DOS DÍAS DE REDWOOD

I

Tan pronto como Caterham advirtió que el momento de coger la ortiga había llegado, tomó la ley en sus manos y envió una orden de detención contra Cossar y Redwood.

Con Redwood no hubo problema. Acababa de sufrir una operación en un costado y los médicos le habían apartado todo lo que pudiera preocuparle hasta que su convalecencia quedase asegurada. Le habían dado de alta y acababa de levantarse de la cama. Se hallaba en ese momento fuera del lecho, en un cuarto calentado por el fuego de la chimenea, con un montón de periódicos a su lado, enterándose por primera vez de la agitación que había puesto al país en manos de Caterham y de las dificultades que estaban cerniéndose sobre la princesa y su propio hijo. Era la mañana del día en que murió el joven Caddles y el policía aquél intentó detener al hijo de Redwood cuando se dirigía a ver a la princesa. Los últimos periódicos que Redwood había leído anunciaban vagamente estos acontecimientos inminentes. Redwood estaba releendo con el corazón desfalleciente, aquellas primeras premoniciones del desastre que se acercaba. Adivinaba en ellas cada vez más perceptibles las sombras de la muerte, aunque leía para tener ocupada la mente hasta que llegasen más noticias. Cuando los agentes de policía entraron en su habitación, precedidos por el criado, levantó la vista vivamente.

—Creí que sería uno de los primeros periódicos de la tarde —dijo.

Luego, levantándose y con un rápido cambio de manera, preguntó:

—¿Qué significa esto...?

Después, Redwood no tuvo noticias de ninguna clase durante dos días.

Habían ido con un vehículo para llevárselo, pero, cuando se convencieron de que se hallaba realmente enfermo, decidieron dejarlo allí durante un día o dos hasta que pudieran trasladarlo sin peligro. Su casa fue invadida por la policía y convertida en cárcel provisoria. Era la misma casa donde había nacido el gigante Redwood y donde por vez primera se había administrado Heracleofobia a un ser humano. Redwood, que ahora era viudo, había vivido allí ocho años.

Era ahora un hombre de pelo entrecano, con una pequeña barba gris en punta y ojos castaños todavía muy activos. Era esbelto y tenía una voz suave, como siempre la había tenido, pero sus facciones habían adquirido aquella calidad indefinible consecuencia de largas meditaciones sobre cuestiones portentosas. Para el policía que practicó la detención, su aspecto ofrecía un contraste impresionante con la enormidad de sus delitos.

—Ahí está ese individuo que ha hecho lo imposible para echarlo todo a rodar —dijo el jefe a su subordinado inmediato—. Tiene rostro de pacífico propietario rural. Ahí tiene usted al juez Hangbrow, que se desvela por tenerlo todo en orden y al día, y tiene una cara que parece de cerdo. ¡Y luego, sus modales! Uno es todo educación y finura, y el otro todo gruñidos y resoplidos. Esto demuestra, ¿verdad?, que no hay que fiarse de las apariencias, sea lo que fuere que se tenga que hacer.

Sin embargo, su discurso sobre las consideraciones que con ellos tenía Redwood quedó bastante malparado. Al principio, los otros policías lo encontraron muy pesado, hasta que dejaron bien sentado que era inútil hacerles preguntas o pedirles periódicos. Hicieron una especie de registro en su estudio y se llevaron hasta los periódicos que ya tenía. La voz de Redwood tenía tono agudo y acento de reconvención.

—Pero ¿no ve usted —decía una y otra vez— que se trata de mi hijo, de mi único hijo, que se halla en un apuro? No es el Alimento lo que me preocupa, sino mi hijo.

—Yo quisiera poder informarle, señor —dijo el oficial—, pero nuestras órdenes son estrictas. —¿Quién dio las órdenes?

—¡Ah! Eso tampoco puedo decírselo, señor... —se excusó el oficial, dirigiéndose hacia la puerta.

—Camina de un lado a otro de su cuarto —dijo el segundo oficial cuando su jefe bajó del piso superior—. Todo va bien. Paseando se despejará...

—Así lo espero —repuso el jefe—. Lo cierto es que antes no lo había visto bajo la misma luz que ahora, pero resulta que el gigante que tenía que ver con

la princesa, ¿sabe usted?, es su hijo. Los dos se miraron durante un momento.

—Entonces, la cosa es fuerte para él —dijo el tercer policía. Era evidente que Redwood no había comprendido muy bien que un telón de acero lo separaba del mundo exterior. Lo oyeron acercarse a la puerta, intentar abrirla y probar el funcionamiento de la cerradura y luego la voz del oficial estacionado en el rellano diciéndole que era inútil hacer aquello. También oyeron cómo se acercaba a las ventanas y vieron que los transeúntes miraban para arriba.

—También eso es inútil —dijo el segundo oficial. Entonces Redwood empezó a tocar el timbre. El jefe subió y le explicó con mucha paciencia que no ganaría nada con tocar el timbre de aquel modo, y que si ahora lo tocaba porque sí, no le harían el menor caso luego cuando necesitara algo.

—Lo atenderemos en todo lo que sea razonable, señor —dijo el oficial—, pero si usted insiste en tocar el timbre a modo de protesta, nos veremos obligados a desconectarlo.

Las últimas palabras proferidas por Redwood en un tono muy alto que oyó el oficial, fueron éstas:

—Pero al menos podría decirme usted si mi hijo...

II

Después de todo esto, Redwood pasó la mayor parte del tiempo en las ventanas.

De todos modos, poca cosa podían ofrecerle aquellas ventanas respecto a la marcha de los acontecimientos en el exterior. En todo momento aquella calle era muy tranquila, pero aquel día lo era excepcionalmente. Ni un coche de alquiler, ni un carro pasaron aquella mañana. De vez en cuando pasaba algún transeúnte sin que mostrara la menor anormalidad en los acontecimientos; después un grupito de niños, una niñera, una mujer que iba de compras, y gente así. Entraban en escena por derecha o por izquierda, arriba o abajo de la calle, con un exasperante aire de indiferencia para los intereses más importantes que los suyos propios. Descubrían con asombro la casa guardada por la policía y marchaban en dirección opuesta, donde unos grandes racimos de hortensias gigantes se hallaban suspendidos a través de la calle. Al irse volvían la cabeza para mirar y señalaban con el dedo. De vez en cuando, un hombre se acercaba a uno de los policías preguntándole algo. Únicamente conseguía una breve respuesta...

Las casas de enfrente parecían muertas. Una sirvienta apareció una vez en una ventana y se quedó un instante mirando. A Redwood se le ocurrió hacerle señas. Durante un rato ella contempló sus gestos, al parecer con cierto interés, y hasta le dio una vaga respuesta y se fue. Un viejo salió cojeando de la casa

señalada con el número 37, bajó los peldaños y se marchó por la derecha, sin mirar para nada hacia arriba. Durante diez minutos el único transeúnte fue un gato...

Así, aquella trascendental e interminable mañana fue alargándose desmesuradamente.

Alrededor de las doce se oyeron gritos de los vendedores de periódicos en la calle contigua, pero aquello pasó.

Contrariamente a lo que solían hacer, no pasaron por la calle de Redwood, y éste tuvo la sospecha de que la policía había cerrado las bocacalles. Intentó abrir la ventana, pero aquello hizo que apareciera de inmediato un policía en su habitación...

El reloj de la iglesia parroquial dio las doce, y después de un abismo de tiempo, la una.

Se burlaron de él llevándole la comida. Comió un poco y esparció la comida por el plato a fin de que se la llevaran pronto, bebió whisky liberalmente y luego, cogiendo una silla, volvió junto a la ventana. Los minutos se dilataron en grises inmensidades y durante unos momentos acaso se quedara dormido...

Despertó con la vaga impresión de haber oído unos ruidos lejanos. Percibió un repiqueteo en la ventana, como la pequeña sacudida de un terremoto distante. El repiqueteo duró cosa de un minuto y luego fue desvaneciéndose. Después de un silencio, se reprodujo... Luego volvió a desvanecerse. Imaginó que se debería simplemente al paso de algún vehículo por la calle principal. ¿Qué otra cosa podía ser...?

Al cabo de algún tiempo empezó a dudar si había oído de veras aquel ruido.

Se puso a razonar consigo mismo. A fin de cuentas, ¿por qué motivo lo habían detenido? Hacía dos días que Caterham se hallaba en el poder... ¡El tiempo suficiente para coger su ortiga! ¡Coger su ortiga! ¡Coger su ortiga gigante! Una vez encontrado este estribillo se quedó canturreándolo mentalmente, sin poder dejarlo.

Y, después de todo, ¿qué podía hacer Caterham? Era un hombre muy religioso. Estaba ligado hasta cierto punto con aquello de no emplear la violencia sin una causa justificada.

¡Coger la ortiga! Tal vez, por ejemplo, iban a arrestar a la princesa y enviarla al extranjero. Podían encontrarse con dificultades con su hijo. ¡En este caso...! Pero ¿por qué lo habían detenido a él? ¿Por qué se estimaba necesario mantenerlo en la ignorancia de lo que ocurría? Aquello demostraba

algo más grave.

¿Acaso, por ejemplo, se proponían encarcelar a todos los gigantes? ¿Los detendrían a todos juntos? Ya hubo ciertas insinuaciones sobre esto en los discursos electorales. ¿Entonces...?

Sin duda alguna, se habrían apoderado también de Cossar.

Caterham era un hombre religioso, Redwood se asía a esta idea. En lo más recóndito de su mente, había una especie de telón negro en el que se encendía y se apagaba una palabra, una palabra escrita con letras de fuego. Luchaba insistentemente contra aquella palabra. Era como si siempre comenzara a aparecer en aquel telón, sin acabar de completarse.

Finalmente se enfrentó con ella. «¡Masacre!». Allí estaba la palabra con toda su crudeza y su brutalidad.

¡No! ¡No! ¡No! ¡Era imposible! Caterham era un hombre religioso, civilizado. ¡Y, además, después de todos aquellos años, después de todas aquellas esperanzas...!

Redwood se incorporó de un salto y se puso a andar de un lado para otro. Habló consigo mismo y gritó:

—¡No!

La humanidad no estaba tan loca como para llegar a aquel extremo... ¡Seguro que no! Era imposible, era increíble, no podía ser. ¿Qué se ganaría con matar a los gigantes, cuando era evidente que lo gigantesco en los seres inferiores no se había presentado inevitablemente? ¡No era posible que estuviesen tan locos como para hacer una cosa semejante...!

—¡Tengo que rechazar esta idea...! —dijo en voz alta—. ¡Rechazo esta idea! ¡Absolutamente!

Se interrumpió con un sobresalto. ¿Qué era aquello?

Era indudable que las ventanas habían retemblado otra vez.

Redwood fue a mirar lo que pasaba en la calle. En la casa de enfrente obtuvo la inmediata confirmación de lo que había oído. En un dormitorio de la casa número 35 había una mujer con una toalla en la mano, y en el comedor de un piso del número 37 se veía un hombre detrás de un gran jarrón con un culantrillo hipertrófico. Los dos estaban de pie, asomados a la ventana, inquietos y curiosos. Redwood pudo ver claramente que el policía que vigilaba en la calle también lo había oído. Aquello no era, pues, cosa de su imaginación.

Se volvió hacia el interior de su cuarto, que se iba oscureciendo rápidamente.

—¡Cañonazos! —se dijo. Se quedó reflexionando.

—¿Cañonazos?

Le trajeron un té fuerte, como el que estaba acostumbrado a tomar. Era evidente que su ama de llaves había sido consultada. Después de beberlo, se sintió demasiado nervioso para quedarse sentado al lado de la ventana y se puso a pasear por la habitación. Se sintió más capaz de pensar en ideas coherentes. Aquella habitación había sido su estudio durante veinticuatro años. Había sido amueblada en su boda y todo lo esencial databa de entonces: el gran y complejo escritorio, la silla giratoria, la butaca al lado de la lumbre, la biblioteca giratoria y el archivo clasificador con sus compartimientos, que llenaba el hueco del fondo. La alfombra turca de colores vivos, los tapices y cortinajes del último período Victoriano habían adquirido la rica dignidad que otorgan los años, y el cobre y el bronce brillaban cálidamente ante el fuego del hogar. Las bombillas eléctricas habían sustituido a la lámpara de aceite de antaño, y ésta era la principal alteración del equipamiento original. Pero entre estas cosas, su conexión con el Alimento había dejado abundantes indicios. A lo largo de la pared, encima del friso, se veía una colección de fotografías y fotograbados enmarcados en negro con los retratos de su hijo, los hijos de Cossar y otros niños del Alimento Estrella, en distintas edades y en medio de diversos paisajes. Hasta el inexpresivo semblante del joven Caddles tenía su sitio en aquella colección. En un rincón había un haz de espigas de la hierba gigante de los prados de Cheasing Eyebright, y encima del escritorio había tres cápsulas vacías de amapolas, grandes como sombreros. Las barras de las cortinas eran tallos de hierba. Y el tremendo cráneo del gran cerdo de Oakham pendía, como un portentoso estante ornamental de marfil, sobre la repisa de la chimenea, con un jarrón chinesco en cada órbita y el hocico abatido, encima de la lumbre...

Redwood se acercó a las fotografías, y en particular hacia las de su hijo.

Le trajeron a la memoria incontables recuerdos de cosas que se habían borrado ya de su mente, de los primeros días del Alimento, de la tímida presencia de Bensington y su prima Jane, de Cossar y de aquella noche terrible pasada en la Granja Experimental. Estos recuerdos se le aparecieron como cosas muy pequeñas y brillantes y distintas, como objetos vistos con un telescopio en un día soleado. Y después se le representó el gigantesco cuarto de los niños, la gigantesca infancia de su hijo, sus primeros esfuerzos para hablar, sus primeros signos claros de afecto.

¿Cañonazos?

Se le ocurrió, de un modo irresistible, agobiante, que en el exterior, fuera de aquel maldito silencio y de aquel maldito misterio, su hijo y los hijos de Cossar, y todos aquellos gloriosos frutos precoces de una edad más grandiosa,

estaban luchando... ¡Luchando por la vida! Hasta era posible que su hijo se hallase en aquel momento en algún terrible apuro, herido, detenido como él...

Se apartó de los retratos y volvió a andar de un lado a otro de la habitación, gesticulando.

—¡No puede ser! —gritó—. ¡No puede ser! ¡No puede acabar de este modo...! Pero ¿qué ha sido eso?

Se detuvo, rígidamente inmóvil.

El repiqueteo de las ventanas había vuelto a empezar, y luego se oyó un gran ruido sordo, como una vasta conmoción que hizo retemblar toda la casa. La conmoción pareció durar un siglo. Debió de haberse producido muy cerca. Por un instante le pareció como si algo hubiera venido a dar contra la casa, por encima de donde él se hallaba... un impacto que se resolvió en un tintineo de cristales rotos, y luego en una quietud que terminó por fin con un ruido claro de gente que corría por la calle.

Este ruido lo liberó de su inmovilidad. Se volvió hacia la ventana y la vio hecha pedazos.

El corazón le latió apresuradamente, con la sensación de haber llegado a una crisis, a un acontecimiento concluyente, a la liberación. Y luego, otra vez, ¡el conocimiento de su impotente confinamiento cayó ante él como un telón!

No pudo ver nada de particular en el exterior, excepto que la pequeña lámpara eléctrica de enfrente estaba apagada. No pudo oír tampoco nada después de la primera señal de alarma. No pudo añadir nada que interpretara o ampliara aquel misterio, pero en aquel momento vio aparecer un resplandor rojizo y fluctuante en el cielo, hacia el sudeste.

Este resplandor aumentó de intensidad para disminuir en seguida. Luego dudó de que hubiera aumentado de intensidad realmente. Se fue haciendo más visible otra vez, a medida que el día iba oscureciendo. Y llegó a ser el hecho predominante en la larga noche de incertidumbre. A veces parecía tener el temblor de las llamas danzantes, y otras veces le hacía creer que era ni más ni menos que el reflejo normal de las luces vespertinas. Aumentó y disminuyó de intensidad varias veces durante aquellas largas horas y sólo se desvaneció, por fin, al quedar totalmente sumergido en la claridad de la aurora. ¿Significaría algo...? ¿Qué podía significar? Con toda seguridad se trataba de algún incendio, cercano o remoto, pero no habría podido decir si era humo o niebla aquello que cruzaba el cielo. Sin embargo, cerca de la una empezó a percibirse el centelleo de los reflectores, que continuó durante el resto de la noche. Aquello también podía significar muchas cosas. Pero ¿qué podía significar? ¿Qué significaba en realidad? Sólo tenía aquel cielo agitado y abigarrado y la indicación de una enorme explosión con que llenar sus pensamientos. No se

oyeron ya más ruidos ni más carreras por la calle, tan sólo unos gritos que podían haber sido proferidos por algunos borrachos...

No encendió la luz. Se quedó de pie ante la ventana destrozada, en plena corriente de aire, como una delgada silueta negra para el oficial de policía que, de vez en cuando, penetraba en la habitación exhortándole a descansar.

Toda la noche permaneció Redwood junto a la ventana, observando el ambiguo movimiento del cielo, y únicamente al despuntar el alba obedeció al imperativo de la fatiga y se echó sobre la cama que le habían preparado entre su escritorio y la semiapagada lumbre del hogar, debajo del cráneo del enorme cerdo.

III

Durante treinta y seis larguísimas horas, Redwood permaneció encarcelado, encerrado y aislado del gran drama de los Dos Días mientras la gente pequeña en la aurora de la grandeza luchaba contra los Hijos del Alimento. Después, bruscamente, el telón de acero volvió a levantarse y Redwood se encontró muy cerca del centro de la lucha. El telón se levantó tan inesperadamente como había caído. A media tarde le atrajo a la ventana el ruido de un coche que se detuvo frente la puerta de su casa. Un hombre joven se apeó de él y al cabo de un minuto ya estaba en su presencia en el cuarto. Era un individuo pequeñito y delgado, de unos treinta años tal vez, muy bien afeitado, muy bien vestido y con muy buenos modales.

—Señor Redwood —empezó diciendo—, ¿quiere usted acompañarme a ver al señor Caterham? Requiere su presencia con gran urgencia.

—¿Requiere mi presencia...? —En la mente de Redwood afloró una pregunta que, de momento, no supo formular. Vaciló. Luego, con voz entrecortada, preguntó—: ¿Qué le han hecho a mi hijo?

Y se quedó sin aliento, esperando la respuesta.

—¿Su hijo, señor? Su hijo está muy bien. Al menos, por lo que podemos saber.

—¿Está bien?

—Ayer fue herido, señor. ¿No lo sabía usted?

Redwood irrumpió contra esta afectación. Su voz ya no estaba matizada por el temor, sino por la ira.

—Ya sabe que no he podido enterarme de nada. Eso lo sabe usted bien.

—El señor Caterham lo temía, señor... Eran momentos muy críticos. Todo el mundo... fue cogido por sorpresa. Le detuvo a usted para evitarle cualquier desgracia...

—Me detuvo para impedir que avisara a mi hijo o que le aconsejara lo que debía hacer... Dígame lo que ha ocurrido. ¿Han triunfado ustedes? ¿Los han matado a todos?

El joven dio un paso hacia la ventana y se volvió.

—No, señor —dijo concisamente.

—¿Qué tiene usted, pues, que decirme?

—Tenemos pruebas, señor, de que esta lucha no fue planeada por nosotros. Nos encontraron... totalmente faltos de preparación.

—¿Quiere usted decir que...?

—Quiero decir, señor, que los gigantes... hasta cierto punto se han mantenido firmes.

El mundo cambió para Redwood. Durante un momento, algo muy semejante a la histeria se apoderó de los músculos de su cara. Luego dio salida a una profunda exclamación.

—¡Ah! —su corazón dio un gran salto de alegría—. ¡Los gigantes se han mantenido firmes!

—Ha habido una lucha terrible... una terrible destrucción. Todo ha sido debido a un horrible malentendido... En el norte y en los Midlands han muerto varios gigantes... En todas partes.

—¿Están luchando ahora?

—No, señor. Se ha izado la bandera blanca pidiendo un armisticio.

—¿Ellos...?

—No, señor. El señor Caterham la izó... Todo este asunto ha sido un malentendido. Por esto quiere hablar con usted y exponerle su caso. Ellos insisten, señor, en que usted intervenga...

Redwood lo interrumpió.

—¿Sabe usted lo que le ha ocurrido a mi hijo?

—Fue herido.

—¡Explíquemelo! ¡Explíquemelo!

—Él y la princesa se presentaron antes de que el... el movimiento para rodear el campamento de los Cossar se hubiese completado... Me refiero a la hondonada de los Cossar, en Chislehurst. Se presentaron de repente, señor, con gran estrépito, a través de un denso campo de avena gigante, cerca de River, ante una columna de infantería... Los soldados se habían mostrado muy

nerviosos durante todo el día y aquello ocasionó un verdadero pánico.

—¿Y le dispararon?

—No, señor. Echaron a correr. Hubo alguien que disparó contra él... sin apuntar... y en contra de las órdenes recibidas.

Redwood hizo una mueca de incredulidad.

—¡Es verdad, señor! No quiero alegar que fuera a causa de él, sino a causa de la princesa.

—Sí. Eso es verdad.

—Los dos gigantes echaron a correr gritando hacia el campamento. Los soldados corrían de un lado para otro y algunos empezaron a disparar. Dijeron que le habían visto tambalearse...

—¡Oh...!

—Sí, señor. Pero sabemos que no está malherido...

—¿Cómo?

—¡Nos ha enviado un mensaje, señor, diciéndonos que estaba bien!

—¿Para mí?

—¿Para quién, pues, señor?

Redwood permaneció cerca de un minuto con los brazos cruzados y apretados, percatándose de todo. Después su indignación encontró la voz que había perdido.

—Se han portado ustedes como unos tontos, han calculado mal y se han equivocado, y quiere usted que yo ahora crea que no son un hato de asesinos con la peor intención. Y además... ¿Qué más?

El joven lo miró interrogativamente.

—¿Los otros gigantes?

El joven no simuló no comprenderlo. Bajó el tono de la voz:

—Trece, señor, han muerto.

—¿Y los otros están heridos?

—Sí, señor.

—¿Y Caterham —preguntó ahogándosele la voz— quiere entrevistarse conmigo? ¿Dónde están los demás?

—Algunos pudieron penetrar en el campamento durante la lucha, señor... Parece como si hubieran sabido...

—¡Pues claro que lo sabían! Si no hubiese sido por Cossar... ¿Está con ellos Cossar?

—Sí, señor. Y todos los gigantes supervivientes están también allí... Los que no entraron en el campo durante la lucha han ido allí o están yendo ahora, bajo la bandera de la tregua.

—Esto significa —dijo Redwood— que ustedes han sido derrotados.

—No estamos derrotados. No, señor. No puede usted decir que nos hayan derrotado. Pero sus hijos han quebrantado las reglas de la guerra. Anoche por primera vez, y ahora de nuevo.

Después de haber retirado nosotros nuestras fuerzas atacantes. Esta tarde empezaron a bombardear Londres...

—¡Cosa muy legítima!

—Nos han disparado obuses llenos de... veneno.

—¿Veneno?

—Sí. Veneno. El Alimento...

—¿La Heracleoforbia?

—Sí, señor. El señor Caterham, señor...

—¡Los han derrotado! ¡Claro que usted no puede comprenderlo! ¡Es Cossar! ¿Qué esperanzas les pueden quedar a ustedes ahora? ¿Qué pueden hacer? Tendrán que respirarlo en el mismo polvo de las calles. ¿Para qué seguir luchando? ¡Vaya con las reglas de la guerra! Y ahora Caterham quiere que yo les ayude a salir del mal paso. ¡Válgame Dios, hombre! ¿Para qué tengo que acudir en ayuda de vuestro charlatán? Ya se ha divertido bastante... asesinando y embrollándolo todo. ¿Por qué debiera yo...?

El joven permanecía con un aire de vigilante respeto.

—Lo cierto es, señor —lo interrumpió—, que los gigantes insisten en verlo a usted. No quieren otro embajador. Si usted no se presenta a ellos, mucho me temo, señor, que se derramará todavía más sangre.

—La vuestra, tal vez.

—No, señor... en los dos bandos. El mundo está decidido a terminar con esto.

Redwood miró alrededor de sí. Sus ojos se posaron un momento en la fotografía de su hijo. Volvióse y se avino a lo que el joven esperaba.

—Sí —dijo, por fin—. Vamos.

IV

Su encuentro con Caterham fue totalmente distinto de como se lo había figurado. Había visto a aquel hombre sólo dos veces durante toda su vida, una vez en un banquete y otra vez en el salón de descanso de la Cámara de los Comunes, y su imaginación le había representado siempre, no el hombre, sino la creación de periódicos y caricaturistas, el legendario Caterham: Pulgarcito, el matador de gigantes, Perseo y todo lo demás. El elemento inherente a la personalidad humana le puso en desorden todo aquello.

No se encontró con el rostro de las caricaturas y retratos, sino con el de un hombre cansado y agobiado por el insomnio, un rostro arrugado y estirado, con el blanco de los ojos amarillento, con una boca de líneas débiles. Estaban allí, por cierto, los ojos castaño-rojizos, el pelo negro y el característico perfil aquilino del gran demagogo. Pero también había algo más que mataba de un golpe cualquier intento premeditado de retórica. Aquel hombre estaba sufriendo; estaba sufriendo agudamente una enorme tensión nerviosa. Desde el principio adoptó un aire como de personificarse a sí mismo. Al instante, con un solo gesto, con el más leve movimiento, le fue revelado a Redwood que Caterham se sostenía gracias a las drogas. El político introdujo el pulgar en el bolsillo de su chaleco, y después de unas frases más, prescindió de todo disimulo y deslizó un pequeño comprimido entre los labios.

Además, no obstante el esfuerzo que sobre él pesaba, a pesar del hecho de no tener razón y de ser una docena de años más joven que Redwood, aquella cualidad que había en él —algo que podríamos llamar magnetismo personal por falta de una palabra mejor— que le había hecho abrirse camino hasta llegar a la eminencia del desastre, seguía notándose en todo su ser. Con esto tampoco había contado Redwood. Ya desde el principio, en cuanto al curso y dirección de la conversación, prevaleció Caterham sobre Redwood. Las características de la primera fase de la entrevista fueron determinadas por él, y el tono y los procedimientos empleados fueron también de su iniciativa. Aquello sucedió como si fuera la cosa más natural del mundo.

Todos los proyectos de Redwood se desvanecieron ante su presencia. Le estrechó la mano antes de que Redwood recordara que se había propuesto evitar aquella familiaridad. Dio la tónica de su conferencia de un modo seguro y claro presentándola como una búsqueda de expedientes en una catástrofe común.

Si cometió algún error fue las veces que se dejó dominar por la fatiga y dejó de prestar una atención inmediata, dejándose llevar por el hábito propio de un mitin. Luego se irguió —durante toda la entrevista los dos personajes permanecieron de pie— y, apartando la mirada de Redwood, empezó a defenderse y a justificarse. En una ocasión incluso se le escapó:

—¡Caballeros...!

Quedamente, dilatándose poco a poco, empezó a hablar...

Hubo momentos en los que Redwood dejó de sentirse interlocutor comportándose como simple auditor de un monólogo. Se transformó en el espectador privilegiado de un extraordinario fenómeno. Se dio cuenta de algo así como una diferencia específica entre él y aquel individuo cuya hermosa voz lo estaba envolviendo y que seguía hablando y hablando. Aquella mentalidad era tan poderosa como limitada. De su energía conductora, de su peso personal, de su invencible olvido de ciertas cosas, brotó en la mente de Redwood la más grotesca y extraña de las imágenes. En vez de un antagonista que era un semejante suyo, un hombre susceptible de responsabilidad moral al que se podían dirigir razonables súplicas, Redwood vio a Caterham como algo raro, como una especie de rinoceronte monstruoso, como si dijéramos un rinoceronte civilizado, engendrado en la selva de los enredos democráticos, un monstruo de irresistible empuje e invencible resistencia. En todos los estrepitosos conflictos de aquella mañana, se erguía supremo. ¿Y más allá? Aquel hombre era un ser perfectamente dotado para abrirse camino por entre grandes multitudes de hombres. Para él no había falta que fuese más importante que la autocontradicción, ni ciencia más significativa que la reconciliación de los «intereses». Las realidades económicas, las necesidades topográficas, las casi intocadas minas de expedientes científicos, no existían para él más de lo que existían los ferrocarriles, los rifles o la literatura geográfica. Lo único que existía eran asambleas, juntas secretas y votos... votos por encima de todo. Él era la encarnación de millones de votos.

Y ahora, en la gran crisis, con los gigantes quebrantados, pero no derrotados, aquel monstruo de los votos se explicaba.

Era evidente que, incluso en las presentes circunstancias, aún tenía que aprenderlo todo. Ignoraba que hubiese leyes físicas y leyes económicas, cantidades y reacciones que todos los votos de la humanidad nemíne contradicente no pueden impedir y que si se desobedecen es a cambio de la destrucción. Ignoraba que hubiese leyes morales que no pueden doblegarse por la fuerza o por la moda del momento, so pena de que vuelvan a enderezarse con vindicativa violencia. Frente a una granada explosiva o «al Día del Juicio Final» era evidente para Redwood que aquel hombre habría ido a refugiarse detrás de algún voto cuidadosamente conseguido en la Cámara de los Comunes.

Lo que más le preocupaba en aquellos momentos no era la potencia que defendía aquella fortaleza allá lejos, hacia el sur, ni la derrota, ni la muerte, sino el efecto de todas esas cosas sobre su mayoría, que constituía la realidad principal de su vida. Tenía que derrotar a los gigantes o resignarse a quedar

políticamente deshecho. No estaba en absoluto desesperado. En aquella hora de su más tremendo fracaso, con sangre y desastres en las manos y la promesa segura de un desastre inminente todavía más terrible, con los destinos del mundo alzándose imponentes por encima de su cabeza, era aún capaz de creer que por simple efecto de su voz, por medio de explicaciones y declaraciones podría todavía reconstruir su poder. Estaba perplejo y afligido, sin duda alguna, muy cansado y dolorido, pero si tan sólo pudiera sostenerse como hasta ese momento, si pudiese continuar hablando.

A medida que Caterham hablaba, le parecía a Redwood que avanzaba y retrocedía, que se dilataba y se contraía. La participación de Redwood en la conversación fue puramente subsidiaria, como si fuera metiendo cuñas en ella, de vez en cuando: «Eso son tonterías...», «No...», «No vale la pena ni de insinuarlo...», «Entonces, ¿por qué empezó usted...?».

Es posible que Caterham ni siquiera lo oyera. Alrededor de estas interpolaciones, el discurso de Caterham fluía como un rápido torrente alrededor de una roca. Allí estaba, pues, aquel hombre increíble, de pie sobre su alfombra oficial, hablando, hablando como si cualquier pausa de su charla, en sus explicaciones, en la exposición de sus puntos de vista y aspectos, en sus consideraciones y expedientes, fuera a permitir que alguna influencia antagonista entrara de un salto en la realidad... en la realidad oral, la única que él podía comprender. Allí estaba aquel hombre, en medio de los esplendores levemente deslucidos de aquella estancia oficial, en la que un hombre tras otro habían sucumbido a la creencia de que cierto poder de intervención era el control creador de un imperio...

Cuanto más hablaba Caterham, tanto más iba creciendo y afirmándose en Redwood una sensación de futilidad. ¿Se daba cuenta aquel hombre de que mientras estaba hablando, el mundo entero cambiaba? ¿Se daba cuenta de que la invencible marea, el crecimiento, iba en aumento más y más, y de que había otras horas que las parlamentarias y otras armas en manos de los Vengadores de Sangre? Por fuera, oscureciendo la habitación casi por entero, una simple hoja de parra gigante de Virginia daba golpecitos en los cristales sin que nadie le prestara atención.

Redwood sintió el deseo de terminar aquel asombroso monólogo para escapar hacia la cordura y el sano juicio, hacia aquel campamento asediado, la fortaleza del futuro, donde, en el mismo núcleo de la grandeza, los Hijos se habían agrupado. Por esto aguantaba aquella charla. Tenía la curiosa impresión de que, a menos que aquel monólogo terminara de una vez, se encontraría arrastrado por él y que, por lo tanto, debía luchar contra la voz de Caterham del mismo modo que se lucha contra una droga. Los hechos se habían alterado y seguían alterándose bajo aquel encanto.

¿Qué estaba diciendo aquel hombre? Como Redwood tenía que transmitirlo a los Niños del Alimento, notó que aquello importaba mucho. Tenía que atender a lo que decía el otro y mantener al mismo tiempo su sentido de la realidad tan bien como pudiera. Caterham hablaba mucho de delitos de sangre. Aquello era elocuencia. No tenía la menor importancia. ¿Qué venía después?

¡Sugería una convención!

Sugería que los Niños del Alimento sobrevivientes capitulasen y se marcharan a otra parte para formar una comunidad propia. Dijo que había precedentes.

—Les podremos asignar un territorio...

—¿Dónde? —preguntó Redwood, dispuesto a discutir.

Caterham se aprovechó de aquella concesión. Volvió la cara hacia Redwood y su voz descendió a un tono de razonable persuasión. Aquello ya podría determinarse más adelante. Era, según Caterham, una cuestión totalmente subsidiaria. Y prosiguió estipulando:

—Y exceptuando la vida de ellos y el lugar donde se hallen, nosotros deberemos poseer el absoluto control y el Alimento y todos los Frutos del Alimento deberán ser aniquilados...

Redwood comenzó a regatear.

—¿Y la princesa?

—Es cuestión aparte.

—No —replicó Redwood luchando para volver a su terreno inicial—. Sería absurdo.

—Eso ya vendrá luego. De todos modos, estamos de acuerdo en que la fabricación del Alimento debe cesar...

—Yo no estoy para nada de acuerdo con eso. Yo no he dicho nada...

—¡Pero no puede ser que en un solo planeta haya dos razas de hombres, una grande y otra pequeña! ¡Considere lo que ya ha ocurrido! ¡Considere que esto es sólo una pequeña demostración de lo que puede ocurrir si este Alimento sigue haciendo de las suyas! ¡Considere todo lo que usted ha hecho sufrir ya a este mundo! Si tiene que haber una raza de gigantes que vayan creciendo y multiplicándose...

—No quiero discutir —dijo Redwood—. Debo ir a ver a nuestros hijos. Quiero ir a ver a mi hijo. Por eso he venido a verle usted. Dígame exactamente cuál es su oferta.

Caterham hizo un discurso sobre sus condiciones.

A los Niños del Alimento se les adjudicaría un gran territorio, en Norteamérica o en África, donde pudieran vivir sus vidas del modo que mejor les pareciese.

—¡Esto es una sandez...! —gritó Redwood—. Hay otros gigantes en el extranjero. ¡En toda Europa... por doquier!

—Podría establecerse una convención internacional. No sería imposible. Ya se ha hablado de algo semejante... Pero en este territorio de reserva, ellos podrían seguir su vida a su manera. Podrían hacer lo que quisieran, podrían fabricar lo que les diese la gana. Nosotros nos sentiríamos muy satisfechos si quisieran fabricar objetos. Pueden ser muy dichosos allí. ¡Piénselo!

—A condición de que no haya más descendencia.

—Precisamente. Los hijos son para nosotros. Y así, señor, salvaremos al mundo, lo salvaremos por completo de los frutos de su terrible descubrimiento. No es aún demasiado tarde. Sólo que estamos dispuestos a suavizar la rapidez de ejecución con la clemencia. Ahora mismo estamos quemando y chamuscando los sitios afectados por los obuses que dispararon ayer. Podemos neutralizar sus efectos. Esté usted seguro de que podemos neutralizarlos. Pero sin crueldades, sin injusticias...

—¿Y si los Niños no aceptan?

Por primera vez, Caterham miró a Redwood cara a cara.

—¡Deben aceptar!

—Yo no creo que acepten.

—¿Y por qué no? —preguntó Caterham con un estupendo tono de asombro.

—Supongamos que no acepten.

—Entonces, ¿qué recurso queda sino la guerra? No podemos permitir que todo continúe así. ¡No podemos, señor! ¿Es que ustedes, los hombres de ciencia, conocen de imaginación? ¿Es que carecen de la clemencia? No podemos permitir que nuestro mundo sea pisoteado por un creciente hatajo de monstruos como los que ha producido su Alimento. No podemos y no queremos. Y yo le pregunto a usted: ¿qué significa esto, sino la guerra? Y recuérdelo bien... Lo que acaba de ocurrir es únicamente el principio. Esto ha sido sólo una escaramuza, un simple asunto policial. Créame usted, un simple asunto policial. No se deje engañar por la perspectiva, por la inmediata magnitud de estos nuevos individuos. Detrás de nosotros está la nación... está la humanidad. Detrás de los millares de seres que han muerto, hay millones. Si

no hubiese sido por el temor de tener que derramar más sangre todavía, señor, detrás de nuestras primeras líneas se estarían formando otras líneas de ataque, incluso ahora. Yo no sé si podremos acabar completamente con ese Alimento, ¡pero lo que sí puedo asegurarle es que podemos matar a todos sus hijos! Usted toma demasiado en cuenta los acontecimientos de ayer, los sucesos ocurridos en una veintena de años, en una sola batalla. Usted no tiene idea del lento curso de la historia. Yo ofrezco este acuerdo para salvar unas cuantas vidas, no porque pueda alterar el final inevitable. Si usted cree que sus dos docenas de gigantes pueden resistir a todas las fuerzas aunadas de nuestro pueblo y de todas las naciones extranjeras que vendrán en nuestra ayuda, si usted cree que puede cambiar a la Humanidad de un soplo, en una sola generación, alterando la naturaleza y la estatura del Hombre...

Y haciendo un amplio gesto con el brazo, añadió:

—¡Vaya a verlos ahora, señor! Véalos, agazapados alrededor de sus heridos, pagando todo el daño que han hecho...

Se interrumpió como si, por casualidad, hubiese visto al hijo de Redwood.

Hubo una larga pausa.

—Vaya a verlos —dijo.

—Eso es lo que quiero.

—Entonces, vaya ahora mismo...

Dio media vuelta y oprimió el botón del timbre. Afuera, en respuesta, se oyó el ruido de unas puertas que se abrían y de pasos apresurados.

La conversación había acabado. La exhibición había tocado a su fin. Bruscamente Caterham pareció contraerse, arrugarse hasta transformarse de nuevo en un hombre de mediana edad, de mediana estatura, en el rostro amarillento y un aspecto cansino. Dio un paso hacia delante, como si saliera del marco de un cuadro, y asumiendo por completo la amistosa cortesía que hay detrás de todos los conflictos públicos de nuestra raza, tendió su mano a Redwood.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, Redwood le estrechó la mano por segunda vez.

CAPÍTULO V

EL CAMPAMENTO DE LOS GIGANTES

Poco tiempo después se encontró Redwood en un tren que atravesaba el Támesis hacia el sur. Tuvo una breve visión del río, reluciente bajo las luces, y de la humareda que aún se desprendía del sitio donde había caído un obús, en la orilla septentrional, y donde se había organizado una vasta multitud de hombres para quemar hasta los últimos restos de Heracleoforbia. La orilla meridional se hallaba a oscuras debido a algún ignorado motivo y ni siquiera las calles estaban iluminadas, y todo lo claramente visible eran las siluetas de las altas torres de alarma y los oscuros bultos de casas y escuelas. Al cabo de un minuto de observación, volvió la espalda a la ventana y se sumió en sus pensamientos. No había ya nada más que ver ni que hacer hasta que hubiera visto a los Hijos...

Se sentía fatigado por la tensión nerviosa de los dos últimos días; le parecía que sus emociones debían de estar ya agotadas, pero se había fortificado con un café muy fuerte antes de ponerse en marcha y sus ideas fluían claras y diáfanas. Su mente se hallaba en contacto con muchas cosas. Recapituló de nuevo, pero esta vez con la ilustración facilitada por los acontecimientos acaecidos, la manera cómo el Alimento había entrado y se había desplegado en el mundo.

—Bensington creyó que podría ser un excelente alimento para los niños —murmuró para sí con una leve sonrisa. Luego volvieron a la mente, tan claras como si estuvieran todavía pendientes de resolución, las horribles dudas que lo acometieron después que se hubo comprometido a administrarlo a su propio hijo. De allí, con una expansión continua e implacable, y a pesar de todos los esfuerzos humanos para ayudar y oponerse a su diseminación, el Alimento se había esparcido por todo el mundo habitado por el hombre. Y ahora, ¿qué...?

—Aunque los mataran a todos —susurró—, el hecho ya está consumado.

El secreto de la fabricación era conocido en muchas partes. Y esto había sido obra suya. Las plantas, los animales y una multitud de desdichados niños en pleno crecimiento conspirarían irresistiblemente para obligar al mundo a volver de nuevo al Alimento, independientemente de lo que pudiera ocurrir en la presente lucha.

—El hecho está consumado —se repitió mientras las ideas se le fijaban sobre el destino de los Niños y particularmente de su propio hijo. ¿Los encontraría agotados por los esfuerzos de la batalla, heridos, hambrientos, al borde de la derrota, o los encontraría aún recios y optimistas, dispuestos para el conflicto aún más formidable del día siguiente...? ¡Su hijo estaba herido! ¡Pero le había enviado un mensaje!

Volvió a su mente la entrevista con Caterham.

Lo despertó de su ensimismamiento la parada del tren en la estación de Chislehurst. Reconoció el lugar por una enorme atalaya contra las ratas que se erguía en la cúspide de Candem Hill y la hilera de grandes pinabetes que bordeaban la carretera...

El secretario particular de Caterham fue desde el otro coche para decirle que a una media milla de distancia la línea férrea había sido averiada y que el resto del viaje tendría que hacerlo en automóvil. Redwood se apeó en un andén iluminado únicamente por una linterna de mano y barrido por la fría brisa nocturna. La quietud de aquel abandonado suburbio invadido por el bosque y la maleza —todos sus habitantes se habían refugiado en Londres al comienzo de las hostilidades el día anterior—, se hizo instantáneamente impresionante. Su guía le ayudó a bajar los peldaños de la salida de la estación, donde ya le esperaba un automóvil con unos faros deslumbradores, la única luz que hasta entonces había visto, lo confió al cuidado del chófer y se despidió de él.

—Ya sé que hará usted todo lo que pueda por nosotros —dijo, imitando los modales de su amo mientras estrechaba la mano de Redwood.

Tan pronto como Redwood consiguió envolverse en una manta, empezaron a rodar en medio de la noche. Después de un momento de inmovilidad, el automóvil se lanzó velozmente, pero con gran suavidad, por la pendiente de la estación. Dieron la vuelta a una esquina y después a otra, siguieron los tortuosos caminos de un barrio residencial, y luego se extendió ante ellos la carretera. El automóvil zumbó al máximo de velocidad, horadando la negra noche. Todo estaba muy oscuro bajo la luz estelar y el mundo entero parecía haberse agazapado misteriosamente o desaparecido sin ningún ruido. Ni un aliento de aire hacía moverse las cosas que pasaban volando a ambos lados de la carretera. Las casas de campo, pálidas y abandonadas, a ambos lados de su ruta, con sus negras ventanas sin luz, le parecían a Redwood una silenciosa procesión de calaveras. El chófer que iba a su lado, o era un hombre silencioso de natural o permanecía silencioso debido a las peculiares condiciones de aquel viaje. Respondía a las breves preguntas de Redwood con monosílabos y a regañadientes. Cruzando el firmamento por el sur, los haces de luz de los reflectores se agitaban formando ondas silentes; parecían los únicos extraños indicios de vida en aquel mundo abandonado que iban dejando atrás en su veloz carrera.

La carretera se hallaba bordeada a ambos lados por unas gigantescas ramas de endrino que contribuían mucho a oscurecerla, y por una hierba muy alta y enormes collejas, inmensas ortigas muertas grandes como árboles cuyas siluetas pasaban como relámpagos por encima de sus cabezas. Después de Keston llegaron a una empinada cuesta y el chófer aminoró la marcha. Al llegar a la cima, se detuvo.

—Es allí —dijo señalando con un largo dedo enguantado un enorme bulto negro y contrahecho que se alzaba ante los ojos de Redwood.

A lo lejos, parecía que el gran talud, encrestado por el resplandor de donde salían los reflectores, se alzaba destacándose contra el cielo. Aquellos haces de luz iban y venían por entre las nubes y el ondulado paisaje a su alrededor, como si trazaran misteriosos encantamientos.

—No sé —dijo por fin el chófer. Resultaba evidente que tenía miedo de seguir adelante.

En aquel momento un reflector descendió del cielo para posarse en ellos, vigilándolos como una mirada escrutadora, más bien confundida que mitigada por el tallo de un monstruoso hierbajo que se interpuso. Los dos se sentaron, con las manos enguantadas delante de los ojos, intentando mirar por entre los dedos para enfrentarse con la cegadora luz.

—Siga adelante —dijo Redwood al cabo de un instante.

El chófer tenía todavía sus dudas, que intentó expresar, sin conseguirlo del todo, y que fueron atenuándose hasta repetir:

—No sé.

Por fin se aventuró a seguir.

—Vamos, pues —dijo poniendo el motor de nuevo en marcha, seguido atentamente por aquel gran ojo blanco.

A Redwood le pareció durante un buen rato que ya no se hallaban en la tierra, sino que corrían a través de una nube luminosa. Tuf, tuf, tuf tuf, hacía el motor, y una y otra vez —obedeciendo a no sé qué impulso nervioso— el chófer hacía sonar la bocina.

Pasaron por la oscuridad de un camino bordeado de altas vallas, y de allí a una hondonada. Luego pasaron por delante de vanas casas para volver a salir frente a aquel cegador haz del reflector. Después, durante un rato, la carretera apareció completamente despejada en medio de una llanura, y a ellos les pareció que se hallaban suspendidos, zumbando en la inmensidad. Una vez más las gigantescas hierbas se alzaban a su alrededor, desapareciendo fugazmente en un remolino. De pronto, bruscamente y cerca de ellos, se alzó, impresionante, la figura de un gigante, brillantemente iluminada por abajo, o sea, por donde lo iluminaba el reflector, y negra, recortada contra el cielo, por arriba.

—¡Eh, amigos! —gritó—. ¡Alto! Se acabó la carretera... ¿Es usted Padre Redwood?

Redwood se puso de pie y profirió un grito a modo de respuesta, y en

seguida apareció Cossar en la carretera, a su lado, estrechándole las manos y ayudándolo a apearse del automóvil.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó Redwood.

—Está muy bien —dijo Cossar—. A él no le hicieron nada de cuidado.

—¿Y sus hijos?

—Bien. Todos ellos. Pero hemos tenido que luchar para conseguirlo.

El gigante estaba diciendo algo al chófer. Redwood se echó a un lado mientras el automóvil daba la vuelta, y entonces, súbitamente, Cossar desapareció, todo desapareció, y Redwood se encontró en la más absoluta oscuridad durante el espacio de un momento. El reflector iba siguiendo el automóvil en su viaje de regreso hasta la cumbre de Keston. Redwood se quedó mirando cómo se iba alejando el minúsculo vehículo dentro de aquel pálido halo. Ofrecía un efecto muy curioso, como si lo que se moviera no fuese el automóvil, sino el halo. Un grupo de aguerridos gigantes apareció súbitamente, haciendo grandes aspavientos, y fueron inmediatamente tragados por la noche... Redwood se volvió hacia la silueta de Cossar y le cogió la mano.

—Me han encerrado y me han tenido ignorante de todo —dijo— durante dos días completos.

—Les disparamos el Alimento —dijo Cossar—. ¡Era obvio! Les hemos hecho unos treinta disparos.

—Vengo de ver a Caterham.

—Lo sé. —Y echándose a reír, con cierta nota de amargura, añadió—: Supongo que querrá llegar a un arreglo.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Redwood.

—Está bien. Los gigantes esperan el mensaje que nos trae.

—Sí, pero mi hijo...

Pasó con Cossar por un largo túnel inclinado, que se iluminó de rojo durante un momento para volver a caer en la oscuridad y salir finalmente en el gran pozo de mina que los gigantes habían construido como refugio.

La primera impresión que tuvo Redwood fue la de un enorme estadio limitado por altísimos riscos, y con el suelo lleno de estorbos. Estaba a oscuras, a no ser por los pasajeros reflejos del reflector del centinela que rodaba constantemente en lo alto y por un rojizo resplandor que aumentaba y disminuía a ratos procedente de un rincón distante donde dos gigantes trabajaban juntos, haciendo un gran estruendo metálico. Destacándose contra

el cielo, pudo distinguir las familiares siluetas de los viejos cobertizos y campos de juego que habían sido construidos para los chicos de Cossar. Estaban como suspendidos al borde de un precipicio y extrañamente torcidos y deformados con los cañones del bombardeo de Caterham. Había indicaciones de enormes emplazamientos de artillería por encima, y en su proximidad se veían unos montones de cilindros que quizá fueran municiones. Por todo el ancho espacio inferior estaban esparcidas las formas de grandes máquinas e incomprensibles bultos, mezclados en vago desorden. Los gigantes aparecían y desaparecían entre aquellas masas, y, bajo la luz incierta, formaban grandes bultos, de ningún modo desproporcionados a las cosas entre las que se movían. Algunos se hallaban activamente atareados; otros, sentados o yacentes, como si intentaran conciliar el sueño, y uno que tenía todo el cuerpo vendado, yacía en una camilla de ramas de pino y estaba ciertamente dormido. Redwood observó aquellas formas borrosas; sus ojos se dirigieron de una movediza silueta a otra.

—¿Dónde está mi hijo, Cossar?

Entonces lo vio.

El joven Redwood estaba sentado a la sombra de una gran pared de acero. Parecía una forma negra, reconocible sólo por su postura... sus facciones eran invisibles. Estaba sentado con la barbilla apoyada en la mano, como si estuviese muy cansado o sumido en sus pensamientos. A su lado, Redwood descubrió la figura de la princesa, mera insinuación oscura de su presencia, y luego, al volver a incrementarse el resplandor distante, percibió durante un momento, iluminada de rojo, la infinita bondad de su sombreado rostro. Estaba contemplando a su amante con la mano descansando contra el acero. Parecía estarle diciendo algo.

Redwood hubiera querido ir hacia ellos.

—En seguida —dijo Cossar—. Primero de todo su mensaje.

—Sí —dijo Redwood—, pero...

Se interrumpió. Su hijo había levantado la vista y estaba hablando con la princesa, pero en tono demasiado bajo para que pudieran oírlo. El joven Redwood levantó la cabeza y ella se inclinó en dirección a él y miró hacia un lado antes de hablar.

—Pero si nos derrotan... —oyeron que murmuraba la susurrante voz del hijo de Redwood.

Ella se interrumpió, y el rojo resplandor puso de relieve sus ojos, brillantes de lágrimas aún no derramadas. Se inclinó aún más cerca de él y volvió a hablarle en un tono todavía más bajo. Había algo tan íntimo y tan privado en el

talante de los dos, que Redwood, que durante dos días no había estado pensando en otra cosa sino en su hijo, se sintió allí un intruso. Bruscamente se sintió refrenado. Acaso por primera vez en su vida advirtió lo mucho que un hijo significa para su padre, mucho más de lo que un padre puede nunca significar para su hijo, y se dio perfecta cuenta de la completa predominancia del futuro sobre el pasado. Aquí, él, entre aquellos dos seres, no tenía nada que hacer. Su papel estaba ya representado. Se volvió hacia Cossar al instante de comprenderlo. Sus miradas se cruzaron. El tono de la voz se le transformó.

—Voy a dar cuenta del mensaje ahora mismo —dijo—. Ya tendremos tiempo de sobra luego...

El pozo era tan enorme y estaba tan lleno de objetos, que hubieron de franquear un largo y tortuoso camino antes de poder llegar al sitio desde donde Redwood les pudiera dirigir la palabra a todos.

Junto a Cossar, siguió un sendero abruptamente descendente que pasaba por debajo de un arco de maquinaria interconectada, y de allí pasó a una amplia y profunda pasarela que atravesaba el fondo del pozo. Esta pasarela, amplia y vacía, pero, no obstante, relativamente estrecha, conspiraba con todo lo que había a su alrededor para acentuar la sensación de propia pequeñez que se había apoderado de Redwood. Se transformó, como si fuera una cañada excavada. En lo alto, por encima de sus cabezas, separados de ellos por abismos de oscuridad, los reflectores giraban y brillaban, y las relucientes formas iban de un lado para otro. Fuertes voces se llamaban unas a otras allá arriba convocando a los gigantes a reunirse en un Consejo de Guerra para oír los términos que Caterham les había enviado. La pasarela se inclinaba aún más al fondo, hacia la negra inmensidad, hacia las sombras y el misterio y las cosas inconcebibles, hacia las que Redwood se dirigía despacio, con paso cauteloso, mientras Cossar iba avanzando con seguras zancadas...

Los pensamientos de Redwood se multiplicaban.

Los dos hombres penetraron en la más completa oscuridad y Cossar cogió a su compañero por la muñeca. Ahora tenían que ir forzosamente despacio.

Redwood se sintió impulsado a hablar.

—Todo esto es muy extraño —dijo.

—Grande —dijo Cossar.

—Extraño. Y más extraño aún que sea extraño para mí... para mí, que soy, en cierto modo, el origen de todo. Esto es... Se interrumpió en lucha con su evasivo significado, e hizo un gesto hacia el risco que nadie vio.

—Nunca había pensado en esto antes. He estado muy ocupado y los años han ido transcurriendo. Pero aquí veo... Es una nueva generación, Cossar, con

nuevas emociones y nuevas necesidades. Todo esto, Cossar...

Cossar vio ahora su indistinto gesto hacia los objetos que había a su alrededor.

—Todo esto es Juventud...

Cossar no respondió y siguió adelante con paso irregular. —No es nuestra juventud, Cossar. Están tomando posesión de una serie de cosas. Empiezan con sus propias emociones, con su propia experiencia; empiezan a su manera... Hemos hecho un mundo nuevo y no es nuestro. Ni siquiera es simpático. Este lugar tan grande...

—Ha sido planeado por mí —dijo Cossar frunciendo el ceño.

—Pero ¿y ahora?

—¡Ah! Se lo he regalado a mis hijos. Redwood sintió el gesto de un brazo que no pudo ver.

—Quiero decir que hemos terminado...

—¡Su mensaje!

—Sí. Y luego...

—Habremos terminado.

—¿Entonces...?

—Claro que nosotros estamos excluidos de este asunto, somos dos viejos —dijo Cossar con la familiar nota de repentina cólera en la voz—. Claro que estamos fuera de todo eso. Evidentemente. Cada hombre a su época. Y ahora es la época de ellos, la que empieza. Y está muy bien. Trabajo de excavador. Hacemos nuestro trabajo y nos vamos. ¿Comprende usted? Para eso existe la Muerte. Nosotros agotamos la capacidad de nuestros pequeños cerebros y de nuestras pequeñas emociones, y luego llega el relevo y todo empieza de nuevo. ¡Empezar y vuelta a empezar! Sencilísimo. ¿Qué hay de mal en ello?

Se calló para guiar a Redwood por unos peldaños.

—Sí —dijo Redwood—, pero se siente uno...

Y dejó la frase incompleta.

—Para esto existe la Muerte —oyó Redwood que seguía insistiendo Cossar, un poco más abajo—. ¿Cómo podría hacerse si no fuera así? Para esto existe la Muerte.

II

Después de vueltas y más vueltas y de subir un buen rato, llegaron a una

especie de reborde desde el que se podía dominar el pozo de los gigantes y desde donde Redwood podía hacerse oír por toda la asamblea. Los gigantes ya se habían agrupado en la parte inferior, y a su alrededor, para oír el mensaje que les iba a exponer. El mayor de los hijos de Cossar estaba arriba, en el borde del talud, vigilando las revelaciones de los reflectores, porque todos temían una quiebra del armisticio. Los que trabajaban en aquel gran aparato que había en un rincón se destacaban claramente sobre el trasfondo de luz. Iban casi desnudos y se volvieron hacia Redwood, pero vigilando continuamente la fundición, que no podían abandonar ni un momento. Redwood vio aquellas figuras cercanas con una fluctuante incertidumbre, por medio de luces imprecisas que aparecían y desaparecían, y las figuras más remotas eran aún más borrosas. Salían de las profundidades de grandes tinieblas, donde volvían a sumirse en seguida. Porque aquellos gigantes no tenían más luz que la estrictamente necesaria en el pozo a fin de que sus ojos estuvieran preparados para distinguir eficazmente cualquier fuerza atacante que pudiera lanzarse sobre ellos desde la oscuridad circundante.

De vez en cuando, algún destello realzaba por casualidad a tal o cual grupo de altas y poderosas formas, los gigantes de Sunderland, vestidos con placas metálicas superpuestas, y los demás, vestidos de cuero, de sogas tejidas o de metal tejido, según estuviese determinado por sus respectivas condiciones. Estaban sentados en medio de máquinas y armamentos tan imponentes como ellos mismos, o descansaban las manos en aquellos aparatos, y sus miradas, al pasar de lo visible a lo invisible y viceversa, eran firmes y decididas.

Hizo un esfuerzo para empezar a hablar y no pudo. Por un instante, el rostro de su hijo resplandeció reflejando la cálida erupción del fuego. Vio que su hijo lo estaba contemplando, con ternura, pero también con vigorosa expresión, y encontró la voz perdida, una voz que llegara a todos, pero dirigida, como a través de un abismo, a su hijo.

—Vengo de ver a Caterham —dijo—. Me ha enviado para que os exponga las ofertas que os hace.

Hizo una pausa.

—Son unas condiciones imposibles, lo sé, y más ahora que os veo a todos aquí reunidos; son condiciones imposibles, pero he venido a transmitíroslas porque quería verlos a todos, y especialmente a mi hijo. Quería ver a mi hijo una vez más...

—Explique las condiciones —lo interrumpió Cossar.

—He aquí lo que ofrece Caterham. ¡Quiere que os marchéis de su mundo!

—¿Adónde?

—No lo sabe. De un modo vago dice que os destinará una gran región apartada... Y que vosotros no debéis fabricar más Alimento ni tener hijos; que debéis vivir a vuestro modo hasta el término de vuestras vidas para que todo quede acabado.

Se detuvo.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo.

Hubo un gran silencio. Las tinieblas que envolvían a los gigantes parecían mirarlo a él pensativamente.

Sintió que alguien le tocaba el codo, y al volverse vio que Cossar le ofrecía una silla: un extraño fragmento de casa de muñecas en medio de aquellas apiladas inmensidades. Se sentó y cruzó las piernas; luego puso una pierna encima de la otra tocándose nerviosamente un zapato, y se sintió pequeño y sofocado, muy visible y absurdamente situado.

Al sonido de una voz volvió a olvidarse de sí mismo.

—Ya habéis oído, Hermanos —dijo aquella voz, que parecía salir de las tinieblas.

Y otra voz contestó:

—Ya lo hemos oído.

—¿Cuál es la respuesta, Hermanos?

—¿A Caterham?

—Sí, desde luego...

—Pues, ¡que No!

—¿Y después?

Se hizo un silencio que duró unos segundos.

Luego una voz dijo:

—Esas gentes tienen razón. Según su mentalidad, claro está. Tienen razón al querer destruir todo lo que crecía mayor que ellos... fuese animal, planta o cualquier otra cosa mayor de lo normal. Tuvieron razón al intentar matarnos. Tienen razón ahora al decir que no debemos procrear con nuestras semejantes. Según su mentalidad tienen toda la razón. Saben, y ya va siendo hora de que lo sepamos también nosotros, que no pueden estar juntos en el mismo mundo los gigantes y los pigmeos. Caterham lo ha dicho y lo ha repetido muchísimas veces, muy claramente... Tiene que triunfar su mundo o el nuestro.

—Pero no somos ni cincuenta —dijo otro—, y ellos son incontables millones.

—De acuerdo. Pero la cosa es como he dicho.

Se hizo otro largo silencio.

—Entonces, ¿tenemos que morir?

—¡Dios no lo permita!

—¿Y ellos?

—Tampoco.

—¡Pero esto es lo que dice Caterham! Él quisiera que nosotros viviéramos nuestras vidas hasta su término normal, que muriéramos de uno en uno, hasta que sólo quedara el último, y al fin éste también moriría, y ellos abatirían las plantas y hierbas gigantes, matarían la vida oculta, quemarían hasta los últimos indicios del Alimento... y terminarían con el Alimento y con nosotros... Entonces su diminuto mundo de pigmeos se sentiría seguro. Seguirían siendo como siempre... sintiéndose seguros, viviendo sus vidas de pigmeos, haciéndose mutuamente amabilidades y crueldades de pigmeo. Incluso podrían, tal vez, alcanzar una especie de milenio pigmeo, acabar con las guerras, terminar con la superpoblación, establecerse en una ciudad de extensión mundial para desarrollar el arte pigmeo, adorarse unos a otros hasta que el mundo empiece a congelarse.

En un rincón, una plancha de hierro cayó al suelo haciendo un ruido infernal.

—Hermanos, todos sabemos cuáles son nuestras intenciones.

En uno de los centelleos de la luz de los reflectores, Redwood vio los graves rostros juveniles de los gigantes volverse hacia su hijo.

—Es muy fácil ahora hacer el Alimento. Sería fácil para nosotros fabricarlo para todo el mundo.

—Tú quieres decir, Hermano Redwood —dijo una voz que salía de la oscuridad—, que son las gentes pequeñas quienes deben comer el Alimento.

—¿Qué otra solución cabe?

—Nosotros no somos ni cincuenta y ellos muchos millones.

—Pero nosotros nos mantenemos en nuestros puestos.

—Hasta ahora.

—Si es la voluntad de Dios, seguiremos manteniéndonos...

—Sí... ¡Pero piensa en los muertos!

Otra voz intervino, en el mismo tono:

—¡Los muertos! Piensa en los que van a nacer...

—Hermanos —dijo el joven Redwood—, ¿qué otra cosa podemos hacer sino luchar contra ellos, y si los derrotamos, hacerles tomar el Alimento? Ahora no podrían tomar el Alimento aunque quisieran. ¡Vamos a suponer que nos decidiéramos a renunciar a nuestra herencia y a hacer esa sandez que Caterham propone! ¡Vamos a suponer que pudiéramos hacerlo...! Vamos a suponer que renunciáramos a eso que se remueve en nuestro interior, que repudiáramos eso que nuestros padres hicieron por nosotros, que tú, Padre, hiciste por todos nosotros, y que cuando nuestra hora hubiese llegado, nos disipáramos en la senilidad y en la nada. ¿Qué pasaría entonces? ¿Seguiría siendo este diminuto mundo suyo igual que lo que era antes? Ellos podrían luchar contra la grandeza que hay en nosotros, que somos hijos de los hombres, pero ¿podrán ellos conquistarla? Aun en el caso que nos destruyeran uno a uno, ¿qué? ¿Les salvaría eso? ¡No! ¡Porque la grandeza está en marcha, no sólo en nosotros, no sólo en el Alimento, sino en el propósito de todas las cosas! Está en la naturaleza de todas las cosas, forma parte del espacio y del tiempo. Crecer cada día más, desde lo primero a lo último que existe... Esa es la ley del Ser. ¿Qué otra ley puede haber?

—¿Para ayudar a los demás?

—Para crecer. Se trata aún de crecer. A menos que los ayudemos a fracasar...

—Lucharán con toda el alma para derrotarnos —dijo una voz.

Y otra:

—Sí, ¿y qué?

—Lucharán —repuso el hijo de Redwood—. Si rechazamos sus condiciones no cabe la menor duda de que querrán luchar. En realidad, espero que sean francos y luchen. Si, después de todo, nos ofrecieran la paz, sería para cogernos desprevenidos. No os quepa la menor duda, Hermanos; de un modo o de otro querrán luchar. La guerra ha comenzado y hemos de luchar hasta el fin. A menos de obrar con cordura, podemos encontrarnos con que habremos vivido sólo para fabricar mejores armas que las que emplearán luego contra nuestros hijos y nuestros semejantes. Esto ha sido, hasta ahora, sólo el primer albor de la batalla. Todas nuestras vidas serán una batalla continua. Algunos de nosotros moriremos en la lucha, otros seremos objeto de asechanza. No hay victoria fácil, no hay victoria para nosotros que no sea más que media derrota. Estad seguros de eso. ¿Y qué? Sólo con que podamos

mantener una posición establecida, sólo con que podamos dejar detrás de nosotros una creciente hueste para continuar la lucha cuando nosotros ya hayamos perecido, ya habremos conseguido mucho...

—¿Y mañana?

—Diseminaremos el Alimento, saturaremos el mundo con el Alimento.

—¿Y si ellos se avinieran a nuestras condiciones?

—Nuestras condiciones consisten en el Alimento. No se trata ya de que pequeños y grandes puedan vivir juntos en una gran perfección de compromiso. Es lo uno o lo otro. ¿Qué derecho tienen los padres a decir: «Mi hijo no tendrá otra luz que la que yo he tenido, ni crecerá a mayor grandiosidad que la que yo he alcanzado»? ¿Expreso vuestra opinión, Hermanos?

Le respondieron murmullos de asentimiento.

—Y a las niñas que quieren ser mujeres igual que a los niños que quieren ser hombres —gritó otra voz desde la oscuridad.

—Éstas aún más: ser madres de una nueva raza...

—Pero durante la próxima generación todavía habrá grandes y pequeños —dijo Redwood con la mirada puesta en el semblante de su hijo.

—Y durante muchas generaciones más. Y los pequeños pondrán obstáculos a los grandes y los grandes presionarán a los pequeños. Así tiene que ser, Padre.

—Se producirán conflictos.

—Conflictos interminables, malentendidos interminables.

Toda la vida es así. Los grandes y los pequeños nunca pueden entenderse. Pero en cada hijo nacido de hombres, Padre Redwood, está al acecho una simiente de grandeza... esperando la llegada del Alimento.

—Entonces voy a ver a Caterham para decirle...

—Te quedarás con nosotros, Padre Redwood. Nuestra respuesta se la mandaremos a Caterham al despuntar el alba.

—Él dice que luchará...

—Así sea —dijo el joven Redwood. Y sus hermanos murmuraron su asentimiento.

—¡El hierro está a punto! —exclamó una voz.

Los dos gigantes que estaban trabajando en un rincón empezaron a

producir un rítmico martilleo que dio una potente música a la escena. El metal relucía con mucho más brillo que antes, ofreciendo a Redwood una visión más clara del campamento de la que hasta entonces había tenido. Vio aquel espacio rectangular en toda su extensión, con las grandes máquinas de guerra, dispuestas y a punto de funcionar. Más allá, a un nivel superior, se alzaba la casa de los Cossar. A su alrededor estaban los jóvenes gigantes, enormes y hermosos, relucientes en sus cotas de malla, ultimando los preparativos para el día siguiente. A la vista de ellos cobró ánimos. ¡Eran tan fácilmente poderosos! ¡Eran tan altos y tan valientes, tan seguros en sus movimientos! Su hijo estaba entre ellos, y la primera de todas las mujeres gigantes, la princesa...

Le atravesó la mente el más extraño contraste, el recuerdo de Bensington, tan pequeño e inteligente... Bensington, con la mano metida en el blando plumón de aquella primera gallina gigante, en aquella habitación amueblada convencionalmente, donde vivía, mirando dubitativamente por encima de las gafas, mientras su prima Jane salía dando un portazo...

Todo había ocurrido en un ayer de hacía veintiún años.

De pronto, una extraña duda se apoderó de él. Tuvo la impresión de que aquel lugar, con toda su grandiosidad, tenía la textura de un sueño. Estaba soñando y en un instante se despertaría para volver a encontrarse en su estudio, con los gigantes asesinados, el Alimento suprimido y él hecho prisionero, encerrado en su propia casa. ¿Qué otra cosa era sino la vida...? ¡Estar siempre prisionero y encerrado! Aquello era la culminación de su ensueño. Se despertaría en medio de un mar de sangre, en plena batalla, para encontrarse con que su Alimento era la más necia de las fantasías, y que sus esperanzas y su fe en un mundo futuro mayor no eran más que una especie de película coloreada proyectada sobre una charca insondable y corrupta. ¡La pequeñez era invencible...! Tan fuerte y profundo fue su desaliento, su insinuación de desilusión inminente, que se puso de pie de un salto. Se restregó los ojos con los puños cerrados y permaneció un momento así, temiendo que al volver a abrirlos el ensueño ya se hubiese disipado...

Las voces de los muchachos gigantes resonaban como música de fondo en medio de aquella estruendosa melodía de los herreros. La marea de la duda fue bajando. Oyó las voces de los gigantes, oyó sus movimientos alrededor de él. ¡Aquello era real, absolutamente real, tan real como los actos impulsados por el despecho! Más real aún, porque aquellas grandes cosas probablemente son las cosas del porvenir, mientras que la pequeñez, la bestialidad y la invalidez de los hombres son las cosas que acaban. Abrió los ojos.

—¡Ya está! —exclamó uno de los dos herreros, y ambos tiraron al suelo sus martillos.

Una voz resonó desde arriba. El hijo de Cossar, de pie sobre el terraplén, se había vuelto hacia ellos y les estaba hablando.

—No se trata de que queramos expulsar a la gente pequeña del mundo — dijo—, a fin de que nosotros, que no estamos más que a un grado por encima de su pequeñez, podamos dominar el mundo para siempre. Estamos luchando para conseguir este grado superior, pero no por nosotros mismos... Estamos aquí, Hermanos, ¿y con qué finalidad? Para servir el espíritu y el propósito que han sido infundidos en nuestras vidas. No luchamos por nosotros mismos, porque no somos sino las manos y los ojos momentáneos de la Vida del Mundo. Esto es lo que tú, Padre Redwood, nos enseñaste. Por medio de nosotros y por medio de la gente pequeña, el Espíritu observa y aprende. Desde nosotros deben pasar, por la palabra, el nacimiento y la acción a otras vidas aún mayores. Esta tierra no es ningún lugar de reposo, no es ningún campo de juego; de no ser así, tanto valdría ofrecer nuestras gargantas al cuchillo de la gente pequeña, ya que no tendríamos más derecho a la vida que ellos. Y ellos, por su parte, podrían entregarse a las hormigas y a las cucarachas. No luchamos por nosotros mismos, sino por el crecimiento... por el crecimiento que prosigue y proseguirá eternamente. Mañana, tanto si nos toca vivir como si nos toca morir, el crecimiento lo conquistará todo. Ésta es la ley del espíritu para siempre jamás. ¡Crecer de acuerdo con la voluntad de Dios! ¡Crecer y desarrollarse fuera de estas grietas y hendiduras, fuera de estas sombras y tinieblas, en la grandeza y la luz! ¡Más grande, hermanos míos! Y después... aún más grande. Crecer, y luego... crecer más. Crecer, en fin, hasta alcanzar la camaradería y la comprensión de Dios. Crecer hasta que la tierra no sea más que un escalón, hasta que el espíritu haya reducido el miedo a la nada y se haya esparcido...

Y señalando el cielo con un amplio ademán, añadió:

—¡Allá!

Cesó su voz. El blanco resplandor de uno de los reflectores giró en redondo y por un momento lo iluminó, erguido y gigantesco, con la mano alzada en dirección al firmamento.

Durante unos instantes fue resplandeciente, la mirada hacia arriba, hacia la inmensidad del espacio, revestido de cota de malla, joven y fuerte, resuelto e intrépido. Después la luz pasó y él permaneció como una gran silueta negra recortada contra el cielo estrellado, una gran silueta negra que amenazaba con gesto imponente el cielo y toda su multitud de estrellas.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es